

Narrativas del cansancio

Compiladores

Ana Elena Builes Vélez, Shirley Viviana Cataño Pulgarín,
Juan Diego Martínez Marín, Danny Jean Paul Mejía Holguín
y Faber Andrés Piedrahíta Lara



Autores

Brigitte Vanessa Afanador Gómez

Ana Elena Builes Vélez

Gina Marcela Bustamante Orrego

Sebastián Carvajal Castro

Shirley Viviana Cataño Pulgarín

Isabella Castrillón Restrepo

Felipe Gómez Patiño

Erika Jaillier Castrillón

Juan Diego Martínez Marín

Santiago Mejía Álvarez

Danny Jean Paul Mejía Holguín

Juan Felipe Pabón Álvarez

Faber Andrés Piedrahíta Lara

Andrea Restrepo Hernández

Sandra Cristina Restrepo Ramírez

Salomé Reyes Jaimes

Pablo Torres Estrada

Valeria Torres Ochoa

Catherin Johana Cardona Uribe

Narrativas del cansancio

Compiladores

Ana Elena Builes Vélez
Shirley Viviana Cataño Pulgarín
Juan Diego Martínez Marín
Danny Jean Paul Mejía Holguín
Faber Andrés Piedrahíta Lara

Builes Vélez, Ana Elena, compiladora

Narrativas del cansancio / Compiladores Ana Elena Builes Vélez, Shirley Viviana Cataño Pulgarín, Juan Diego Martínez Marín, Danny Jean Paul Mejía Holguín y Faber Andrés Piedrahíta Lara– 1 edición – Medellín: UPB. 2023 -- 210 páginas.
ISBN: 978-628-500-117-8 (versión digital)

1. Tema narrativo: vida interior 2. Semántica, análisis del discurso, etc.
3. Medellín

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

Narrativas del cansancio

ISBN: 978-628-500-117-8 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-117-8>

Primera edición, 2023

Escuela de Educación y Pedagogía

Escuela de Ciencia Sociales

Escuela de Arquitectura y Diseño.

CIDI. Grupo de investigación: Pedagogía y Didácticas de los Saberes, Lengua y Cultura de la UPB y Grupo Interdisciplinario de Estudios Sociales de la Universidad Uniminuto. Proyecto: Dispositivos del cansancio en las narrativas del sujeto contemporáneo en Medellín. Radicado: 791C-11/22-32

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de Escuela de Educación y Pedagogía: Juan Francisco Vásquez Carvajal

Coordinadora (e) Editorial UPB: Maricela Gómez Vargas

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de estilo: Weimar Toro Ramírez

Fotografía portada: Juan Diego Martínez Marín

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2023

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2294-17-10-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Este libro es un producto de investigación-creación, adscrito al proyecto de investigación *Dispositivos del cansancio en las narrativas del sujeto contemporáneo en Medellín* con radicado 791C-11/22-32, correspondiente a la línea de Educabilidad del sujeto, del grupo de investigación Pedagogía y Didácticas de los Saberes, y la línea de Cultura, lengua y literatura, del grupo de investigación Lengua y Cultura de la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana, en asocio con el Grupo Interdisciplinario de Estudios Sociales – GIES en la Línea Salud Mental y Sociedad de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO.

Contenido

Introducción	11
Metodología	15
Referentes teóricos sobre el debate del sujeto en la contemporaneidad	19
Categorías de análisis	23
Discusión: “narrativas del cansancio” como propuesta hermenéutica al cansancio	26

El exilio del fracasado

El exilio del fracasado. La expulsión del fracaso	29
Juan Felipe Pabón Álvarez	
Ya sé porque soy escritor.....	34
Juan Diego Martínez Marín	
En dos Cuartos	36
Brigitte Vanessa Afanador Gómez	
Aniversario	37
Ana Elena Builes Vélez	
Atlas and the leaf	41
Isabella Castrillón Restrepo	
Triunfo y fracaso: el vacío del triunfo	44
Erika Jaillier Castrillón	
Triunfo y Fracaso 2: Goce de lo simple.....	47
Erika Jaillier Castrillón	
Crónica de un ciclista	50
Faber Andrés Piedrahíta Lara	
Detrás de los sueños	52
Salomé Reyes Jaimes	
Ecos de muerte	54
Tamashi, Akeru	

El ruido del fracaso.....	56
Shirley Viviana Cataño Pulgarín	
Frac(a)n(s)ado	62
Sebastián Carvajal Castro	
Fracaso en el exilio.....	64
Danny Jean Paul Mejía Holguín	
Hablando con mi silencio.....	67
Santiago Mejía Álvarez	
Lo que triunfa al fracasar.....	69
Shirley Viviana Cataño Pulgarín	
La perfección es mi exilio	71
Andrea Restrepo Hernández	
Aún no sé hablar	73
Pablo Torres Estrada	
¿Seré lo suficientemente buena para padecer el síndrome del impostor?	74
Sandra Restrepo Ramírez	
Siempre concluyo en fracaso	76
Gina Marcela Bustamante Orrego	
Yo ya estaba exiliada	78
Valeria Torres Ochoa	
 El cansancio de Eros	
El cansancio de Eros.....	81
Brigitte Vanessa Afanador Gómez	
Mesakku solitario.....	85
Juan Diego Martínez Marín	
Amores entre paréntesis	87
Erika Jaillier Castrillón a Victa León	
Cansado de Eros.....	92
Sebastián Carvajal Castro	

Confesiones desgastadas.....	94
Shirley Viviana Cataño Pulgarín	
Eros cansado de mí.....	96
Danny Jean Paul Mejía Holguín	
Esta hoja debería estar vacía, limpia.....	99
Valeria Torres Ochoa	
Heaven's judgment.....	101
Isabella Castrillón Restrepo	
Purificación.....	102
Juan Felipe Pabón Álvarez	
Simplemente amar.....	105
Santiago Mejía Álvarez	
Solo sabía sentir.....	107
Pablo Torres Estrada	
Tentada a la confesión.....	108
Salomé Reyes Jaimes	
Última vez.....	112
Ana Elena Builes Vélez	

Falacias del éxito

Fallacies of success.....	115
Sandra Restrepo Ramírez	
El hastío de mi humanidad.....	117
Danny Jean Paul Mejía Holguín	
¡Que alguien mate a ese pájaro!.....	122
Salomé Reyes Jaimes	
I am nothing but what I am.....	124
Juan Diego Martínez Marín	
Disappointment, the idea.....	125
Santiago Mejía Álvarez	
Don't spoil it.....	126
Valeria Torres Ochoa	

El Culebrero	127
Erika Jaillier Castrillón	
Las utopías del éxito.....	129
Brigitte Vanessa Afanador Gómez	
Memorias.....	131
Shirley Viviana Cataño Pulgarín	
Success in a bottle... maybe in a box	138
Sebastián Carvajal Castro	
Success ramble	140
Ana Elena Builes Vélez	
The Chronicles of Caliche	142
Juan Felipe Pabón Álvarez	
 Las semánticas del cansancio	
Las Semánticas del cansancio.....	145
Sebastián Carvajal Castro	
Black mare and a nightmare.....	147
Isabella Castrillón Restrepo	
Cansados de las noches en soledad.....	149
Brigitte Vanessa Afanador Gómez	
Coman mierda.....	152
Juan Diego Martínez Marín	
Cansancio diurno y nocturno	154
Danny Jean Paul Mejía Holguín	
Cosas de la edad	157
Erika Jaillier Castrillón	
De las decisiones.....	159
Valeria Torres Ochoa	
El nombre de aquel hombre... ..	160
Salomé Reyes Jaimes	

El viaje de Lola.....	164
Ana Elena Builes Vélez	
Semiología médica.....	166
Erika Jaillier Castrillón	
Silencio.....	168
Juan Felipe Pabón Álvarez	
Inclencias del cuerpo e ilusiones de la mente	
Las inclencias del cuerpo y las ilusiones de la mente.....	176
Catherin Johana Cardona Uribe	
Un sanitario blanco.....	178
Juan Diego Martínez Marín	
¡¡¡Aguante!!! La ayuda va en camino.....	181
Shirley Viviana Cataño Pulgarín	
Aniversario número 13.....	189
Ana Elena Builes Vélez	
Camisa de “Moreno”.....	191
Brigitte Vanessa Afanador Gómez	
Inocencia certificada.....	193
Sebastián Carvajal Castro	
Laisser voler les rêves.....	195
Erika Jaillier Castrillón	
Mi cuerpo es una jaula.....	197
Valeria Torres Ochoa	
Volver.....	199
Danny Jean Paul Mejía Holguín	
Sirena Encantadora.....	202
Salomé Reyes Jaimes	
A manera de epílogo.....	203
Bibliografía.....	206

Introducción

El cansancio en Byung-Chul Han (2012) se puede tomar como una hermenéutica de la sociedad contemporánea que concibe al hombre como un sujeto que produce para poder consumir. En esta condición, el sujeto postmoderno se ve obligado a rendir, sometido por la tiranía del hacer y del “se puede hacer”, bajo la promesa de alcanzar el sueño del ascenso social, lo que en palabras de Han produce “la violencia neuronal” y lo que esta conlleva: cuerpos reventados. Lo anterior, podría explicar el aumento de personas que padecen infarto psíquico, depresión, estrés, *burnout*, TDAH, SDO (Han, 2012, p.11). En este sentido, preguntarse por el cansancio lleva a pensar en cuáles son esas condiciones que favorecen —en el sentido foucaultiano del conjunto de elementos que permiten que algo ocurra— que un sujeto elija explotarse (Han, 2012, p. 26) en una sociedad que siempre quiere rendir.

En *La sociedad del cansancio*, de Han (2012) se manifiesta dicho problema como una lectura de la sociedad, que busca entender el modo en que se privilegia el rendimiento como un signo de positividad —categoría que sirve para pensar el exceso abrumante— y de negatividad —como diálogo opuesto—. Desde ambas dimensiones se pueden analizar las sociedades y sus dinámicas, propias de un organismo.

Para Espinosa *et al.* (2018), el problema con esta dicotomía (positividad/negatividad) es que Han señala el problema, pero no problematiza, dado que sus tesis se asientan en dicha dicotomía y desatan otras dualidades metodológicas como “transparencia/opacidad, mismidad/alteridad, distancia/cercanía, apertura/clausura, entre otros.” (p. 21). Las implicaciones de esto es que Han parece desconocer la diversidad y la complejidad de los problemas que plantea. Dicho de otra manera, se puede entender el cansancio desde las categorías que propone, pero al mismo tiempo, aplana la lectura de la realidad que está llena de relieves, texturas y matices que la hacen compleja, paradójica y absurda.

Es por lo anterior que desde este proyecto se plantea la pregunta: ¿cómo operan los dispositivos en las narraciones del cansancio del sujeto contemporáneo en Medellín? Desde luego, Han no habla de dispositivos, sino Foucault desde quién se puede entender este concepto como aquello que permite hacer algo. Para el caso de este proyecto, ‘dispositivo’ es aquello que hace posible la propagación del cansancio como problema coyuntural que enfrenta el hombre contemporáneo en un contexto histórico, social y culturalmente contingente.

Dichos dispositivos se expresan mediante las narrativas del sujeto; es decir, en la cotidianidad de lo que hace. Para Munro (2010), las narrativas tienen un cariz simbólico en tanto es el modo en que el hombre da cuenta de la experiencia del mundo (p.73). En este sentido, la pregunta por los dispositivos del cansancio y su lógica operante permitirá comprender cómo se narra la vida del sujeto condenado, por voluntad propia, al éxito.

De este modo, este proyecto se plantea como un análisis del sujeto contemporáneo en relación con las dimensiones en las que interactúa, lo cual deja ver el fenómeno del cansancio como una manifestación de la historicidad del ser. Y esto le da vigencia y actualidad a esta propuesta investigativa, en tanto se establece un diálogo entre diferentes saberes y disciplinas que pueden aportar a la calidad de vida, puesto que apuntan al autodescubrimiento a través del ejercicio narrativo que da cuenta del fenómeno del cansancio y sus implicaciones en la sociedad.

Este libro es producto del proyecto de investigación-creación *Dispositivos del cansancio en las narrativas del sujeto contemporáneo en Medellín*, el cual es llevado a cabo por docentes de los grupos de investigación Pedagogía y Didácticas de los Saberes (PDS), en la línea de Educabilidad del sujeto; Lengua y Cultura (LyC), en la línea de Cultura, lengua y literatura, de la Universidad Pontificia Bolivariana; y el Grupo Interdisciplinario de Estudios Sociales (GIES), en la Línea Salud Mental y Sociedad, de la Corporación

Universitaria Minuto de Dios (UNIMINUTO). Valga aclarar que, en este proyecto, la pregunta por el cansancio va en una dirección diferente al análisis realizado por Han en *La sociedad del cansancio*.

En dicho texto, el filósofo analiza la sociedad contemporánea desde los conceptos de ‘positividad’ y ‘negatividad’. El primero se puede entender, sucintamente, como el exceso en las lógicas de producción y consumo en las que se constituye una nueva forma de subjetividad: la del rendimiento, lo que desencadena en los individuos de las sociedades contemporáneas el *burnout*, la depresión, el infarto psíquico y otras formas de “violencia neuronal”. En el segundo, la negatividad, entendido como la opacidad de ciertos fenómenos sociales que invisibilizan, tienden a desaparecer o no tienen lugar debido a los imperativos del rendimiento, tales como la lentitud o el silencio. Desde luego, esta mirada es iluminadora para entender lo que sucede; sin embargo, consideramos que deja por fuera otras formas de subjetividad, como la del tramposo, el competido o el habitante de calle, lo cual podría implicar una simplificación del fenómeno cuando solo se lee desde la positividad o la negatividad.

Por este motivo, sin desconocer los planteamientos de Han, sino por el contrario, sustentado en ellos, esta investigación permite reconocer las experiencias de las personas mediante sus propios relatos autobiográficos, con el propósito de entrever la complejidad de la cotidianidad en los relieves, las texturas y los accidentes geográficos de un contexto que no es propiamente como el del filósofo, sino local. Por tanto, estas narraciones son escrituras que surgen de talleres literarios propuestos a estudiantes y docentes de los semilleros de investigación “Aquenarre” y “El hombre de arena”, a partir de provocaciones.¹ De modo que dichas provocaciones operan, en la metodología del proyecto, como relatos que desencadenan una reacción literaria, que son las narraciones que se comparten en este texto.

El objetivo general del proyecto es, pues, reconocer los dispositivos que obran en las narrativas del cansancio del sujeto contemporáneo en Medellín. Para lograr dicho objetivo se formularon los siguientes objetivos específicos: 1) identificar los dispositivos que actúan en los relatos sobre el cansancio; 2) analizar, desde estos dispositivos, el cansancio manifiesto en las narraciones

1 Una provocación puede ser entendida como un relato que intenta producir cierto estado emotivo para que los participantes escriban desde una propuesta sensible. En este caso, son los títulos de cada capítulo de este libro.

de los sujetos participantes; y, 3) narrar los sujetos cansados por obra de los dispositivos del cansancio en los relatos de los sujetos. Teniendo en cuenta dichos objetivos, se diseñó la siguiente metodología de investigación-creación que permitió desarrollar las narraciones y el análisis de las mismas.

Metodología

Este libro es resultado de una investigación-creación sustentada en la fenomenología, Marshall y Rossman (2016), Cohen *et.al.* (2018) y Creswell (2018) quienes sostienen que la investigación fenomenológica consiste en la visión que tiene los investigadores del conocimiento del mundo según sus experiencias. Por lo tanto, su tarea es describir, analizar e interpretar dichas experiencias. De acuerdo con esto, se analiza la experiencia del cansancio del sujeto a través de relatos autonarrativos escritos a partir de talleres literarios. Por esta razón, la autobiografía cobra relevancia en tanto los autores participantes expresan, desde el paradigma literario, lo vivido al involucrar detalles que, para esta investigación, son esenciales, pues iluminan la mirada sobre la complejidad de las acciones humanas en un contexto en el que se privilegia la producción y el consumo, lo que pone al límite al ser humano. A continuación, se encuentran los detalles de los participantes, las técnicas utilizadas e instrumentos utilizados en la recolección de datos y el análisis de los mismos.

Participantes

Los participantes de la investigación fueron 18 personas de la ciudad de Medellín que asistieron a los talleres literarios diseñados por los integrantes de los semilleros de investigación “Aquenarre” y “El hombre de arena”. Las características de los participantes que contribuyeron con sus relatos tiene que con la voluntad, disponibilidad y accesibilidad para efectos del análisis de los textos. Dichas condiciones se evidenciaron con la participación en espacios de ciudad —como *Fiesta del libro* y *Los días del libro y la cultura*— y en el hecho de ser integrantes activos de este proyecto y de los semilleros de investigación.

Talleres literarios y corpus narrativo

Para el desarrollo de esta propuesta metodológica se llevaron a cabo talleres literarios que proponían, como ejercicio creativo, la narración autobiográfica. Sobre este punto, Bruner (2004) sostiene que no tenemos otra manera de describir el tiempo vivido si no es a la usanza de la narrativa (p. 692), y se presenta como una modalidad de escritura en la cual el sujeto cuenta su experiencia del cansancio desde una provocación literaria, lo que da lugar a lo que aquí se ha llamado “corpus narrativo”; esto es, el conjunto de historias que emergen de las categorías encontradas en la revisión teórica: las falacias del éxito, el exilio del fracasado, lenguajes del cansancio y las inclemencias del cuerpo e ilusiones de la mente. Hay que tener presente que estas narrativas, derivadas de las categorías, tienen dos dimensiones. La primera, que puede entenderse a partir del relato desde el que se estructura lo vivido (Connelly y Clandinin, 1995, p. 45). La segunda, se desmarca de la idea del relato y se configura en un paradigma más amplio; es decir, en las diferentes maneras en las que el hombre da cuenta de la experiencia del mundo (Munro, 2010, p. 74).

Para efectos de la investigación, ambas posturas contribuyen a la premisa de “narrar”, como posibilidad de aquello que acontece o que nos acontece (Larrosa, 2006, p. 43) en el escenario de lo vivido; pues esto permite privilegiar la verdad literaria sobre la verdad fáctica, lo conlleva a que tenga prioridad la verosimilitud en tanto permite proyectar y representar, desde la imaginación, aquello que es posible leer en el relato, es decir, ver lo que está sucediendo (Connelly y Clandinin, 1995, p. 31). El tratamiento dado desde una perspec-

tiva fenomenológica, en tanto se pregunta por la manera en que se percibe el fenómeno, permite interpretar que la narración adquiere esta característica mediante la voz en primera persona de quien cuenta su experiencia. En este relato confluyen tres formas de temporalidad que Connelly y Clandinin (1995) consideran tienen presencia en la historia: el tiempo de lo vivido (dónde y cuándo acontece), el tiempo de lo recordado (aquel dónde volvemos, desde otro lugar a pensar, revivir aquello que pasó) y el tiempo de lo narrado (ese en el cual le damos forma a la experiencia a través del relato) (p. 38).

Análisis

El análisis narrativo se plantea desde la pregunta por el modo cómo operan los dispositivos en las narraciones del cansancio. Para la cual, el equipo investigador diseñó una rejilla de análisis cuya sistematización se orientó así:

1. Separación de los relatos por categorías de investigación que son las siguientes:
 - El exilio del fracasado.
 - El cansancio de Eros
 - Falacias del éxito.
 - Las semánticas del cansancio
 - Inclemencias del cuerpo e ilusiones de la mente

Estas categorías serán explicadas más adelante y sirven para establecer el código de identificación y sistematización de las narraciones.

2. Lectura y relectura de los relatos.
3. Segmentación de los relatos a partir de las preguntas orientadoras:
 - ¿Qué pasa en la historia? O, ¿qué le sucede al personaje?
 - ¿Qué dice la historia o el personaje en relación con eso que le pasa? (Claves: sentimientos, enunciados, recuerdos, deseos y objetos).
4. Identificar dispositivos y, a partir de este reconocimiento, responder ¿cuáles podrían ser los motivos que hacen que el personaje narre lo que le pasa como le pasa? (Claves: sentimientos, enunciados, recuerdos, deseos y objetos). Se trata de plantear inferencias, es decir, extraer información oculta a partir del texto.

5. Establecer relaciones o elementos comunes entre las historias. Preguntas orientadoras:
 - ¿Cuáles son los elementos recurrentes de los relatos? (Claves: sentimientos, enunciados, recuerdos, deseos, objetos, entre otros que aparezcan con frecuencia).
 - ¿Cuáles están relacionados con la recurrencia? (Claves: sentimientos, enunciados, recuerdos, deseos y objetos).
6. “Colorear”. Resaltar de un color determinado las recurrencias temáticas.
7. Agrupar los enunciados de las recurrencias temáticas.
8. Argumentar teniendo en cuenta las categorías iniciales.

Referentes teóricos sobre el debate del sujeto en la contemporaneidad

Es posible pensar que el cansancio en Byung-Chul Han (2012) es una hermenéutica sobre el hombre en la sociedad contemporánea. Desde luego, esta es una propuesta de sentido en medio de otras en las que el cansancio no es objeto de investigación, pero que, de igual manera, permiten analizar la concomitancia entre el rendimiento, el auge de la eficacia, las presiones del éxito individual y los problemas que esto desencadena. En este sentido, se pueden encontrar lecturas sobre el sujeto contemporáneo en la sociedad que, además de problematizar, permiten entender qué sucede con el hombre en la era del vacío (Lipovetsky, 2000), en la modernidad líquida (Bauman, 2004), en la sociedad del cansancio (Byung-Chul Han, 2012) o en la tiranía del mérito (Sandel, 2020).

Según Lipovetsky (2010), nos encontramos en una nueva fase del individualismo caracterizada por el personalismo, entendido este como una nueva forma de orden en la que hay menos coacción y más decisiones privadas en el marco de una sociedad flexible —diferente de la sociedad disciplinaria sustentada en la prohibición normativa— en la que se privilegia la información y el estímulo de necesidades (p. 63). Para el filósofo, esto supone la resignificación del concepto ‘autonomía’, ya que por ella el individuo es libre para desarrollar su personalidad, legitimar el placer y tener aspiraciones

individuales. De esta manera, la colectividad se transforma por su relación con el consumo hiperbólico como estilo de vida, lo que para Byung-Chul Han sería la expresión del exceso, es decir, la positividad.

Podría decirse que ambos autores coinciden en que esto posibilita un alto sentido de lo individual, aunque en cada uno de ellos, esto se expresa de manera diferente. Para Lipovetsky es la manifestación del “vacío” en la que abunda la indiferencia; esto es, una sociedad sin ídolo, sin proyecto histórico y sin imagen gloriosa en la que el héroe es aplaudido o imitado. Esta situación se aprecia mejor desde el lente mítico de Narciso en el que el individuo no se desconecta de lo social, sino que sale al encuentro de alteridades que conforman grupos hiperespecializados en los que lo privado es la prioridad; dicho en otras palabras, se trata de un narcisismo colectivo. Para Byung-Chul Han (2012), la alteridad extraña desaparece, dado que se torna difícil la relación con lo distinto y, por tanto, se expulsa. Así expresa la reacción inmunológica: “Lo idéntico no conduce a la formación de anticuerpos.” (p. 7).

Ahora bien, si para Lipovetsky estamos en una nueva fase del individualismo que sustenta el vacío, para Beck, citado por Bauman (2004), nos encontramos en una segunda modernidad o una modernización de la modernidad en el contexto conceptual de lo que él llama, metafóricamente, lo líquido. La disolución de lo sólido, como la tradición, tiene como consecuencia la profanación de lo sagrado. Desde este punto, la progresiva emancipación de la economía se libera de las ataduras políticas (aprender a vivir juntos), éticas (vivir bien) y culturales (tradición). Esto abre paso a la desregularización, la flexibilización, velocidad y pasividad y libertad de movimiento para alcanzar la “felicidad”, entendida como satisfacción de los deseos propios y las búsquedas individuales (bienes privados). Para Bauman, esta liberación no supone la libertad, dado que él plantea la pregunta: ¿quién desea ser libre? De acuerdo con el autor, esto implica “pensamiento o sentido crítico” (p. 26), algo de lo que carece una parte de la sociedad, aunque paradójicamente, y en esto coincide con Lipovetsky, la información está disponible. Desde esta perspectiva, Bradbury (2012) tiene razón en tanto no es sometimiento, como sucede en la sociedad disciplinar de Foucault en la que se objetiva al sujeto para someterlo con el uso de tecnologías de poder, sino que se trata de consentimiento.

Por su parte, Sandel (2020, p. 23) se sitúa en el horizonte de la sociedad meritocrática en la que el éxito individual tiene una justificación moral en tanto aptitud y esfuerzo. Podría decirse que coincide con Han, Bauman y Lipovetsky en cuanto a los deseos individuales, lo que implica que el sujeto se

explote a sí mismo (Byung Chul-Han, 2012, p. 31), justifique su individualismo narcisista (Lipovetsky, 2000, p.12), y alcance la felicidad sin fundamentos ni ataduras (Bauman, 2004, p. 31). Para Sandel (2020, p. 14), esto pone en peligro el sentido del bien común o del *sensus communis* (Grondin, 2003, (p. 43), en tanto convence al sujeto de la idea aumentada del yo y la autosuficiencia, y mitiga los sentimientos de la gratitud y la humildad que son los que hacen posible la pregunta por el bien común.

En relación con esto, Gabriel Zaid (2005) llama la atención sobre una clase de sujeto que se encuba en este mismo segmento del merecimiento social: el *mediocre habilis*. Para Zaid (2005) se supone que la práctica del darwinismo feroz debe refinar las filas de los aptos, los excelentes y los competitivos; pero ocurre que por esta misma presión evolutiva de las circunstancias y por las concepciones inadecuadas y porosas de la evaluación, en la que se privilegia el resultado y no el proceso, —asunto olvidado del *bildung*— el *mediocre habilis* aprende a reconocer las grietas del sistema de producción y ascenso que le exige flexibilidad y adaptación (párr. 16). De este modo, “una persona más competente puede ser descartada en la lucha si no domina las artes del *mediocre habilis*. Así se llega a las circunstancias en las cuales un perfecto incompetente acaba siendo el número uno” (párr. 17). En dicho sujeto, a pesar de su astucia, no se expresa la negatividad o la libertad. Es un sujeto en gris, y no es de extrañar que haya pasado inadvertido a los ojos de Byung-Chul Han (Espinosa *et al.*, 2018).

De lo anterior se desprende que la idea del merecimiento recompense el talento y la eficacia y deje por fuera el talento que la misma sociedad no valora o reconoce. Así, la organización social clasifica a los ganadores como soberbios y a los perdedores como los humillados; además, no debate las condiciones para competir, la fortuna o la suerte, ni qué significa perder o ganar. En esta instancia, el “bien común” se vincula con la satisfacción de los consumidores quienes serían los que triunfan, porque “puede poder más” al ver premiado su esfuerzo y talento, lo cual justificaría su proyección hiperindividualizada del yo.

Desde esta perspectiva, consideramos que estos autores tienen en común el planteamiento sobre conflicto que representa, para el sujeto contemporáneo, vivir en un mundo en el que los referentes son convenientemente relativizados y los intereses son particulares y sin fundamentos, lo que lo deja sin piso para saber hacia dónde se dirige o, al menos, para plantearse interrogantes que le permitan pensar(se) de manera crítica por sí mismo, su entorno y

la manera como se desenvuelve en un mundo cada vez más complejo. Este es el trasfondo teórico del proyecto y desde el cual se proponen los talleres literarios reconocer cómo acontece la vida de este sujeto en el contexto de la ciudad de Medellín.

Categorías de análisis

Las falacias del éxito

Byung-Chul Han (2012) plantea su análisis de la sociedad del cansancio desde las categorías de “positividad” y “negatividad”, con las cuales hace una interpretación de la sociedad en la que da luces sobre el estilo de vida de producción contemporánea, pero en la que excluye otros fenómenos sociales, como por ejemplo el sujeto capacitado para competir, quien es el que conoce las técnicas eficientes del ascenso social. Esto de acuerdo con Zaid (2005) es lo que él denomina el *mediocre*, es decir, el tramposo (párr. 2).

Es en este contexto que el éxito se configura como una meta que es necesaria alcanzar, no porque represente el progreso social, sino el ascenso individual; lo que en palabras de Lipovetsky (2010) sería la complacencia del ego por vía del triunfo acostada de una subjetividad despersonalizada (p. 63). Este ideal de éxito constituye un *ethos* obtuso en tanto absoluto, inmutable e inmóvil, lo que paradójicamente confiere un aire de ilusión, dado que hay un sistema que lo sustenta, pero que, en condiciones extremas, como la pandemia, necesita seres humanos, no triunfadores.

El exilio del fracasado (la expulsión del fracaso)

Frente a la constitución e institucionalización social del éxito, como *ethos* ontológico del hombre contemporáneo, acontece lo que Han denomina “la expulsión de lo distinto como reacción inmunológica, es decir, como mecanismo de autoprotección” (p.15). Esto implica que no hay lugar para la tristeza, el aburrimiento, la contemplación, el silencio, la lentitud o la moderación; Así, desde una perspectiva narrativa y pasional, la única forma de resistir los imperativos del éxito —la eficiencia, la velocidad y el entretenimiento— sería el fracaso.

En este punto, la postura de Cioran (1998) es relevante, en tanto plantea que cualquier hombre es un fracasado en algún sentido, lo que significa que es absolutamente imposible que haya un “omnitriunfador”, que justamente es la ficción que sostiene la falacia del éxito. El fracaso es real, el éxito es ficcional.

Lenguajes (semánticas) del cansancio

Gadamer (1998) plantea que “pensamos [y, podría agregarse también, que sentimos] con palabras” (p.195), en tanto son las que les dan sentido a las emociones. Además, es necesario nombrarlas dado que el ser humano es un animal de lenguajes, en la medida en la que su naturaleza le permite ahondar en el hecho comunicativo, en los gestos, las palabras y los actos. Por tanto, no es suficiente la manifestación del cansancio como tal, sino que lo que acontece en el lenguaje es una discursividad que emerge en la narrativa social, bien sea para expresar esa sensación de fatiga o de dolor sin dolor (Han, 2012, (p. 9) o para conminar al otro a que siga adelante elevando su moral, a través de la idea del sacrificio y la idealización del trabajo como forma de dignificación humana.

Tal vez, es por esta razón que los discursos del *coaching*, de la autoayuda y en general de toda forma de programación neurolingüística, tienen acogida: porque se hacen necesarios si el imperativo es el éxito. Esto es lo que constituye, a su vez, la violencia neuronal expuesta por Han, lo que deviene, desde el punto de vista del lenguaje, en una gestualidad y en formas de expresión lingüística que nombran y reafirman la sensación del cansancio, como por ejemplo la expresión popular: “es viernes y tu cuerpo lo sabe”.

Inclencias del cuerpo e ilusiones de la mente

El cansancio también se manifiesta físicamente y tiene una condición que se expresa en el cuerpo y en la mente mediante la incapacidad para realizar algo para lo cual se ha desarrollado una habilidad. Esto es lo que Gadamer (citado en Grondin, 2003) llama “un no poder y un no entender, en el poder y entender mismo si se concentra en un ejercicio eminentemente intelectual y cognitivo” (p.41). Es por ello, que el cansancio no se restringe a una facultad racional, sobre todo cuando esta es el límite, aunque también es una posibilidad.

Por la vía del cansancio es que un individuo puede experimentar un punto de saturación manifiesto entre dos posibilidades. La primera, que al haber una mayor presión lo que sucede es que se desconecta la mente del cuerpo, experimentándose un bloqueo, es decir, una incapacidad de tipo motriz o cognitiva. La segunda es que, en estado de desconexión, las funciones conscientes se disminuyen o entran en reposo, en cuyo caso el piloto automático entra en posesión, como mecanismo que sustituye las funciones conscientes reemplazándolas por los hábitos.

El cansancio de Eros

El cansancio no es un exclusivo de la mente, el cuerpo, la lengua o del fracaso; este también afecta la condición humana más básica, esa que nos conecta con lo animal y nos hace pensar en las diferentes interacciones entorno a la sensualidad, la erótica y la manera en que reacciona (o no) el cuerpo y la mente en conjunto mediante esta pulsión. Los griegos dedicaron gran parte de sus pensamientos a la importancia de este dios, sin embargo, se ha olvidado en el camino ese motivador de la vida misma. Dar cuenta de lo que somos en la intimidad de la interacción, tener presente la gran apertura que se ha dado al tema y lo poco que se ha explorado. Enterarse de la necesidad que ha llevado al ser humano en su desarrollo como comunidad, pues reconocer esto, es también reconocerse sujeto de la ética y la estética.

La sociedad se ha encargado de saturar de imágenes, posibilidades y amplitud de interacciones, pero qué pasa con la erótica, en qué lugar se ubica ese pensamiento tan antiguo y humano. El sujeto ha convenido no dejarlo a un lado, pero en una sociedad en la que aparece como un mandato o una obligación asumir este, cómo se devela el cansancio de Eros, qué posibilidades conlleva este fragmento de la humanidad que une en su nivel más personal.

Discusión: “narrativas del cansancio” como propuesta hermenéutica al cansancio

Entre el tiempo de la narración y el sujeto que narra hay una acción de diferencia: la narración. En palabras de Arendt (2000) esto significa que “la narración como acción es creadora de historia” (citada por Bárcena y Mélich, p. 91). Cuando Handke (2019) y Han (2012) escriben sobre el cansancio, puede decirse que el primero está recordando lo vivido y lo nombra como “buenos y malos cansancios” (Handke, 2019, p. 24); mientras que el segundo propone una narración que da sentido y desenmascara la lógica de como una sociedad, a través de los dispositivos, gesta sujetos que rinden en favor de la productividad y el consumo, lo que tiene como consecuencia el cansancio (p.72). Se puede rescatar de ambos que presentan términos, conceptos y descripciones que posibilitan nombrar el cansancio con propiedad: rendimiento, positividad, agotamiento, sufrimiento, infarto psíquico, desgaste, violencia neurológica, enfermedad, desgano, hostilidad, soledad, desgaste, carencia, ausencia, fracaso, inclemencia, imposibilidad, incapacidad, peso, hastío.

El cansancio se puede entender como la disminución, el desgaste, la pérdida, la corrupción del ímpetu como fuerza que mueve y del entusiasmo como disposición, ánimo, deseo y buena voluntad. Es progresivo, en términos que no se expresan como resultante de una única acción.

La narrativa del cansancio es lo que permite la captura de eso que produce el cansancio desde las operaciones del dispositivo y solamente se puede recuperar lo que cansa como relato, al volver sobre lo vivido, dado que acción y narración son incompatibles en términos sincrónicos y lo único que las hace compatibles es la diacronía; es decir, la recuperación de lo vivido mediante la estructura del relato y, de esta manera, se tiene conciencia de las dimensiones, las implicaciones y las consecuencias de la acción. Para Larrosa (2006), “la recuperación de lo vivido a través del ejercicio autonarrativo permite la construcción de la subjetividad” (p.45).

En las semánticas del cansancio, entonces, operan discursos que, en términos foucaultianos, son formas de enunciación manifiestos en diferentes modalidades: gráficas, escritas, orales y digitales. Lo que se nombra, quienes lo promueven y en la recurrencia de su enunciación se crea una verdad que en el fondo tiene un efecto de realidad y, para el caso del sujeto puede operar como aquello que disminuye, contamina, acaba el ímpetu y el entusiasmo, y así, el ímpetu y entusiasmo agonizan.



El exilio del fracasado



El exilio del fracasado.

La expulsión del fracaso.

Juan Felipe Pabón Álvarez

A veces, cuando camino por la ciudad de la derrochada primavera, veo a los habitantes de calle y me echo la bendición. Me gusta creer que la empatía por ellos me seguirá proveyendo agua caliente en la ducha, ropa limpia que no sé quién lava, comida que no sé quién compra y esta vida que disfruto en silencio. Vida que me hace sentir miserable, pero miserable y cómodo. Cómodo y tranquilo. Dicen que los hijos de los ricos son los únicos que pueden darse el lujo de ser artistas, tal vez porque tienen el lujo de entristecerse y poseen suficiente dinero para comprar tiempo y estar tristes sin interrupciones, bloqueados e insatisfechos con sus obras. En los habitantes de calle, veo una metáfora de todo lo que significa la tentación del fracaso, los pormenores de dejarse tentar y las delicias de aceptarlo.

Y entonces pienso que a ellos los tentó el fracaso desde que nacieron. ¿Consumir drogas, robar, engañar o asesinar significa ceder a la tentación del fracaso? No lo sé. Pero sí asumo que la sociedad entiende todo lo que es contrario a lo aceptable, o a lo políticamente correcto, como la tentación del fracaso. En cambio, yo veo en los habitantes de calle la soledad absoluta del éxito. La soledad de revelarse y ser libres, libres del gesto del poder, libres del favor al amigo, libres de pagar sus propias deudas, libres de beber y fumar, libres de olvidar el propio nombre, la identidad, el rol social; en suma: libres de olvidar el significado de la palabra *libertad*. En esto veo la paradoja de cómo la sociedad ha inventado conceptos, delineado lugares, previendo reglas para mantener esa libertad frágil y estimulante bajo el amparo de la siempre correcta, anticipada, sistemática y eficaz moralidad social, ya sea en oriente o en occidente. La sociedad inventó el verbo *mendigar* y el verbo *simpatizar*. El clero fundó las hermanitas de la caridad y la sociedad legitimó el concepto de dignidad hasta el último matiz posible.

Nosotros, la sociedad, inventamos las prisiones, los manicomios, las casas de reposo, los retiros budistas, los monasterios que obligan a sus monjes a callar para siempre. Hicimos caminos recónditos para que los apátridas los

anduvieran, vías que no llevan a ninguna parte y tampoco comienzan en ningún lugar; no hay nada y la nada está con ellos. Nos inventamos a Dios y a Satanás para que no buscáramos límites entre el cielo y la tierra, para que la maldad fuese nombrable, para que nuestros pintores pudieran imaginar al ángel Gabriel y a todos los demonios del infierno. Nombramos las acciones *pecar y perdonar*, cocinamos lentamente los sustantivos *salvación y perdición*. Y fuimos más lejos todavía: nos inventamos las palabras y sus significados, nos inventamos la imprenta y los libros de tragedias.

Nos inventamos los héroes y —para hacerlos uno con Dios, erradicar toda duda sobre su estatus indivisible de las fuerzas divinas y legitimar que ellos eran la ley escrita en pasado, presente y futuro— nos inventamos los perdedores, los fracasados, los que mueren por causas prestadas y jamás serán tenidos por mártires. Inventamos los personajes secundarios, los habitantes de calle, los ladrones que no saben cómo explicar que roban por necesidad y, también, nos inventamos a los inmigrantes. Nos inventamos la aporofobia.

Los criminales son exiliados en la prisión
Los pecadores son exiliados en el infierno
Los pobres son exiliados en el estrato 1
Los habitantes de calle son exiliados en las aceras
Los discapacitados en el centro inclusivo
Los bobos en el sometimiento a los puños de los vivos
Los feos en el anonimato y el descrédito
Los ignorantes en los trabajos duros
Las putas en su vejez
Los inmigrantes en el país hasta donde alcanzan a llegar
Los hijos bastardos en el apellido de sus madres
Los lamentos en la cama.
¡El exilio nos persigue hasta nuestro propio corazón!

¿Y el resto? Los que trabajan a diario, o los que trabajan por ellos, que se sienten orgullosos de sus vidas, que poseen lo que querían poseer o pueden guardar para poseerlo después o les pueden prestar para poseerlo simbólicamente, los que tienen fotos en otras ciudades y a la gente le parece interesante, los que dicen lo que les place, los que amasan fortunas de respeto, aceptación, empatía, aprobación... ¿qué hay de todas estas personas? Las que socorren al mendigo y las que lo escupen, las que alivian al soldado herido y le disparan, ¿esas personas dónde se exilian?

En sus propias vidas. O eso es lo que yo quiero creer, que nuestras almas se convierten, en medio de tanta aceptación, en una especie de jaula dorada. Y no nos damos cuenta, porque nos gusta tanto... tantísimo, y no nos dan de comer pistachos ni frutos secos, nos dan esperanza, ilusión, nos enseñan la historia de cómo Gregorio Samsa un día despertó convertido en un hombre hermoso, inteligente, amado por su padre. Nos dicen que era imposible mirar a Alejandro Magno a los ojos, que la belleza de Cleopatra la llevó en cuerpo y alma al cielo, nos dicen cosas... nos muestran cosas. Y es delicioso olvidarse de las minucias de los feos, los eclécticos de rostro; qué culpa tenemos que el Bosco nos haya pintado a la izquierda de su cuadro. Pero tampoco nos importa por qué los pintaron a ellos en el lado derecho. Ahí nos exilian a nosotros, en el paraíso, en el sueño de encontrar la Atlántida, nos exilian en el anonimato de la mujer que inspiró la Mona Lisa. Entonces, las fuerzas innumbrables de lo absoluto, Dios, el papa, los cardenales, los presidentes, el alcalde local y nuestra propia consciencia, todos unidos en una liga omnisciente que alimenta la interpretación simulada de: la libertad y el libre albedrío.

A los fracasados nadie les dice qué hacer, qué ponerse, qué decir, cómo oler, a qué hora presentarse al trabajo, nadie les pregunta qué sueñan, y si nadie les pregunta qué problemas tienen, tampoco hace falta responder cuáles son las soluciones. Y en esa nada, lo hay todo. ¡Qué irónico! Pero si a ti te preguntara: ¿qué te hace falta? Aunque suene atrevido, algo habrías de responder.

Pero eso no me compete. Debo provocarte... a escribir.

¿A dónde te exilias de ti mismo/a y tus miserias? Yo me exilié en mi propia vida y en la idea que vendo a todos los demás de ella o, más bien, en la idea que se han hecho de mi vida y que a mí me gustó cómo se siente creer que ese soy yo. Juzgamos a los bazuqueros por tirar bazuco, pero nadie habla de la dopamina, nadie critica la serotonina, nadie nombra el “capital simbólico”. Estos son algunos testimonios de ese tipo de personas:

“At 27 years old my biggest fear was being judged- How they look at me reflect on myself, my family, my city. What they say about me reveal if my reputation would miss me. What they see from me would trickle down generations in time. [...] I’m talking fear, fear of losing creativity. I’m talking fear, fear of missing out on you and me.” (Kendrick Lamar).

*Porque si un día, cansados de este morir a plazos
queremos suicidarnos abriéndonos las venas
como cualquier romano,
nos sorprende saber que no tenemos sangre
ni tinta enrojecida:
que nos circula un aire tan gratis como el agua.* (Rosario Castellanos).

“Recuerdo el día en que iba a convertirme en escritor. Mi padre, que solo estudió hasta séptimo, alquiló un traje. Mi madre, que dejó a mi viejo por huelizo, llegó en la camioneta de su marido. Todo estaba preparado, mis amigos y maestros esperaban a las puertas del auditorio donde iba a ser lanzado el primer libro. El director de la editorial aclaraba su garganta con un trago de ron para decir mi nombre y el del libro con sonoridad y prestigio. Todo estaba preparado. Yo quise creerlo. Hacía unos meses, había entrado en coma por mi propia mano y me sucedió el infortunio de fracasar en traer mi propia muerte. Cuando desperté del coma inducido, desperté convencido de que sobreviví con la única razón, exclusiva y privilegiada, de convertirme en escritor. Me vestí como escritor, fumé como escritor, hablé de autores que no he leído como escritor, asentí a comentarios que no escuche, me emocioné por proyectos literarios que nunca leí, firmé libros que fueron leídos por voces silenciosas que no volví a escuchar. Llegó el momento de presentarse; vine, vi e hice silencio.

Recuerdo el día en que iba a convertirme en escritor. Con un libro que yo no escribí. Lo escribieron Lucas y Alfredo por mí y con la plata de mi mamá, les pagué para que pusieran mi nombre, y así pasó. Me convertí en escritor. Al año siguiente fui a Europa para buscar inspiración, esta vez fui como escritor y le escribí al río Sena, al Danubio, el Rin, al Rubicón, al Fyris y hasta al Volga. ¿Han estado ustedes en Europa? Mi mamá pagó. Comí calamares, romaníes de todos los sexos, gitanos, osos, alces, caviares de todos los colores. Fui un buen escritor en Europa. Me metí con la mujer de todos los caseros que me daban oportunidad, mendigué y viví en desvanes, todo por sentirme escritor. Cuando me aburría de jugar a Gabo en París o a Dostoievski en la taiga siberiana, me iba a Madrid a vivir como Góngora o Quevedo. Vi el báltico y el mediterráneo. En las costas de Finlandia una dependienta me preguntó en mal español —¿Por qué su tarjeta de crédito tiene dos nombres? —y yo sin saber hablar de eso que ella me compartía le respondí charlatán —Yo no sé cómo se dice tarjeta amparada en su idioma— y seguí fumando cigarrillos noruegos. Eso es lo que hacen los escritores ¿no?

Volví de Europa a concentrarme en mi rol —ahora no solo eres un poeta, eres escritor— me recordé. Pero cómo no ceder a todos los regalos que tenía en casa mamá para mí. Un nuevo reloj de pulsera, un par de billetes recién retirados del cajero, una cena espléndida con vino Amontillado de jerez, ser escritor podía esperar. Entre todas las cosas, lo mejor fueron dos tiquetes a una isla en el caribe. Es duro estar fuera de casa por dos meses. Necesitaba relajarme antes de volver a lo mío. Al caribe le escribí y le recité también, como buen escritor. Anduve en moto por la playa, sostuve conversaciones falsas en idiomas criollos con los nativos de la isla, besé los pies de todas las masajistas que me ofrecían sus servicios, fumé mariguana y bebí licores importados de toda clase, licores menjúrjicos y licores hechizos, bebí agua del mar y de las botellas plásticas, me senté en las tiendas de puros cubanos con los gringos, y en general, hice cosas de escritor.

Entonces regresé otra vez. De eso hace dos años. Ahora suelo ir a las tertulias literarias donde aún hablan de mi libro para conservar intacta la reputación y aclarar apartados que la gente cita mal, aunque yo francamente no he leído mi propio libro, vivo tranquilo y feliz mi vida de escritor; tengo un libro publicado por prestigiosa casa editorial, amigos adinerados, inteligentes, con buenas posiciones académicas, parlamentarias y ejecutivas. Pero lo más importante que me ha dejado mi prolija carrera como escritor, han sido los amigos pobres pero talentosos de la facultad. A esos los mantengo muy cerca de mi corazón, de mis oídos y, sobre todo, de mis libretas; los invito a comer a los restaurantes costosos, les obsequio toda pertenencia que en mí ellos notan y les parece bonita o admirable, no vaya a ser que sea uno de ellos el que me escriba el segundo libro. Quién sabe” (Juan Felipe Pabón Álvarez)

Ya sé porque soy escritor

Juan Diego Martínez Marín

—Parce, arme el coge-coge que yo saco mi equipo y pongo las piedras para las canchas.

—¡Hágale! ¿Usted tiene el balón de su hermanito?

—¡Hágale que todo bien!

—¿A quién llamo? —preguntó Pepito Metralla.

—Al Manco de Lepanto para que se parche en la portería, El Cisne del Avon con el Peripatético en la defensa, no pasa nadie. En el medio al Fénix de los Ingenios y en la delantera al Capi.

—¿Gabo ya tiene los suyos? —pregunta Metralla.

—Sisas, ahí le tengo al esposo de Dorothy Philips en el hueco, al Toro Normando y a El Cuervo en la defensa, al Cronopio como armador y al Huesudo Aburrido en la delantera.

Ya se han puesto las piedras y todos están en la calle, el Barrio entero está amontonado en la acera. Es la primera vez en la historia del Tártaro que se arman estos equipos. Pepito y Gabo apuestan la camiseta con la moneda al aire y gana Pepito y su equipo. A los otros les toca quitarse la camiseta a lo que Gabo grita: “Solo la poesía es clarividente”, y el Huesudo Aburrido cuña eso diciendo: “Culpa a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.”

El Cuervo, como todo hombre de barrio, propone que la apuesta sea una caja de cerveza. El equipo de Pepito Metralla se reúne y solo se escucha: “¡tengo milqui, yo pongo 10.000, hágale que mi mamá me presta!”. Se recogen los 30.000 para comprar la caja en la tienda de Don Bukowski. El equipo de Gabo está tranquilo, pues el papa del Toro Normado tiene crédito y lo que él pida se lo dan.

Eran ya las 10 de la mañana y todos estaban en la calle, unos vistiendo sus zapatos rotos y pegados con cinta o Sacol; las pantalonetas desteñidas, casi rotas; las camisetas del NAL o del DIM o de cualquier equipo macondiano; otros, simplemente, sin camiseta y mostrando unos cuerpos amorfos.

Todos los vecinos estaban parados en las aceras gritando, apostando, burlándose de los jugadores y de ellos mismos. Solo una vecina estaba mal encarada, Doña Gabriela Mistral. Ya había sido víctima de estos partidos, todos los vidrios de sus dos pequeñas ventanas estaban rotos, el frente de su casa estaba lleno de manchas por los balonazos que pegaban una y otra vez, cada que esos muchachos jugaban, y para qué, pero ellos eran muy buenos con sus cosas, menos para jugar fútbol.

Doña Gabriela sale en medio de la algarabía, le arrebató el balón a Gabo, saca de su delantal un pequeño cortaúñas y lo chuza repetidas veces desinflándolo, mientras dice: “el mundo cambia en un instante y nacemos en un día”.

Todos lloran por el pase, la chilena y la palomita no hecha, por la jugada maestra no vista, por balonazo, la patada y el taco no recibido.

Todos musitan, nadie levanta la voz.

Ella es la profe del colegio, ¿quién le pudiese alegar?

¡Qué mierda! ¡Mejor nos vamos a escribir!

En dos Cuartos

Brigitte Vanessa Afanador Gómez

Nunca imaginé encontrar tanta similitud entre mi vida y la de un vagabundo. Veía llanamente el andar de los habitantes de calle como la consecuencia de desistir a los esfuerzos y resignarse a ser tildado por fracasado. La verdad, ahora, es que en busca de mis sueños recorro calles que no conozco, me desprendo de mi identidad cuando veo la oportunidad, pues yo, Sofía, existo cuando hay peligro, cuando no quiero que un desconocido se vuelva conocido, cuando rechazó a un hombre ante sus múltiples intentos por conectar conmigo.

Después de eso, se encuentra lo pleno: quien permite que exista Sofía, soy yo. Pero eso no me hace menos persona, pero sí más fracasada; porque me escondo de mis emociones, niego el placer de unos besos para no sentir nada más allá del tacto, me encierro en mis pensamientos buscando formas de lograr lo que tanto quiero... ese es mi mayor fracaso: mis deseos.

Escuchando salsa y vallenato imagino en mi cuarto lo especial que puede ser una noche si dejáramos el miedo y no nos importara la mirada de un tercero. El fracaso vivirá en nuestro cuerpo en la medida en la que nos abstengamos del placer.

Cumples mis caprichos, algo que no tenías en tus planes frente a cualquier mujer, vives con el temor de que las cosas salgan a la luz y de que se desprenda el terror de la gente ante lo bien que nos teníamos guardado nuestro verdadero ser. Con esos ojos, que no me atrevo a describir para no hacer obvia tu identidad, reflejas lo mucho que me deseas conceder: atención, pasión, felicidad y locura... pero todo esto queda en dos cuartos, nublados por lo que pueden llegar a pensar quienes nos han visto crecer... Ahí entenderás que nada nos queda más que el fracaso del placer, dos seres destinados a perder.

Aniversario¹

Ana Elena Builes Vélez

Lo único que escuché fue el eco del golpe seco de la puerta al cerrar. Olvidamos encender la radio. Se alcanzaba a escuchar, además del viento que golpeaba las ventanas, las llantas deslizándose por la carretera. El olor a calor húmedo que desprende el asfalto con los primeros rayos del sol, el canto escandaloso de un gallo a la distancia y el reflejo de las luces de algún camión que pasaba en sentido contrario al nuestro, nos mantenía atentos. Ana llevaba abrazado un morral que apretaba con fuerza.

“Autopista Medellín – Bogotá”, alcanzó a leer Ana en una valla verde de letras blancas. Buscó el reproductor de música. La lista de reproducción que había creado para el viaje anterior seguía ahí. Se detuvo en una canción y encendió la radio. Llegamos demorados al pueblo. Nos detuvimos más de una vez a tomarnos un café y estuvimos perdidos varios kilómetros. Recuerdo que le dimos muchas vueltas al parque buscando dónde dejar el carro. Hacía mucho calor afuera. El sol se reflejaba en las paredes blancas de las casas del pueblo. A Ana los ojos le brillaban, sonreía y tarareaba cualquier canción feliz.

“La casa de Juancho donde manda Yolanda, y qué?” se leía sobre la puerta de una casa. Ana sonrió y me dijo: “Definitivamente, este es el lugar”.

Las calles empinadas y empedradas del pueblo estaban llenas de gente. Eran mucho más de las 3 de la tarde. Habíamos recorrido muchos kilómetros para llegar, no teníamos hotel ni habíamos comido nada. Entramos al único restaurante, cerca al parque, en el que aún quedaban almuerzos. Una casa grande con un techo alto. El menú: chivo con pepitoria. El olor del chivo era muy fuerte, era una carne con un sabor intenso. No había otra opción, solo disfrutarla.

Recorrimos nuevamente el parque buscando un lugar dónde hospedar-nos esa noche, como siempre no teníamos claro si nos íbamos a quedar un

1 Todo aniversario es un fracaso de la memoria.

día o dos. Acabamos de llegar de Villa de Leyva, donde creímos que estaríamos todo el puente, sin embargo, solo duramos una noche. — —¿Quién se queda en un lugar donde la luna sale a la 1 de la mañana? —me dijo Ana mientras salíamos de la plaza de armas de Villa de Leyva.

Llegamos a una casa blanca con grandes puertas de madera pintadas de verde oliva. Estaba ubicada en toda una esquina, lejos del bullicio del parque. Ana necesitaba deshacerse de una cantidad de cartas que había escrito para Andrés, desde el día que supo que se había ido con María. Nunca se las había enviado, las tenía todas amarradas y separadas por años con cabuya y un letrero pequeño en el que, escasamente, se alcanzaba a leer: “para vos”.

Ana y yo nos habíamos conocido hacía algunos meses. La primera vez que nos tomamos un café le hablé por más de dos horas. Era una mujer muy callada, me escuchó casi en silencio. Solo respondía a mis preguntas tímidamente. De esa primera conversación me sorprendió mucho la exactitud con la que podía decirme la hora sin mirar el reloj.

Dejamos las cosas en el hotel y salimos a recorrer el pueblo. Las casas hechas de tapia pintadas con cal y grandes puertas de madera —unas azules, otras verdes— parecían haber nacido a los costados de la catedral principal sobre las calles empinadas. Disfrutamos observando los zócalos torcidos de las calles y los balcones que nos daban sombra. Buscábamos las iglesias que se veían desde las esquinas, mientras caminábamos hacia lo más alto del pueblo. Ana iba en silencio a mi lado, escuchándome. Llevaba en su espalda el morral lleno de cartas, los hombros le ardían en rojo encendido y las gotas de sudor caían sobre sus pestañas. Le pregunté si quería que le ayudara a cargar el morral, pero solo me miró y se sonrió. “Estoy acostumbrada a cargar este peso”, me dijo sin titubear. Llegamos a una iglesia pequeña. Una capilla de ladrillos naranjas y puertas de madera con largos listones de hierro forjado. Nos sentamos al lado de un árbol muy grande y nos fumamos un cigarrillo.

—El señor de la tienda dice que detrás de la capilla hay un parque de esculturas en piedra, que además es un mirador. Podríamos buscar el lugar para quemarlas por ahí, ¿te parece? —le dije a Ana, quien estaba concentrada en la pareja que acababa de casarse en la pequeña iglesia.

—Vamos, claro.

Desde que la conocí siempre me hablaba de los cementerios. En cada lugar que visitaba los buscaba. Ella me decía que eran lugares mágicos y silenciosos.

“El lugar donde la tristeza y la felicidad se encuentran”, decía. Yo en cambio, les huía, no quería acercármeles, pero ella me había hecho prometerle que la llevaría a conocer los cementerios en cada viaje que hiciéramos juntos.

—Claro. Está bajando por la calle ancha del mirador del parque de las esculturas, al lado de la capilla blanca.

Caminamos detrás de la capilla, había mucha gente y estaba empezando a llover. Nada nos preocupaba en ese momento. Estábamos lejos de las obligaciones, nadie nos conocía. Llegamos al mirador y ambos quedamos deslumbrados. Las montañas entrelazadas, el río que las atravesaba y el inmenso cañón. Cerré los ojos. Ana me abrazó y me dijo “gracias”. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos ahí parados. Cuando empezó a oscurecer, caminamos buscando la calle que nos conduciría al cementerio. Era un pueblo viejo, no muy bien iluminado y si no seguíamos las indicaciones que nos habían dado, nos hubiéramos perdido.

Ana se detuvo en una casa que parecía colgar del borde del abismo. Blanca, sostenida por grandes troncos de madera oscuros y retorcidos. En su interior había un café con dos telescopios que miraban hacia el fondo del cañón, entramos y nos dimos cuenta de que, justo al lado, había una especie de teatro al aire libre construido en piedra.

—Creo que aquí no tendrías problema, pero deberías hacerlo de noche. ¿Las tienes ahí, cierto? Asintió con su cabeza y sopesó el peso de las correas en sus hombros.

—Tomémonos un café. Tengo que escribir la última.

Nos sentamos en la única mesa que estaba libre. Ana sacó una libreta de hojas blancas sin rayas y comenzó a escribir. Cuando terminó, se levantó de la mesa y me pidió la candela.

—¿Me esperas?

Debieron pasar al menos dos horas. Cuando regresó, me confesó que no había podido quemarlas todas. Rasgó algunas y las quemó. Seguro se detuvo en algunas para leerlas. Tenía los ojos rojos e hinchados. Habían pasado un poco más de 10 años desde que Andrés se había ido a París con María. Ana había escrito una carta cada día desde ese momento. Según ella, algunas solo eran frases cortas o una palabra, pero nunca había dejado de escribirle.

—Vámonos. Ya no hay nada más que hacer acá —me dijo con la voz entrecortada. Le temblaban las manos.

Caminamos hacia el parque. Vimos las luces amarillas de la catedral y las seguimos en silencio. En el parque nos tomamos unos tragos. Lloramos, nos reímos. Bailamos en la mitad de la plaza. Comenzó a llover y decidimos ir al hotel.

Ana sacó las últimas cartas que le quedaban en el morral y les echó lo que quedaba de la botella de ron encima. Me miró, sonrió.

—Ya no más, ya se fue.

Caminamos unas dos cuadras en una dirección y recordé que el hotel quedaba en el otro sentido. Nos devolvimos y al llegar a la esquina vimos la capilla blanca que habíamos estado buscando. La que terminaba al final de la calle ancha del mirador.

—Y ya sabemos dónde está el cementerio —le dije sonriendo.

—¡Sí?... ¿Dónde?

—¡No lo sé!

Atlas and the leaf

Isabella Castrillón Restrepo

“What are you lacking?” should be an easy question, something so simple and obvious to ask like a child asking why the sky is blue and the leaves green, yet, can anyone truly answer these questions with true knowledge without feeling like they are citing a dictionary? I don’t know what I should answer, but there’s this indistinct feeling that somehow, I should know.

Yet, I don’t live in a gold cage, but in a cage nonetheless, it’s carved out of smiles and praises rather than cold sturdy metal bars, it’s a land with more colors than the human eye can perceive, so much and yet so little, it’s feeling happiness knowing well that sadness is coming to take its due, it’s the constant ache in my shoulder from a weight that I didn’t create nor choose, yet I do nothing to get rid of it, it’s watching the emptiness hoping to catch a glance of the universe. It’s fear, it’s joy, it’s depression and anxiousness and uncertainty, it’s the overwhelming fear of succeeding at failing and failing to succeed.

“I couldn’t care a bit if I died
But I’m wanted alive by the people around me
Living on carrying such contradictions... I think I’ll get yelled at
“Things that are “correct” should stay “correct”
“If you don’t want to die, then live”
If we’re going to end up sad and if that’s fine
Then you gotta laugh alone forever”

Oktavia ft. Hatsune Miku – Hated by life itself

The soil under our feet will one day be the same burying us deep. The heaviness of breath, the unfairness of earth, is real and physical. It’s here in the same room as me, watching with a smirk as I write this, as I pour my heart and mind.

“IT’S NOT ENOUGH” It screams, and I continue writing unknowing that I’m heading towards my end like a lamb to the slaughter, I force my gaze astray but they forcefully grab my head and pull it back to the screen, long

nails carving into my cheeks a little more painful than tears. That's it, that was today's attempt, "maybe tomorrow I will succeed" I chant in my head over and over like a prayer, the last remaining bits of sanity are guarded by a meaningless delusion.

Should I pray away my fear and hope a wondrous angel comes and saves me? Take away the thorny crown and leave it for someone else? Would it be wrong to force someone else to take my place? Or should I surrender and like Atlas resign to bear the weight of the world on my body?

"Wherever it was, the entrance to it was a great gate of clouds kept by the Seasons. Within were the gods' dwellings, where they lived and slept and feasted on ambrosia and nectar and listened to Apollo's lyre. It was an abode of perfect blessedness. No wind, Homer says, ever shakes the untroubled peace of Olympus; no rain ever falls there or snow, but the cloudless firmament stretches around it on all sides and the white glory of sunshine is diffused upon its walls". (Hamilton, 1942, pg.18)

A golden utopia where only laughter and music are allowed, where all such mortal matters and sufferings are not allowed, and if I may dare to ask, is the laughter still there while Zeus is only ever caring about his carnal desires? Is Minerva laughing when humans incur yet another ruthless carnage? Is Demeter laughing when her daughter is out of her reach for another six months? Is Apollo still playing when there's no one there to listen? And if he does, if a tree falls in an empty forest, did the tree even fall?

And let's say that in this same forest there is another titan, one that like Atlas bears an impossible weight over their shoulders, with each season vines and trees grow surrounding them, stretching to just be able to touch them, but the shadow the titan projects do not allow anything to prosper within its reach, with each season the same battle replays, the trees reaching to the titan and them inadvertently killing them, stuck in this stalemate that shall remain until Apollo no longer prevails. The titan never moves, breathes nor appears to be alive, they limit their movement to the bare minimum trying not to disturb their precious ware: a lonely leaf they carry in their hand like a raw emerald.

The Titan doesn't know why the leaf was there in the first place or if it came to be naturally or was placed there by another, they just know it's there and they are carrying it. It doesn't weigh much and it's like any other leaf in the

world, but by the way, carrying it tires the titan and clenches their muscles: you would think it weighs more than a mountain. Atlas doesn't know why it weighs so much, they just know it does because they decided and so it does.

It paints such a weird sight, but that's the fate the titan chose, and now you must choose

“Are you Atlas or are you the Leaf?”

Triunfo y fracaso: el vacío del triunfo

Erika Jaillier Castrillón

No sé cómo ni por dónde empezar.

Siempre he sido un hombre exitoso, un ejecutivo eficaz, un negociante duro de roer, un talento en mi campo de acción. Pero escribo porque en este año siento que no va más, todo me da igual.

Decidí escribir porque mi negocio ha sido mi ruina: tengo todo, pero no tengo nada. Estoy solo como aquel prisionero de Poe en un pozo profundo que solo escucha una gota caer rítmicamente, sin sentido. Mi reloj es la gota; el vacío, mi pozo.

Es cierto, no tengo deudas, no tengo afugias económicas de ninguna índole. Tengo todo cubierto. Mis negocios se cubren entre sí. Podría vivir 50 años más con lo que tengo y, prácticamente, sin tener que trabajar.

Pero algo no fluye: mi vida ya no es mía.

Llego a mi apartamento y solo siento vacío. La nada. Cero. Un agujero. Una ratonera.

Tengo todo lo que un hombre de mi posición podría querer: un espacio bien situado, seguro, protegido, dúplex, con piscina, cocina abierta, espacios amplios y luminosos; una habitación enorme, con baño principal con jacuzzi y posibilidad de sauna; un salón principal doble, con sala de juegos; un gimnasio personal con un entrenador que me visita tres veces a la semana para mis rutinas de ejercicios. Tengo algunas propiedades de la empresa a las que puedo viajar cuando quiera: New York, Miami, París, Londres y Singapur. Tengo unos yates bien dotados en los que podría, si quisiera, dar la vuelta al mundo. Mi colección de carros solo se parece a la que en su momento tuvo Pablo Escobar...

No son extravagantes, son sobrios, más bien minimalistas; pero confortables, funcionales, útiles. Lo más adecuado para ser productivo. Mi sociedad da rendimiento por sí sola. Yo solo tengo que revisar los informes de los auditores, acudir a las juntas, leer concienzudamente y firmar los documentos que me corresponden. Mis abogados, mis secretarias y mis asesores me tienen al tanto de lo importante y eso me permite tener otro tipo de temporalidad para el ocio y el entretenimiento.

Me gustan las fiestas. Al menos, es un placer organizarlas y traer grupos musicales de moda para entretener a los amigos. No sé si te acuerdes de mí. Era el rubio alto que sentaban siempre en el Liceo Francés al final de la fila, junto a la ventana. Estuvimos en clase todo el bachillerato e incluso entramos a la misma universidad privada. Sé que estudiaste psicología porque me burlé de que hicieras algo de humanidades, “carreras para pobres”, creo que te dije. Ya en aquella época de los 90 me decían “Yuppie”, porque tenía varias inversiones en la bolsa y era todo un emprendedor desde entonces.

No sé si recuerdas la última fiesta de la universidad en la que llegó un grupo de rock que contratamos en privado para el cierre del semestre. Sé que te invité en algún momento, o eso creo... Ya no recuerdo la razón, pero te sacaron de la fiesta los guardaespaldas... En fin...

Hoy, casi 35 años después escribo esta carta porque creo que eras lo más cercano a un amigo en aquella época. Tal vez estoy ablandándome y me acuerdo de una infancia que a lo mejor no fue igual para ti. Pero estoy pasando por un mal momento en mi vida personal y no sé a quién recurrir. Abandoné a mi familia hace ya mucho tiempo y nunca he querido regresar a esa miserable vida... Además, no quiero ser sensiblero y regresar para ver a gente que desprecio. Puede que pienses que eso es parte de mi soledad, pero yo no soy ellos ahora.

En resumen, si todavía eres eso que estudiaste, tal vez puedas ser útil en mi caso: estoy vacío. Oscuridad, eternas tinieblas, un hoyo negro que me consume por dentro. He pensado que mi triunfo ha sido mi castigo, aunque no sabría por qué, pues no he cometido delitos y no creo en los pecados. No me importa la religión ni nada de eso que la gente llama trascendente.

Si me preguntas si he tratado de resolver mi soledad, sí, lo he hecho de muchos modos: fiestas, banquetes, reuniones multitudinarias, conciertos... Soy muy bueno organizando esos eventos sociales. Además, he contratado empresas de compañía para tener gente siempre a mi alrededor, para tener

con quién discutir, a quién hablar, con quién dormir... Pero todo termina cuando acaba el contrato. Llenar el apartamento no es difícil, de hecho, siempre hay gente. Las mujeres se quedan por el dinero o las comodidades, pero también se cansan de mí como yo me canso de ellas. Los vicios de siempre son pasajeros. No creas que no lo he intentado, pero también termino por cansarme de lo mismo. Todo es pasajero, recreativo, puro uso social. Y eso no me satisface y tampoco me coge. Mi organismo es particular: no me enrolo. Me ayudan a no pensar, a dejar pasar el tiempo, a usar la cabeza para los negocios, a ser productivo, pero no me quitan lo oscuro, lo negro, el vacío.

Es absurdo. Creo que en algún momento tenías razón cuando me dijiste que quererlo todo no significaba tenerlo todo. Y tenerlo todo tampoco se siente bien. Más aún: no siento. No me satisfago con nada, no siento emociones, nada me duele; pero tampoco nada me hace sentir realmente bien. Solo es eso, indiferencia, vacío.

No, no pienso que sea frustración ni fracaso porque todo lo he tenido y lo tengo con un chasquido de mis dedos, si así lo quiero. Todo lo que he deseado, lo he conseguido, lo he tenido, lo he consumido y me he cansado en su momento. He llegado al cansancio de la satisfacción completa y a la indiferencia que esto me provoca. Desierto. Ni bien, ni mal. Solo un vacío indiferente.

Desde los saberes de tu profesión, ¿es esto posible? ¿Llegar a un nivel tal de satisfacción que ya nada satisface? No hay deseos, no hay gusto, no hay placer, ni en lo que hago, ni en lo que soy, ni en lo que tengo, ni en lo que siento. Mi vida da lo mismo. Vivir o no vivir da lo mismo. A veces imagino que, si encuentro alguna necesidad, podré volver a sentir algo... Pero tampoco sé porque no siento necesidad alguna, solo el peso de vivir algo que ya no vivo. No hay dolor, solo indiferencia, tal vez el deseo de desear o la necesidad de necesitar que me ayuden. ¿Tú qué piensas, amigo?

Medellín, 3 de mayo, 2022

Triunfo y Fracaso 2: Goce de lo simple

Erika Jaillier Castrillón

Hay una canción que desde hace días suena en mis oídos: “Al atardecer de la vida, me examinarán del amor”. La canción no me gusta, porque es una tonadita de esas que cantan como un sonsonete las señoras en las iglesias; pero la frase del título me repiquetea en el cerebro. Tal vez, la canción completa no, pero esa frase del coro se ha convertido en un permanente golpeteo de palabras y de sentimientos.

Me suena a una verdad simple sobre lo que verdaderamente importa: amar.

Me ha hecho preguntarme mucho sobre qué es realmente ser feliz... Si muriera hoy, ¿qué podría decir que hice bien?, ¿qué me hizo realmente feliz? ¿Qué es triunfar en la vida?, ¿tener títulos, ganar dinero, tener libros, música, objetos? ¿Y qué es fracasar?, ¿no ser exitoso, no tener dinero en el bolsillo, no poder tener lo que se desea?

Si muriera hoy, me llevaría las sonrisas de la gente que amo, los abrazos de los amigos y de los que llevo en el corazón. Me llevaría el placer de una ducha cuando se vuelve de un viaje largo, o el olor a mi almohada cuando puedo dormir de nuevo en ella. Me llevaría el sabor de una buena torta negra hecha por mi madre, con ese toque secreto que solo dan sus manos. Me llevaría el gusto en los labios de un beso placentero, como aquellos que solo se dan y se reciben cuando no se busca nada a cambio. Me llevaría el olor de una comida casera cuando se abre la puerta del hogar a la hora del almuerzo. O el aroma de un buen café cuando llueve o cuando nieva afuera y yo estoy confortablemente recostada en el sillón, adentro, mientras leo. Me llevaría la sensación helada de la primera nevada que cayó en mi hombro un miércoles, en una tarde de octubre que aún puedo recordar. Me llevaría el dulzor de las castañas calientes en una tarde helada de otoño, bajo el frío y la soledad de un país extraño. O el picante de un ají casero cuando se cocina la nostalgia en una comida típica lejos de casa.

Si muriera hoy, me llevaría la bendición matutina de mi madre cada vez que salía de casa, desde la infancia hasta hoy. Ese saludo tierno de tres gestos desde la ventana: su bendición de madre, su signo para recordarme que la llame al llegar, y su mano enviando un beso desde tres pisos más arriba del suelo. También llevaría conmigo las caricias —pocas, pero dulces— de mi hermana, tan resistente a ciertos gestos familiares. O sus besitos en la frente, cuando sabe que me dormí temprano por el dolor de cabeza del día.

Me llevaría las miradas tiernas de mis tíos que aún nos llaman “las niñas”, aunque ya pasamos cualquier edad de juventud posible. O los abrazos en el regazo de la abuela, siempre mullido, cálido (como solo el de las abuelas puede ser) y con olor a perfumes de antaño, dulces y evocadores de otras épocas. O las bendiciones telefónicas de mi abuelo, quien cada noche nos llamaba a la misma hora para desearnos buenas noches con canciones románticas, como “Bésame mucho” o “Muñequita linda de cabellos de oro...”

En mi equipaje llevaría conmigo el girasol que me llevó mi primer amor un día de mi cumpleaños. O el desayuno sencillo que puede preparar un buen amante al día siguiente de una noche de soñar enlazados. O la dedicatoria de aquel libro que supo capturar mi *esprit*, además de haberme cautivado, previamente, el corazón...

Si muriera, irían conmigo los paisajes de lugares increíbles que he recorrido con curiosidad y avidez y que, así los haya vivido varias veces, nunca fueron el mismo lugar de la anterior visita. O las heridas que me hice cuando traté de ir más allá de lo que mis pobres fuerzas me permitían en aquel momento del viaje.

Me llevaría, también, esas imágenes de lo bello que han tocado mis sentimientos y se han quedado en mis recuerdos: las tortas de cumpleaños, las velitas derretidas, el cántico de las aves al amanecer, el despertar y el atardecer rojizo en los Llanos Orientales, la limpidez de las aguas de Arauca (aún tan vírgenes), los olores de la comida india, el sabor “pico” de la comida mexicana, la noche de galerías sin galerías, las texturas de los vestidos nuevos, el olor de libro recién abierto, la humedad de las lágrimas cuando se llora por amor, el sabor acre de la sangre cuando me caí, alguna vez, al correr detrás de un tranvía, y un samaritano árabe llegó en mi auxilio en un país ajeno para ambos. Me llevaría la suavidad de una noche de *dolce far niente* en una tarde soleada de verano con el amor de la vida y una taza de cereales con leche.

Me llevaría el placer de haber conocido y abrazado a personajes famosos así ellos ya no me recuerden, y haberles pedido tímidamente su firma en un libro que aún guardo con cariño, así no lo haya leído por completo. O la dedicatoria de una canción que alguna tarde me susurraron al oído unos labios amados —y amorosos— en un amor casi prohibido. O la dulce caricia de unas manos que trataron de calmar mi dolor cuando mi amor se hubo ido.

Me gustaría llevarme lo intangible. Aquello que fue un goce efímero y solo eso. Lo más simple, lo más bello, lo más ligero, lo que no se toca ni se porta y que se lleva por dentro.

Esa es la verdadera riqueza. El verdadero triunfo está en eso, en lo efímero, en lo invisible, en lo que se vivió y se fue.

Si al atardecer de la vida me examinarán del amor, solo diría esto.

Medellín, 10 de mayo, 2022

Crónica de un ciclista

Faber Andrés Piedrahíta Lara

Son las 6:00 de la mañana y estoy preparándome para salir en bicicleta hacia la universidad. Reviso luces, aire en las llantas, ajusto el casco, máscara antipolución, lentes deportivos y selecciono la banda sonora que me acompañará en el recorrido desde el centro. A veces, reviso el clima y el nivel de contaminación del aire para saber si viajo en cicla o no. Es una rutina en la que, generalmente, no pasa nada extraordinario. Un conductor se pasa de largo el pare porque es fatigoso enclochar y frenar para volver a acelerar, es mejor desacelerar, además, hay prisa así sea muy temprano. A veces, solo a veces, el peatón encuentra conveniente caminar por la cicloruta, tal vez porque el camino está más despejado para caminar por ahí, mientras mira su celular. Un motociclista estimula sus sentidos con altas las revoluciones de aceleración para compensar cilindraje. La relación psicológica es simple: si hay ruido, hay velocidad. No hay nada más excitante que el sonido que produce el exosto, es el éxtasis del mofle. En todo caso, no importa hacia dónde se dirigen esas gentes, lo más probable es que sea para lo mismo: buscarse la papita. Todo es movimiento y necesitamos energía para llegar a donde está la papita; es filosofía básica de supervivencia.

Todo es muy cotidiano, normal y rutinario. En este punto, el guion se mantiene en su línea. Entonces, emprendo mi camino en un medio de transporte en el que soy el motor y utilizo mi propia energía para moverme de un lugar a otro; es decir, yo sí soy un automotorizado, los demás son motorizados. Así que empleo las reservas de tejido adiposo, porque es bueno para salud; además, nadie te quiere barrigón. Al primer asomo de panza, ya te lo advierten: “pilas, estás pelechando pa’ los lados”. Así que, aquí voy, evitando detractores y la caída en el mercado del amor, sin emitir dióxido de carbono ni ruido. Es una contorsión mental que podría producir el estrés, pero, como monto en cicla, no pasa nada: ¡fresco, cero tensiones!

Alguien podría preguntarse si de verdad pienso todo esto para ir a la U. en cicla; y también podría pensar que vivo mucho en mi cabeza, pero la verdad es que lo pienso ahora, mientras escribo esta crónica para tener algo qué

entregar en la investigación sobre el cansancio, porque no es suficiente ser el investigador líder del proyecto, gestionarlo con otra universidad, buscar información, etc. Si no escribo, no aparezco en los créditos y no me dan méritos para ranquearme como investigador y así subirme el salario para poder pagarme lo que una persona con empleo necesita: comida, agua, electricidad, Internet, ropa, celular, computador, entretenimiento y otros productos básicos de la sociedad de consumo. Este es el universo de la eugenesia académica.

Entonces, volteo la primera esquina y me llama la atención un bulto recostado contra la pared de un local. De vistazo, parecían como bolsas de basura amontonada, pero al pasar a la velocidad de la aceleración gravitacional que produce la inclinación de la calle, observo que es una ilusión óptica. Solo eran dos habitantes de calle cubiertos por retazos de tela. Uno estaba recostado en el piso, muy dormido, y el otro estaba sentado sin recostarse en el muro y con la mano izquierda sostenía, dificultosamente, una coquita con comida. Tenía los ojos entreabiertos, como pesados del sueño y masticaba cuando su cuerpo se sacudía con un microtemblor epiléptico del sueño para mantener el equilibrio.

Debo confesar que lo que me llamó la atención fue imaginarme esa sensación ubicua de cansancio absoluto y hambre voraz en la que estaba muy dormido para masticar, pero no para comer, y apenas despierto para comer, pero no para dormir plenamente. Era como ver esas dos acciones esenciales de la vida humana en el conflicto que se revela su incompatibilidad. Por supuesto, había un dolor sin dolor, porque se prolonga hasta el infinito que dura la mirada de la imagen muda y rápida, como colibrí; un fotograma que recuerdo con imaginación y no con la literalidad de lo vivido. También pensaba si habría comida de reserva para el otro que dormía, si hacía guardia o se aprovechó que el otro dormía para comer algo a hurtadillas antes de que despertara, a pesar de estar abrumado por el sueño o algún narcótico. La verdad, es difícil saberlo. En cualquier caso, la conclusión es obvia, pero no menos trágica: vivir en la calle es duro.

Por mi parte, seguí mi camino pensando en su imagen, mientras se repetía como un *loop* inevitable en mi memoria. Sin embargo, ahora que lo pienso, más que una imagen, lo que me queda es la sensación de su condición existencial en pugna entre el sueño, la vigilia y el hambre, ignorante de su vida hasta ese punto. Solo me queda imaginarlo...

Detrás de los sueños

Salomé Reyes Jaimes

Me gusta creer en todo, desde lo más absurdo hasta lo científicamente posible. Toda mi vida se basa en la ingenuidad de pretender que no hay imposibles, para luego caer plácidamente en el hoyo de la existencia material, realidad que vibra en negro y blanco, y sueños que vibran en lila y celeste. Sería inevitable, al final de cuentas, el discurso que encuentro en mis amados cómplices: “no hay una sola verdad”. ¿Qué puedo concluir?, que puedo crear escenarios ficticios con un toque de realidad, o al revés, sin sentir que son una tontería.

Me alimento de las conspiraciones paranoicas que se inventan las pequeñas hormigas del universo, me gusta cómo conectan cada punto para hacerlo creíble, para ellos mismos y, quién quita, para creerlas también yo. Se convierte en una pasión, y como si a mi caos le hiciera falta desorden y drama, busco el de los demás. Para ser sincera, me entretiene y me alimenta más el caos ajeno.

Además de ingenua, soy conveniente. Con el pasar de los años borro “inconscientemente” la información que mis sueños sienten que no le ayuda a seguir creando *shows* espectaculares. Lo más probable es que esa sea la razón del porqué lo único que recuerdo de Filosofía es ese maravilloso mundo de las ideas, ese mundo inmaterial, eterno y perfecto. Ese creador original de las cosas tangibles que toda la existencia hemos visto, o como me gusta llamarlo *El papá de los sueños*, como auténtica realidad.

Quizá Platón se refería exclusivamente a cosas, como la primera idea de una mesa o una flor, o quizá aludía a absolutamente todo lo que se puede pensar sin límites. Me quedo con la segunda opción, porque me puedo ver siendo un colibrí que puede volar en reversa con colores tornasol, o siendo un elefante que juega con su trompa sin temerle a su inmensidad; puedo rebotar entre nubes, como algodones que cambian de forma con el aire, o ser el mismo aire, aire de montaña, limpio y fresco; o ser una sirena que combate en equipo con las ballenas en contra de los delfines; ser el océano al que tanto le temo, ser su profundidad.

Jugar entre mis sueños y los golpes contra el pavimento se ha transformado en mi piel. En donde un día soy una cantante famosa en la ducha de mi casa, mientras canto a todo pulmón las canciones de Rocío Dúrcal; y después me convierto en una modelo no tradicional y mi pasarela es la carrera 70, de camino al Metro, y siento cómo controlo la cadera y el rebote de mis piernas a la perfección. Me he transformado en bailarina profesional de afro, con el poder de transmitir cada sensación de mi cuerpo a quienes me ven; he sido experta en colores del cielo, catadora de pasteles de pollo de esquina en esquina; terapeuta en el amor de mis amigos, familiares o conocidos.

Otros días soy una inexperta en todo, en literatura, en números, en direcciones, en nombres de personas, en historias que ya me han contado tres veces, pero amo volver a escuchar; soy inexperta en moda, o en hacer las preguntas adecuadas para romper el hielo. Lo que más me gusta de la piel que cargo es que, en ocasiones, soy inexpertamente experta en las mismas cosas, como en la cocina, con mis tres o cuatro platos con los cuales me siento feliz de compartir a los demás, o quizá se sienten obligados a tragárselos por no hacerme sentir mala cocinera; o escribiendo, en donde siento que plasmó pura basura y al mismo tiempo amo uno que otro renglón.

En todo caso, me lleno de lo que invento, de lo que puede pasar, de lo que no puede pasar; me lleno de la posibilidad de lo imposible, y de la ridiculez de creer en todo como una distracción necesaria para llevar mis días sin morir en la monotonía de una chica de 22 años poco interesante, llena de complejos, sin mucho que aportar, sin algún talento con qué sobresalir, pero llena de ideas ya existentes con las que me convierto en protagonista, para no morir de golpe en un mundo tan sensible.

Ecós de muerte

Tamashi, Akeru

Porque el hombre hace con los objetos lo mismo que el alma realiza con el cuerpo, impregnándolo de sus anhelos y sentimientos, manifestándose a través de las arrugas carnales, del brillo de los ojos, de las sonrisas y de la comisura de sus labios.

Sábado, 2000

Ayer, mientras compraba una candela en la tienda de la esquina, se me acercó un señor que no conocía y me dijo: “¿sabe usted que ayer mataron al frente a un muchacho que estaba intentando robar la tienda de Doña Nury? Todo el día de ayer cercaron la zona para hacer el levantamiento del cuerpo”. Quedé perplejo con la naturalidad que contaba el chisme. Porque eso era para él, un chisme más. Eso no era un hombre que había perdido la vida. Donde ayer corría sangre, hoy corren unos pelaos que van tarde al colegio.

Yo sé que es necesario retomar la cotidianidad, más aún cuando la tragedia es ajena a tu existencia, pero a veces olvidamos el poco escrúpulo que tenemos. Menos mal quitaron las malditas estrellas amarillas, ¿las recuerda? Esa desastrosa idea de señalar una muerte de tránsito. ¿Qué hace uno cuando se usa semejante símbolo de Parca? Cada vez que pasás por ahí sabés que hubo un desgraciado que falleció en un accidente. Muy básica la idea y con una intención de conciencia social, pero recuerdo que llegó un momento donde el pavimento tenía más estrellas que el cielo. Me daba una ansiedad constante ir en el bus, pues a mí que me gustaba mirar por la ventana y lo dejé de hacer. No había ciudad que disfrutar, el paisaje era un cementerio sin lápidas. ¡Tenaz!

Te imaginás que en las calles hubiese un símbolo por cada tipo de muerte. Sería terrible, ¿no? Estaría ante nosotros el nuevo estilo de grafiti urbano, al puro ritmo de Caronte. ¿Cuál sería el símbolo para el pelao de ayer? Quizá uno por ladrón o, tal vez, uno por incauto.

Estos últimos días me ha sido difícil hacer la vista a un lado ante tal pesadez social. Cada rincón de esta ciudad huele a óbito. Para mí, el concreto es un elemento indiscutible de muerte que me hastía. ¿Sabés por qué? Mirá cualquier ciudad moderna y pensá en cómo era antes de que llegaran las grandes constructoras. Pura vida y menos plaga humana. El panorama natural también fue vida y lo matamos. Sin saber nos convertimos en especialistas del luto.

Matamos el orden natural de las cosas, sí. Cambiamos la manga por asfalto, el bosque por urbanizaciones y el agua por canaletas. No fue suficiente. Ahora nos matamos por todo y por nada. Si miro a la esquina veo el muerto de ayer, si voy en el Metro pienso en los rieles y sus testimonios de fatalidad, si miro la calle encuentro homicidios de todo tipo, si miro el apartamento de enfrente veo a mi amiga Sabi, que terminó con su respiración a voluntad. Por eso, ahora, no miro y mejor me exilio en la escritura.

Como la calma del arroyo antes de la tormenta me siento, con una falsa tranquilidad que en cualquier momento se desbordará. La corriente crece y se convierte en un rápido acuático sin que vos te des cuenta. ¿Has visto cómo se pone el río cuando cae un aguacero en el sur, mientras que en Bello hace sol? Vos mirás el furor del agua y parece que respondiera a una realidad diferente. Tal fugacidad no hay quien la resista.

Caminamos constantemente por un pasado de muerte cubierto en concreto. El pasado de los muertos está en mi cabeza y eso me inquieta. ¿Acaso soy yo el único que piensa que camina entre muertos? Dicen que los difuntos descansan, pero ¿y los vivos cuándo? Ojalá esto fuera un relato de ultratumba, de esos que daban en Discovery, pero simplemente es la realidad de un ser que está cansado. No se trata de ver fantasmas; se trata de lo indiferentes que tenemos que ser para aguantar el tedio de la vida.

El ruido del fracaso

Shirley Viviana Cataño Pulgarín

Abres los ojos. La imagen borrosa del techo de tu apartamento empieza a formarse. Parpadeas un par de veces para poder verla completa y la sensación arenosa en tu visión hace su entrada triunfal. Intentas levantarte de tu cama, pero tu cuerpo no responde a esa orden, sino que te impone la de seguir descansando, a pesar de que le digas que es hora de iniciar con las actividades diarias. Cierras nuevamente los ojos, empuñas las manos, los frotas fuertemente, tomas impulso y lo intentas nuevamente; esta vez logras sentarte. En esa posición, te llega luz desde tu ventana: el cielo está despejado y parece que no lloverá, “¡Es un alivio!”, te dices como parte de la conversación constante que mantienes contigo mismo. Justo en ese instante, una descarga eléctrica te recorre desde la punta del pulgar de tu pie hasta la base desprovista de cabello que se empieza a asomar en tu cabeza. Un pensamiento, con potencia de trompeta militar retumba en tu cabeza: ¡ESTÁ DESPEJADO! Los segundos que pasan de una frase a la otra parecen eternos, tu mente sigue funcionando lentamente y, aun así, te gritas nuevamente: ¿QUÉ HORAS? ... ¡TIENES CLASE DE 6!

Con el poco espacio de acción que deja el ataque de pánico que empieza a formarse en ti, logras encontrar el celular; y a la sensación de opresión en tu pecho, le hace compañía un bajón en el estómago: ¡SON LAS 5:20! ¿POR QUÉ NO SONÓ?

Pegas un salto de tu cama. Hay libros arrumados en rincones, exámenes a medio calificar encima del improvisado escritorio y muchos apuntes con tintas de varios colores resaltan en ese caótico orden. Algunas de las notas para la clase están en la cima del improvisado lugar: “según Byung Chul-Han, el sujeto contemporáneo se explota a sí mismo, porque tiene que poder con todo en un mundo de positividad imperante... La competencia nos lleva a necesitar ser los mejores en cada aspecto, sin importar el costo: así sea con la vida misma... como sujetos de la autoexplotación, el rendimiento es una condición mortíferamente vivificante, sostenida en el frenesí del consumo

devorante; el mercado de las bebidas energizantes y ‘los tiempos compartidos’ encontraron su nicho y la pregunta que debería hacerse es...”. El resto de palabras están ocultas bajo el texto guía. La noche anterior pensabas que ese filósofo surcoreano es un tipo muy elocuente, te preguntabas cómo es que logra plasmar en textos esas cosas tan evidentes, pero de las que nadie se da cuenta (o solo son válidas) hasta que llegan en textos de editoriales extranjeras, incluso te alcanzas a preguntar cuántas becas habrá ganado para poder dedicarse a pensar eso que ya no se piensa y que ahora es material de clase. Debe ser lindo que haya gente a la que, efectivamente, le paguen por su pensamiento, más que por sus resultados. Como siempre, la noche avanzó muy rápido y ni te diste cuenta de lo tarde que estaba por estar, otra vez, perdiendo el tiempo pensando en las pendejadas.

En la carrera por salir rápido, te golpeas el dedo pequeño y una fuerte descarga te obliga a parar para saltar en un solo pie por varios segundos y muchas palabras que no sueles usar triunfan en esa mañana soleada. No hay tiempo para esas nimiedades, requieres decisiones: lo primero, comes lo que el menú de la cafetería tenga para ofrecerte; lo segundo, tendrás que bañarte cuando llegues (no te es negociable faltar, excusarte; pero si lo es no bañarte); lo tercero, asúmelo: llegarás tarde. Esa idea te devora. Sabes que no eres la personificación de la puntualidad. Debido a múltiples asuntos, llegas tarde a casi todos tus compromisos, tu libreto para justificaciones es tan amplio y variado que funciona igual de bien como el que tienes para responder, en la infaltable evaluación de desempeño, el logro de tus metas y porque la institución es tu proyecto de vida. Por eso, te mata el que ya ni tus clases están exoneradas, el único lugar donde el afán no había triunfado, ya fue conquistado. Te aterra la idea de ser la última persona en llegar y, sobre todo, con la cara colorada. No dejas de notar lo paradójico de que tu curso —ese en el que promueves la discusión, entre otras cosas, sobre el elogio a la lentitud como resistencia a un mundo que no se detiene, pues exige cada vez más— tenga como docente a alguien que siempre anda corriendo.

Caminas por todo el lugar, buscando lo que necesitas para el día. Con el morral en una mano, mientras la otra toma los libros, los cuadernos, las notas, el portátil y las llaves. El lugar queda peor, es la fotografía de tu caos, pero es un asunto del que se tendrá que ocupar tu yo de catorce horas después, ese que siempre tiene algo empezado. Sales de tu casa. Las llaves no logran ingresar en la cerradura y el malestar se incrementa: te dices, despacio, una cosa a la vez, así no lograrás nada; pero otra voz, más contundente y pragmática te grita: ¡NO TENÉS TIEMPO! ¡APÚRATE!

Estás agotado de ese monólogo interno. La pelea es la misma, los argumentos cada vez más feroces y no te están ayudando las lecturas con las que estás preparando la clase. El pasillo que recorres para llegar al ascensor resultó sorprendentemente corto. No te diste cuenta cuando llegaste. “Últimamente te pasa seguido”, te alcanzas a decir, mientras oprimes repetidas veces el botón del ascensor (como si esa acción logrará que llegue más rápido). Los dos ascensores están en el primer piso. Suspiras intentando recordar la razón por la cual querías vivir en los últimos pisos.

Por fin llega. Sigues ingenuamente pensando que lo vas a lograr, que solo serán unos pocos minutos de retraso. La sensación se va evaporando con cada una de las cinco paradas que hace el ascensor. No quieres mirar la hora, la ingenuidad infantil del “si no lo veo no existe” te ayuda a no reconocer tu nuevo fracaso.

Fracaso, fracaso, fracaso: te suena. Mientras enciendes tu vehículo, el ruido de la puerta al abrirse taponas tus oídos. El motor arranca y la radio te acompaña. No sabes que suena. Alguien habla de la situación del tráfico. Pitos de la calle te llegan; suena una melodía estruendosa, fragmentos de conversaciones te atraviesan. Buscas una manera de excusarte, de justificar tu retraso, pero no hay cómo avalarlo: debiste haber puesto más alarmas, debiste haberte acostado más temprano, debiste preparar la clase con más tiempo, debiste responder todos los correos, debiste pensar en una actividad para el grupo de la tarde, debiste finalizar el informe de tus demás actividades, debiste llamar a tu madre, debiste escribirle a tu sobrino, debiste cuadrar la salida con tus amigos, debiste inscribirte al gimnasio, debiste pedir la cita de chequeo con el médico, debiste leerte los otros textos que referenciaba el autor, deberías saber cómo explicar eso de que la sociedad de la positividad contemporánea crea sujetos fracasados y su enfermedad y fatiga crónica no es otra señal que un cuerpo colapsando y una serie sincrónica de *infartos psíquicos* para los cuales no se han creado marcapasos.

Son las 6:15 a.m. Llegas al parqueadero. Sales presurosamente y, al cerrar la puerta, no ves que tus papeles se quedaron adentro. Caminas por el frío parqueadero. Aceleras el paso, la respiración empieza a entrecortarse y un dolor por el costado izquierdo intenta frenarte.

No hay tiempo, ya casi lo logras. Ves el salón. La mayoría de los estudiantes están afuera. “¿Por qué no han entrado?”, te preguntas molesto. Solo llegando recuerdas la razón: TU ERES QUIEN ABRE LA PUERTA. La uni-

versidad del siglo XXI desconfía en dejar los salones abiertos y, más bien, reconoce en la figura del docente la imagen de un portero.

Inicias la clase con la disculpa por la tardanza. No le dan mayor importancia. Quienes revisaron el texto, comparten su opinión sobre las ideas de la fatiga y el cansancio. Se sienten sorprendidos y angustiados. Intentas abordar los elementos centrales del argumento, pero el sonido de sillas moviéndose en el piso de arriba te distrae por momentos. Algunos logran ver tu descontento. Sigues con las preguntas: “¿qué es la fatiga?” Varios estudiantes presentan sus posturas. Muchas de ellas logran reconocerse en el frenesí de la competencia de la época; se quejan de no tener tiempo para nada y como mientras más trabajan y estudian, menos contentos se sienten. Algunos estudiantes afirman lo contrario, para ellos, lograr ser un profesional exitoso requiere sacrificio y lo que viven hoy, es solo la parte más dura. Después, creen, estarán mejor. Tu mente se va a tu mesa de trabajo y ves la cantidad de exámenes que te falta por revisar, y alcanza a susurrar: “¡ingenuos!”

La clase finaliza con las observaciones de rigor: “revisen el texto guía, identifiquen los argumentos centrales y discutan con los datos que llevan del curso”. Lo más bello de esta invitación es que muy pocos la acogen, porque todos andan apurados buscando cómo ajustar sus créditos, subir sus notas y haciendo cálculos para lograr ganar la materia. La voz potente de la mayoría la escucharás el día que se publican las notas, cuando vean que el número que obtuvieron no refleja la excelencia con la que trabajaron. Te verás en medio de justificaciones curriculares, quejas personales y llamados a satisfacer a tu cliente/estudiante.

Tu cabeza no tiene tiempo para nada de esto, tenés varios pendientes y ni te has dado cuenta de que te faltan tus documentos, que se te acaba tu motivación y con la misma velocidad que el café del mercado. Llegas a tu lugar de trabajo y el tecleo constante no logra dispersarte, hay una larga lista de deberes que se viene formando en tu cabeza. Cada actividad, es igual de urgente que la anterior y las nuevas que llegan. Ya no recuerdas que la semana pasada dos de tus compañeros renunciaron: cada vez estaban más enfermos, más lejanos, más opacos. Pero eso no importa: una organización es más que la suma de sus empleados.

Atraviesas el extremadamente diminuto pasillo de entrada y olvidas saludar a las pajarracas. Esto costará un llamado de atención del jefe inmediato. Pasas la puerta de ingreso y ves el tercer puesto a la derecha, donde te espera el resto de tu día. Sigues intentando ordenar las actividades del día. Sacas la

silla del escritorio y, por poco, golpeas la silla de tu compañero. Recuerdas que nada de movimientos bruscos ni espontáneos, para evitar incidentes de trabajo. Esa frase la tienes clara, pues fue la respuesta que hizo que te ganaras una libreta en la pasada capacitación de salud y seguridad en el trabajo. Mientras te sientas, estiras la mano para encender el pc. Descargas una carpeta que traías y, desde un lugar lejano de tu ser, te preguntas por qué te sientes tan liviano. Y llega: ¡EL MORRAL! ¡Dónde dejé el morral?

Haces el recorrido de vuelta y casi te chocas con un estudiante en el improvisado receptáculo de la entrada. Caminas rápidamente por los pasillos. No recuerdas si cerraste el salón, si dejaste las llaves y ruegas, con el poco aliento que te quedan, que el morral siga en el aula.

Cuando llegas, encuentras al personal del aseo. Le preguntas por el morral y te dicen que en el salón no había nada. Sientes desfallecer. Allí está tu equipo con los informes que te costaron largas noches de energizantes, tabletas de pastillas para el dolor de cabeza y litros de café; están las notas de tus textos y los detalles de cada clase. No te preocupan las llaves de tu casa, tu billetera, que allí esté el llavero que con tanto cariño te regaló tu primo. No, nada de eso importa. Solo piensas en los datos, en las letras, en los números, en lo que te costará rehacer todo lo que se perdió con tu morral.

No sabes qué hacer. Intentas pensar, pero un nudo en la garganta inicia una reacción en cadena que está a punto de desembocar en tus ojos, los cuales ya empiezan a picar. Hay gente en los corredores. No deseas que te vean así. Quieres correr, quieres gritar, quieres salir de allí. Con un sonoro suspiro, inicias el camino de vuelta a la sala de profes, al incesante clic, clic, clic, clic, clic; al whoosh, whoosh, whoosh de la podadora. Al bla, bla, bla, bla... en cada corredor; a la voz de esos autores que te dicen sobre el fracaso; pero tus oídos, cada vez están más taponados.

Sin darte cuenta, cambias de dirección. Te diriges al parqueadero. No estás pensando, estás actuando: ¡por fin estás actuando! Es hora de dejar morir ese ser pusilánime que cree poder con todo y renacer en un ser que logra establecer límites. ¡Sí! Vas con toda, aumenta tu entusiasmo, sientes el boom, boom, boom, de tu corazón acelerado. Llegas al parqueadero en tiempo récord, metes la llave en la puerta del carro, con la sensación de triunfo en tus labios: ya casi, ya casi.

Cuando abres la puerta, ves que tu morral está en el asiento del copiloto. Las palpitations cesan y tu respiración se normaliza. Te sientas en la silla del

Fraca(n)sado

Sebastián Carvajal Castro

Yo nunca he ido a Europa, mucho menos he salido de mi país a descubrir lo que por herencia me fue dado: la pobreza. Guillermo es el mayor fracasado que conozco, siempre en espera de los sábados para así poder tomarse dos cervezas y desplomarse en la cama a ver repeticiones de partidos que todavía grita como si no se supiera el resultado de antemano. A pesar de no tener una inspiración clara, Guillermo, o Memo apodado entre los vecinos, es incansable; él tiene un trabajo que se enseña desde la oralidad y práctica, uno de esos laburos que con el tiempo desaparecerán. Nunca me ha invitado a su trabajo y lo agradezco, creo no poder soportar la idea de verlo ser experto en su saber y no es una cuestión de envidia, es otra herencia no querida. Siempre que llega del trabajo —a las siete de la noche muy puntual—, se le ve con la misma energía con la que salió a las cuatro de la mañana, busca su comida y enciende el televisor para ver lo que pueda de las noticias y alardear entre vecinos que ningún candidato le gusta porque todos roban, que la papa está más cara y que el Nacional no gana otra vez por esa dirección técnica.

Memo es de manos callosas, gran barriga, calvo, muy alto y un rictus inmovible, pero que no se confunda con tristeza; él es lo que conocemos como un obrero, un hombre entregado al trabajo y eso es otro apartado de la gran herencia que significa su apellido. Me enseñó a tomar aguapanela siempre, a comer arepa de mote, a jugar fútbol, montar en bicicleta, a pelear; pero nunca me mostró el afecto que me hizo amargo como hiel. Aprendí a comer lo que haya para poder ejercer mis labores diarias, sin escatimar cucharada, por eso ahora que me ve más gordo y grande se alegra de que coma bien, y yo quiero interpretar eso como una muestra de afecto que él no sabe traducir a un “te quiero”, un abrazo o, al menos, aprobación. Hago un gran esfuerzo para no parecerme ni física ni emocionalmente a él, pues repudio ese pensamiento, pero quizás es eso lo que le produce alegría; los padres transmiten a sus hijos muchos ademanes, expresiones y palabras que, sin quererlo, terminan siendo la estampa de esa sangre. Así pasa con Memo y conmigo.

Esta idea del éxito, o “la buena vida”, todos la conquistan muy diferente y es por eso que me enfurece cuando me preguntan por mi empleo, por mi futuro o por mi pasado, incluso. Con veinticinco años solo tengo cabeza para sanar los dolores que mi familia me sigue poniendo sobre los hombros. Cuando leía de Saramago el *Manual de pintura y caligrafía* entendí que el artista puede vivir de lo que le gusta y que cuando es criticado vive mucho mejor, pues aloja pesares y busca afilar más su obra para poder dejar, en escena, lo que este no es capaz de decir cuando le preguntan: “¿no te habías graduado ya?”, ¿por qué sigues viniendo a la universidad? Cuando el artista cierra el telón, todos están en las puertas de la salida esperando, igualmente, para abrazarlo; sin saber que las palabras no dicen nada cuando nadie nunca vio lo que se hizo en silencio. He caído en cuenta de lo orgulloso que soy gracias a Memo y por eso me enervan las preguntas tontas o las que solo tienen como fin el chisme. Eso me ha hecho muy solitario y me ha dejado entre quienes, como él y yo, prefieren estar solos.

Siempre que reflexiono sobre estas cosas entiendo que él no es un fracasado; aunque sí está viejo y cansado, así no lo quiera mostrar. Yo, por mi parte, quiero ser todo lo contrario: fracasar joven y nunca envejecer.

Fracaso en el exilio

Danny Jean Paul Mejía Holguín

Cuando se habla del fracaso, pensamos de manera inmediata en aquello que la gente nos ha dicho todo el tiempo: que solo aquel que mantiene sus diplomas en la pared, el que se hace llamar por el remoquete de “Doctor”, que solo ese es digno de permanecer. Pues, durante tanto tiempo se nos ha dicho que solo aquellos dignos de admirar pueden permanecer en el juego. La gente pretende adular y llenar de loas a quienes permanecen en el centro del movimiento adecuado, en medio de la fama. Incluso los han convertido en nuestros modelos, pero ¿modelos de qué? Modelo mi madre que ha estado siempre en el margen y ha hecho de su vida un ejemplo a seguir.

Desde mi infancia se me ha dicho que este mundo es de los ganadores, que solo aquellos dignos de entrar en el Olimpo lo son, que solo a los grandes guerreros los acompañan las valkirias, que solo quienes creen pueden entrar en el Reino de los cielos. Todos esos parámetros han sido cumplidos, pues me levanto temprano en las mañanas, hago un poco de deporte todos los días, he escalado en una carrera profesional que me dijeron sería única, en una universidad única, en una ciudad única. Cuando mis padres me dieron la responsabilidad de la vida, traté de responder con triunfos a las oportunidades que ellos me ofrecieron. Fui el niño más malo de la escuela, pero también me convertí en otras cosas. Probé muchos deportes, y en todos alcancé un buen lugar, aunque nunca el número uno. Cuando busqué ser el número uno en el equipo de fútbol, mi padre decidió que solo era importante ser el número diez o el nueve. Escapé entonces a otro lugar, uno en el que me enseñaron la importancia de ser alguien, de tener algo, de demostrar todo. Jugué por mucho tiempo a eso también, sin embargo, me cansé de no ser yo, de ser los otros, de no buscar a dios en todo.

Lo hice todo. Trabajé desde la corta edad de los ocho años en un lavadero de autos, en una carnicería, en tiendas, verdulerías, carpinterías y talleres mecánicos. Allí aprendí que esos que mueven el mundo no son los que trabajan a tu lado, sino los que cargamos la responsabilidad de lo pequeño, quienes en el exilio mantenemos sin modificaciones el *statu quo*; pues somos los

responsables de haber creído que en la vida no había más que triunfar, y que ellos estarían allí esperando que cada uno de nosotros llegara a la meta, que cada uno de nosotros tuviera una sillita allí; cómoda manera de morir en la vida sin perder la vida. Nos vendieron la idea de que la esperanza es lo último que se pierde y, así, ganaron esclavos voluntarios para siempre, generaciones de hombre libres que mantuvieran sus campos en cosecha permanente y sin la responsabilidad de compartir el éxito.

Se han creado instituciones que llevan años de existencia y que continuarán, pues parece que lo más importante son los muros y no las personas; pero estas instituciones llevan muertos a sus espaldas, agarrados de ellos, como quimeras, las almas de las personas que han forjado dichos monumentos al éxito. Estos lugares no recuerdan sus muertos, pues no son suyos, solo los alquilan por 1300 semanas, ¿qué más podrían hacer? Usufructúan nuestro exilio en su beneficio y solo hacen monumentos a los grandes hitos, a aquellos que se han destacado y que, en algún momento, fueron llevados en hombros por hombres y mujeres que decidieron darlo todo en nombre del éxito de unos pocos.

No quise más ser de nadie, ni para nadie, empecé a buscar y encontrar en cada cosa que soy, la totalidad de mi ser en cada frase, en cada párrafo, en cada libro. Si bien no pretendo ser un éxito de hombre, tampoco quiero ser un fracasado. Quiero seguir aquí, dando lo mejor de lo poco que tengo para que otros se desprendan de su sueño de éxito y vuelvan sus miradas al interior, para que no busquen más afuera lo que siempre han tenido dentro. Que no se ignoren más las palabras ‘satisfacción’, ‘realización’ o ‘felicidad’, pues cada una de ellas está amarrada a la posibilidad de respirar.

Nada hay en la vida más importante que darse la posibilidad de pensar. Esto no cuesta mucho, pero lo vale todo. Algunos van felices por el mundo sin necesidad de preocupación alguna, mientras que otros se preocupan por todo; sin embargo, la vida se convierte en una cinta de Moebius que solo los deja ver el final y no el recorrido. Aquellos que han optado por disfrutar el viaje, se permiten soñar con cielos estrellados, en pequeños espacios en los que se pueden acostar a soñar esos cielos, con una que otra comida que les de la energía de seguir amasando las fortunas de otros.

Yo he fracasado en el exilio; pero no pretendo la voz animosa de nadie que diga que todo lo puedo hacer. Tampoco busco el aplauso de mis efímeros triunfos, solo busco un café sincero, una conversación en la que las lágrimas no falten, ya sean de tristeza o de felicidad, pues no les temo. Busco un men-

saje en mi celular que hable de lugares para sentarnos a leer, la voz de mi mejor amigo encontrando sosiego en la calidez de su familia, a mis amigos orgullosos de caminar por las calles oscuras de una ciudad que los quiere matar siempre, pero de la cual salen ilesos. Busco los ojos de mi madre con cada palabra de amor conferida a su ser, y la alegría de mi hijo al reencontrarnos.

Hablando con mi silencio

Santiago Mejía Álvarez

Muchas veces he pensado que alguna divinidad, o fuerza mayor, me debería pagar de cualquier manera (ojalá en dólares) por ser tan metido en los asuntos de los demás. Así es que, de una vez le pido disculpas por entrometerme en el destino de esta carta y, además, por tener el atrevimiento de responderla.

Siempre me ha parecido muy curioso el acto de echarse la bendición, sobre todo porque lo he asociado con la violencia, hay que echársela para que la Virgen y los santos lo acompañen. ¿Es simplemente un acto de fe o realmente es una protección para todo lo que va a pasar? Lo digo porque así inicia su carta, además, porque yo entiendo la escritura como lanzar todos los pensamientos a un vacío en el que nadie los va a escuchar, a un lugar en el que lo único que abunda es el silencio y, eso, sí que da miedo, para eso yo sí me echaría la bendición todas las veces que fuera necesario. De esa manera, al menos, la Virgen o los santos escucharían mis textos. No hace falta engañarme, yo no soy escritor. Yo me lanzo al vacío para estar solo.

Nada más hace unos días, en uno de esos días tenebrosos en los que hay asignada una asesoría, debía presentar un texto (más formal, claro) dando mi opinión sobre una película. El caso es que, me fui regañado, todo porque, supuestamente, escribo muy denso, que enredo al lector y que debería escribir sin perderme en las ideas. Irónico. Desde mi ego respondí con violencia a esos cuestionamientos: “¡Yo no soy el enredado, es ese profesor que simplemente es analfabeto y no entiende dos palabras seguidas!” No hicieron falta ni cinco segundos para resignarme al poder de la autoridad que ha desarrollado tanto mi silencio: “¿Quién putas me creo? ¿Cómo voy a saber más yo que ese marica? Además, ese man ya tiene una carrera, imposible que aquí, en este país, se pudiera graduar alguien más tapado que yo”. Irónico.

Yo no me identifico como uno de esos fracasados que usted menciona, pues a mí sí que me han dicho “qué hacer, qué ponerme, qué decir, cómo oler, a qué hora presentarme al trabajo, muchos me preguntan qué sueño”. ¿Será que darme cuenta de eso debería ser una señal para exiliarme? Lo más seguro es que sea lo que me falta.

Mi silencio hace parte del desarrollo corriente de mis días, nadie sabe ni sabrá desde cuándo es así, además, ¿para qué lo quisieran saber? Es a mí al que le deberían pagar por ser tan metido. Soy aquel que le gusta morirse callado, aquel que disfruta del dolor del abandono de sus propios pensamientos, porque sí, ellos se van y mágicamente aparecen en los comentarios que salen de las sucias bocas de los que están a mi alrededor, mientras pienso: “¡jueputa!, yo iba a decir eso”.

Todas esas mierdas que sienten

Suelo ser peor de lo que habla o piensa la gente (te)

Escribir es más fácil que hablar

Por eso te escribo y no te hablo para no tartamudear. (Niche, 2019).

Para usted ser escritor podía esperar, pero yo... ni siquiera sé qué soy o, peor: ¿será que estoy esperando para ser? Quiero ser muchas cosas... Quiero librarme del silencio y explicarle a mi madre que no soy callado, sino que, simplemente, no me gusta hablar con ella. Quiero librarme del silencio para poder explicarle a mi padre que me hizo mucha falta y que nunca me va a cansar escucharlo. Quiero librarme del silencio para hacerle entender a la mujer que quiero con todo mi ser que con ella me siento en el cielo, que necesito de ella para “ser un espectro del tiempo y que nuestro presente pueda contener el aura de lo que fuimos y el aura de lo que seremos cuando desaparezamos” (Fuentes, 1962).

Así pues, seguiré siendo Santiago, el callado, pues así soy lo que la gente quiere. Simplemente, no sea como mi madre, que le pareció buena idea vomitar la siguiente frase: “estudie algo que le de plata y después, si quiere, haga dibujitos, pero con plata”. Es por eso que no soy escritor y expreso mi silencio con dibujitos.

Lo que triunfa al fracasar

Shirley Viviana Cataño Pulgarín

En 1916, Sigmund Freud publicó el ensayo *Los que fracasan al triunfar*, en el cual describe, mediante varias observaciones clínicas, cómo algunas personas enfermaban cuando estaban a punto de lograr algo que habían anhelado largamente, pero que no habían conseguido, producto de circunstancias ajenas al deseo de quien buscaba el logro.

Sin entrar en los movedizos y, en consideración de algunos, evangelizados terrenos psicoanalíticos, y dejando el título como una provocación de lectura de un síntoma que se construye asociado a una época en la que la represión/limitación del deseo causaba los síntomas neuróticos, podría decirse que, en la época del todo se puede, el fracaso es un modo de triunfo.

Cuando no se logran las expectativas que otros (pero que tú asumes como propias) tienen de ti, el fracaso, vestido de desilusión, se prepara para el gran baile libertario de no soportar los deseos de ser algo que no da lugar a ser alguien.

Cuando a la calificación de desempeño le falta el 0,01% para el “supera las expectativas”, eres esa prodigiosa bacteria con la que no puede ningún insecticida.

Cuando no tienes ojeras, no se te cae el cabello, no andas corriendo de un lugar a otro, respondiendo mandatos de unos y de otros, eres ese empleado falto de sentido de pertenencia que, por triquiñuelas de un gran sistema, olvidan que no deben seguir renovando el contrato.

Cuando varios de estos *cuándos* están en tus acciones, pensamientos y sentires y no reconoces que están ahí, ni cómo es que deciden por ti, triunfas al fracasar como ese ser racional, que tiene que ser dueño y amo de sí. Que debe saber, controlar y asumir todo de sí.

El fracaso no está exiliado, es un aliado

Antes de empezar a escribir, busqué cuál es la definición del término ‘exilio’. La primera denotación que arroja (el diccionario de la Real Academia de la Lengua) es “separación de una persona de la tierra en que vive”. Acá, ‘tierra’, es un referente identitario; ha sido el constituyente de aquello que da un lugar, que arraiga, que enraíza, que sostiene. Para mí: que amarra, que ata, que pesa. Tal vez, por eso, me provoque más escribir sobre el exilio, pues este desata, desanuda, libera y oxigena. Pero, como bien opera el fracaso, serán las letras que hablan sobre él las que triunfarán a mi deseo de exilio.

‘Fracaso’ —no cedí en la tentación de buscar su definición— es un término que menosprecia el “no logro” (de aquello que se considere como triunfo). Para algunos, el fracaso es la palabra con la cual lograron un lugar en el mundo. Su existencia fue el motivo por el cual, la de otra, se viera truncada y, un día sí y otro también, le recuerdan, le gritan, le marcan en su piel el fracaso que significa su mera existencia. Para otros, ‘fracaso’ es el fantasma que los persigue producto de la sacralización del trío esfuerzo-sacrificio-merecimiento. Incorpóreo, pero susurrante, el fracaso es la sombra que se asoma tras cada labor, tras cada decisión, tras cada silencio, tras cada movimiento. Para muchos otros, el fracaso es el enemigo que vitaliza su paso por la vida. Nacieron para ser todo menos fracaso. El éxito decora su vida, alimenta su orgullo y espanta a los perdedores. Fracaso, en este sentido, no es una opción, sino el destino del perdedor.

Para mí, fracaso no es exilio ni el fracasado está exiliado. El fracaso es la condición de existencia, que vitaliza el triunfo, el éxito, la riqueza, la belleza y otros tantos referentes que adornan la felicidad manufacturada con la que nos endeudan.

La perfección es mi exilio

Andrea Restrepo Hernández

Lunes, mayo 16 de 2022, 12:17 am.

Por muchos años no me gustó el sonido del apellido Restrepo. Cuando me llamaban por él me sentía regañada; era como si su invocación fuera una petición de respeto. Era como si “Restrepo” y “respeto” procedieran de las mismas raíces etimológicas.

Ser la hija menor, de tres, tuvo sus implicaciones. Escuchaba a mis padres jactarse de la perfección de su tercer intento. Fui una niña sin enfermedades, con un tono de piel inmaculado, crespos rojizos bien formados y vestigios de la familia en las impecables facciones del rostro: perfectamente Restrepo, Hernández, Osorio y Asmus.

Una hoja de vida intachable. Escritura y lectura perfecta desde los 5 años. Un historial de buenas calificaciones y menciones de honor intercambiadas por la oportunidad de seguir llevando una vida perfecta al otro lado del mundo. Mi fachada de perfección fue tejida a punta de un miedo al equívoco. Lo que sea por no ser señalada como mis hermanos. Lo que sea, pero siempre respetar la imagen de persona ejemplar. Lo que sea para seguir siendo la número uno. Un absurdo imposible. 16 años, 3 idiomas, una viajera empedernida. El orgullo de la familia. La que siempre respetó los parámetros. Refugiada en mi perfecta suficiencia, en mi altivez frágil. Una sonata del sin sentido.

Nunca encontré placer en ejercer la perfección impuesta. Hace unos años noté que la primera sílaba de mi apellido traducida del inglés sugería descanso. Andre, rest. Andre, descansa. Del respeto. Como si mi etimología me permitiera una pausa del hacer ininterrumpido, de mi constante prisa. De mantener el orgullo por la vida “suficiente”, que se fue cuesta abajo. Al dejar de respetar las opiniones atrevidas, me liberé del espejismo. Me di el lujo de perder el tiempo, en palabras de Wilde, haciendo cosas inútiles para admirar-

las infinitamente y terminé dedicándome a las letras. Algunos días muy dedicada, pero muchos más sin serlo. Fracaso tras fracaso, exenta de estar bajo la mirada de los otros. A pesar de todo, la perfección es una herida sin cicatrizar aún y por eso es mi lugar de exilio. A nadie le interesa el perfeccionamiento del artista porque “todo arte es completamente inútil” (Wilde, 2019).

Aún no sé hablar

Pablo Torres Estrada

Yo no sé escribir: nací con el don ininteligible de la palabra. Claro está, palabra en boca porque al papel solo le cuento las cositas que la gente ha demostrado querer escuchar. Así es, tengo el don de hablar a velocidades trepidantes que el resto no alcanza a acatar cuando me emociono. Sé que la mayoría lo ve como un problema, yo también, de hecho. Sin embargo, me gusta pensar que es algo bonito, al menos en el balance general, lo controlo suficientemente como para hacerme entender, poder explicar, trabajar y mantenerme como alguien que es a rastras incomprendido, o in-comprendido, es decir, adentro de la comprensión, una acuñación pertinente para nosotros, tan habitantes del spanglish de amaño.

Creo que hay un poco de razón en todos, por eso se me dificulta darle la razón a la gente. Es triste porque, a raíz de ello, la mayoría cree que les quiero discutir porque sí, o incluso llegan a creer que estoy en su contra. Es una visión errada, pero volviendo a la idea con la que inicio este párrafo, solo me queda entenderlos, yo soy el hombre de la visión extraña, ¿por qué carajo ellos lo entenderían de buenas a primeras? Yo soy el in-comprendido.

Y por toda esa in-comprensión, creo que siempre me escapo al silencio... al pensar lento en silencio, que me permite hablar a todo dar cuando se destapa la jaula labial de mis palabras, palabras en boca, claro está.

¿Seré lo suficientemente buena para padecer el síndrome del impostor?

Sandra Restrepo Ramírez

Veni, vidi, vici. Eso hace el exitoso: va, ve lo que quiere y toma lo que quiere; lo conquista. La persona exitosa exuda confianza en sí mismo, por todo eso que ha logrado visitar, ver y conquistar. Estos exitosos son puestos en un grupito perfecto de personitas igualmente exitosas —o hasta mejores— que el anterior; organizados acorde a ciertas características que solo quienes son afortunados de ser considerados exitosos, pueden tener. ¿Y si yo quisiera hacer parte de este selecto grupo? ¿Puedo haber sido exitosa en algún momento de mi vida diferente al “ahora” o al “ya”? ¿Sí soy lo suficientemente exitosa para estar exiliada con los quemados o los *has been* o los *never was*? ¿Si tuve una crisis nerviosa, aplico? O, ¿no he sido lo suficientemente exitosa para hacerlo?

Fui exitosa en diferentes momentos de mi vida, tuve éxito laboral y tuve éxito en mi vida emocional y sentimental. He buscado, exhaustivamente, una fórmula para estar en este grupo selecto de personas exitosas, pero he fracasado en el intento. ¿Será que, para ser exitosa, no debo buscar el éxito y debo esperar a que me llegue o me caiga del cielo? Si los que no somos exitosos merecemos ser exiliados como castigo, podría asegurarles que no hay peor castigo que lo que mi mente propia crea para mí misma: “no eres lo suficientemente conocedora del tema”, “no tienes la capacidad cognitiva para resolver esta situación de manera eficiente”, “no tienes energía para tomar esta responsabilidad”, “no vas a ser lo suficientemente atractiva para que te quiera alguien”, “no vas a ganar suficiente dinero para hacer lo que quieres o tienes en mente”...; son un sinnúmero de excusas que buscan que yo me ponga en mi lugar, que yo misma me exilie, como la fracasada que soy.

Quisiera no estar condicionada por las ideas que me llevan a cargar mi fracaso sobre mi cuerpo y mi mente como Zeus carga a Atlas; quisiera no escuchar que nunca seré lo suficientemente buena para tener lo que sueño o

deseo. “Querer es poder”, dicen algunos, y como una fracasada profesional y persona ex-exitosa, quiero que tengan en cuenta el síndrome del impostor, que puede que todas y todos lo suframos, pero que no deja de ser marcado profundamente en la vida de los fracasados profesionales. Ese síndrome es el que nos mantiene con los piecitos sobre la tierra. ¿Quieres ser exitoso? No eres lo suficientemente bueno para lograr el éxito. ¿Ya eres exitoso? Pues prepárate para volver al exilio de los fracasados apenas pasen tus 15 minutos de fama. ¿No te cansa la fugacidad del éxito?

Siempre concluyo en fracaso

Gina Marcela Bustamante Orrego

¿Es el tiempo un privilegio? Cualquiera podría pensar que todos vivimos el mismo tiempo, las mismas 24 horas diarias, los mismos 60 segundos por minuto que componen días, semanas, meses, años, etc., etc, pero el tiempo es una construcción social diseñada para adaptarse a todo ser consciente vivo que pueda reconocerlo. Es la necesidad de establecer un orden y un marcador a lo que nos acontece, y que se incluya en la cotidianeidad de manera a veces obsesiva, no por decisión propia, sino más bien por la presión que surge el estar puntual, cumplir deberes, evitar conflictos de estudio, trabajo, familia, introspección y otros momentos que componen quehaceres habituales.

Dicha igualdad con la que el tiempo fue creado, se ve altamente vulnerada al convertirse este en un privilegio. Hay quienes lo manejan a su antojo, lo adelantan, lo postergan, lo mantienen, y así sucesivamente se crea una oscilación infinita que abre mil posibilidades para acomodar actividades a nuestro beneficio, agotamiento, disponibilidad, cansancio y actitud, ¡importantísimo!, tenemos el privilegio de escoger. Pero ¿qué pasa con aquellos para quienes las 24 horas no son suficientes? Esta otra cara de la moneda hace que las personas vivan en el tiempo, pero que no disfruten de él, pues se la pasan abrumados cumpliendo mil tareas asignadas, en horarios impuestos que no dan espacio a la flexibilidad, ni dan cabida a la percepción de las emociones, las actitudes y los estados de ánimo propios, incluso, ni a cuestiones de salud.

En estos dos roles contrastantes y dicotómicos, ¿debería haber un fracasado y un exitoso, o no?, y ¿cómo saber cuál es cuál? Por simple inferencia, tomando como punto de referencia los arraigos culturales que nos atan en el diario vivir, los papeles están muy claros. Sin embargo, pueden ser los exitosos, sin lugar a duda, aquellos que no cuentan con el privilegio de administrar el tiempo. Quienes desarrollan la capacidad de ser puntuales, disciplinados, justos, activos, responsables y, por sobre todo, empleadores de buenas prácticas con y en el tiempo adecuado, podrían ser, en un porcentaje muy alto, más exitoso que quien tiene la oportunidad de decidir y, aun así, deciden ser insuficientes, mediocres, confiados de disponibilidad, hasta el

punto de ser incompetentes e ineptitos. Una paradoja que no termina nunca: el comprender qué rol desempeña el otro y en cuál de las dos posiciones nos encontramos actualmente —que en muchas ocasiones pueden ser ambas—. Nos inunda la duda de saber de qué grupo hacemos parte, y esa necesidad de clasificarnos se ve reflejada, más que nunca, cuando tenemos excesivas tareas, y queremos unas cuantas horas extras al día, o cuando nos invade la pereza y nos apuramos a ver el reloj, mientras contabilizamos cuánto tiempo falta para que el día se acabe.

¿Cuál de las dos posiciones vale la pena? O, ¿no vale la pena ninguna? La forma indicada para darles respuesta a dichas preguntas es trasladarnos a las consecuencias de nuestro uso y manejo del tiempo. Por mi parte, he llegado a la conclusión de que ninguna de ellas merece dicho esfuerzo, puesto que la sociedad que avanza a ritmos acelerados no ayuda y nosotros, a nuestro ser, tampoco. Quien goce del privilegio de organizar el tiempo al amañó de sus caprichos estará exiliado en un escenario de libertad tan absoluta que no le permitirá ser estable y estar enfocado en sus propósitos. Quien no goza del privilegio se exiliará en el agotamiento eterno, perdiendo todas aquellas motivaciones y razones que lo impulsaron a realizar sus tareas. Así, el tiempo se convierte en la construcción social más valiosa, pero, a su vez, en la más oportunista, clasista, selectiva y ambiciosa de todas.

Yo ya estaba exiliada

Valeria Torres Ochoa

Una de las maldiciones que me sigue, desde que recuerdo la preocupación de mis amados, ha sido el desencuentro conmigo misma y con la vida que llevo. Cargo con la ilusión de que la vida que yo debería vivir está en otro lugar, con otra persona, y se ve de otro modo. Y esa misma ilusión, que no tiene fundamento, me convierte en una ilusa. Y aunque entiendo que está bien tener ilusiones en la vida, sospecho que no puede ser sano creer siempre que debería estar en un lugar mejor y no saber cuál es. No estoy segura de quién, cuál o qué soy; si soy la persona que no quiero que vean, o la que está en mi habitación cuando no hay nadie más, o si soy la que promete honestidad cuando habla con sus amigos a solas. En cualquiera de ellas no he encontrado todavía refugio que me valga para saber cuál es ese paso que debo seguir, que debería dar. Es que no sé todavía que debería estar haciendo para no sentirme así.

En el colegio, mis maestros me dijeron que yo era buena, pero que debía continuar aspirando a ser alguien mejor, a superarme siempre, porque me esperaban grandes retos y oportunidades en la vida que debía poder afrontar sola. Mis padres, en casa, planearon que mi vida debía ser una extensión de la suya; que debía cruzar otra meta en nombre de su legado, e ir más allá que ellos y sus logros. En la iglesia, me enseñaron que Dios tenía un gran plan especial para mí, y que debía comportarme a la altura de ese camino ya predestinado. Y todos me prometieron que todo eso lo iba a hacer por mí, porque sería yo quien viviría con la satisfacción del deber cumplido. Tanto como hago, de eso que me dicen, me deja todavía con la misma ilusión —es decir, igual de ilusa— de estar en un camino que supone ese no-fracaso y al que ya estaba destinada. Si estoy destinada a cosas grandes, ¿por qué debo luchar tanto por ello?, ¿no estaré peleando contra el aire?

Luego, para superarme a mí misma supongo que estoy al frente —la “yo” rival—, como en una carrera en la que me persigo y que debo conseguir ser más de lo que ya soy. Sin embargo, lo que he hallado cuando me intento ver,

no en el espejo físico, sino a mí misma, es que no sé dónde estoy en ese camino, ni cómo me veo de espalda y, mucho menos, a dónde voy para poder seguirme. Entonces me busco, ilusa, en otros lugares, otras personas y otras “yo” que ya debería haber superado. Y me persigo, me hastío, me abandono, me arrepiento, me devuelvo y me frustró, porque no estoy donde debería, y porque tampoco sé dónde es eso.

A veces creo que me encuentro, en Medellín o que soy una persona con la que me cruzo, en una vista al mar o en el sonido del viento, en un fiordo o en la lejanía de los que saben mi nombre. Me convengo de que estoy en las noches con mi sobrina en brazos cuando tiene un resfriado, en los labios de todos los amantes pasados y en sus acentos que son escape, en los insultos al aire, en el tacto de mis amigos, en la ira de mi hermano, en las lágrimas de mi papá, en el silencio de mi mamá, en la nariz fría de mi mascota y en mi tiempo a solas y sin miedo. Pero también sé que no tengo miedo, porque no sé qué puedo perder o a qué me aferro o cuándo, realmente, he fracasado. Entonces, me exilio de la plenitud, de la tranquilidad de alcanzar lo que debía perseguir. Me destierro al desasosiego del vacío que me sigue hasta en esos días en los que lloro de risa, en los que me acaricio desnuda, en los que me aferro en un abrazo, porque no me siento.

Y aquí sigo, sin saber dónde debería estar, ni quién tengo que ser o si el sinsabor de este desencuentro que me habita es otro síntoma del desbalance químico de siempre, y si lo es, ¿entonces qué?, ¿lo ignoro? Me temo que me pasará la vida en búsqueda, no de la plenitud, sino del encuentro conmigo misma, pues no me conozco. Y así, sin mí, ¿cómo sé a dónde voy o cuál es mi fracaso? Así, sin mí, ¿cómo sé por qué lloro cuando la habitación está vacía o en cuál otra preferiría estar? ¿O será este el fracaso mismo que ya habito? En fin, a ti no te pregunto, pues si se trata de fracaso, no puedes estar más desencontrado, más iluso, que yo.



El cansancio de Eros



El cansancio de Eros

Brigitte Vanessa Afanador Gómez

No pienso escribir cartas, pues me consumo en el intento de reflejar lo que siento. Por eso hoy vengo a hacer lo mejor que siempre me has demostrado que sé hacer: ¡provocarte! Dicen por ahí que es mejor lo que nunca se dice, pero entre miradas haces mi piel erizar. También encuentro factible el hecho de morir, sin explicarte el motivo por el que una noche me atreví a pedir que te quedaras y, aun así, me conoces tan bien a pesar de que nunca nos han visto siquiera rozar nuestros meñiques.

Tampoco nos hemos hecho promesas, pues el tiempo corre y no sabemos quién de los dos algún día decida sacar la bandera blanca y abandonar la guerra. Es tanto el miedo de fallar a nuestras raíces que tomamos todo por ciencia y dejamos que el amor desvanezca. Cotidianamente dividimos cada paso que damos entre lo que pueda estar bien o no para la sociedad, nos encontramos en una constante estadística respecto a que tan mal ha sido nuestro obrar; esto sería una de las razones por las que nos sentimos agotados... desgastados a tal punto de no querer(nos) experimentar, conocer o crear más. Sentir esa frustración existencial a tal punto de no querer vivir más. Pero, ¿estamos verdaderamente dispuestos a desistir de los secretos divinos del universo?

¡Qué complaciente sería que la hiedra que siempre se enreda en nuestras piernas sea de ganas y no de miedos! Hagamos nuestro agosto¹ con electricidad y las cualidades² que el dios Eros nos ha brindado, gocemos de la marea que nos convoca a ser un solo ritmo como las olas del mar que hacen ver su belleza, no seamos esas que chocan entre ellas y destruyen a su andar.

¿Acaso te arrepentiste del haber huido de lo que es legal ante los ojos de la sociedad para refugiarte en lo prohibido? Porque yo si encontré comodidad

1 Recoger nuestra cosecha y, por extensión, lucrarnos aprovechando la ocasión oportuna para ello.

2 Confianza, sumisión y discreción.

en nuestra hoguera, no caigas en las falsas leyes del sistema que tan triste construyen tus días; pues yo he de preferir lo exótico que puede ser el tenerte antes que permitirme ser consumida por las águilas que un día disiparon el hígado de Prometeo, tras revelar al hombre los secretos del universo, del mismo modo que mi *alter ego* lograría destruir mis deseos. Después de todo, ¿qué tan prohibido es lo prohibido?

Creería ahora que las fuerzas de la *philia* y el *ágape* no demorarán en llamar a la puerta del corazón, para preguntar qué tanto sabe la luna de ti: si estás recibiendo calor en tu habitación o, si por el contrario, estamos tan comprometidos con nuestro rol de amantes que, sometemos nuestros cuerpos al frío de la noche antes que buscar a otro individuo que sea solo la sombra de nuestros pensamientos al recorrer el infierno que disfrutamos tener en los momentos de entero placer.

Todo se apodera de nosotros y entonces me permito preguntarte, en tu afán por escapar de la monotonía: ¿has creado una dependencia hacia tu amante? ¿Ha sido tan fuerte nuestro descubrimiento que nos ha permitido moldear nuestras voces para crear un propio lenguaje? Eso no estaba en nuestros planes, ¿acaso eres la nueva forma que le he dado a los deseos?

Durante un tiempo, nuestras miradas solo me hacían pensar en que nunca se sabría si el destino nos permitiría crear un hilo rojo, pero ahora solo puedo encasillarme en la idea de que no existe algo que nos haga detener el frenesí de nuestros besos y alegrías. Siendo nuestro papel el de la otredad, ¿cómo hemos dado con la fluidez? Pues, “la normalidad es un camino pavimentado: es cómodo para caminar, pero en él las flores no crecen” y es por esa misma normalidad que decidiste caer en mis brazos, pequeños brazos que se han convertido en tu todo, en los que no sientes vergüenza de sentirte protegido, de sentirte tú.

¿En el afán de no pertenecer a nadie, terminamos perteneciendo a quien nadie conoce? ¿Es entonces el hecho de “pertenecer” a alguien? o ¿es más importante mostrar a quién se pertenece? Porque el tiempo que hemos entregado a nuestra divinidad, la que entre más crece más nos hace pensar en el fulgor de tenernos, me ha demostrado que esto no es solo cuestión de los sexos, no es solo la imagen de ver tu sexo erecto o mis pechos pronunciados, sino en la transformación que tenemos al vernos, es la forma en la que cada beso logra revelar nuestra esencia... como nos convertimos por el otro, como florecemos con el otro.

Vivimos tan enfrascados en una sociedad hipócrita por miedo al rechazo, que rechazamos lo que en realidad somos y nos agredimos a tal punto de construirnos según crea oportuno el otro... ¡Pero tú y yo que somos reales! Desnudarse nunca fue tan excitante como lo es contigo, no existen barreras en nuestra hoguera, las llamas que nos consumen no son en vano, nosotros las encendimos.

¿Existe más amor en nuestra miseria que en la que nos venden afuera? No quiero dar un dictamen, pero si esto es irreverencia te pido, por favor, consumas mi vida entera, pues no quisiera pasar un segundo afuera donde, muriendo como cuerpo a la intemperie, me permita acurrucarme en unos brazos que no quieran entregarse como un río desbordado. Bien te lo he dicho, la violencia no es volátil sino sistémica.

Sin embargo, siento que tú y yo hemos creado un... ¿propio sistema? ¿O tú qué entiendes por “erótica”? Si sientes curiosidad por mi respuesta, te diría qué es lo que ha logrado envolver todo lo que te doy, aquello con lo que trabajo para saber qué tanta alma, mente y cuerpo mereces que yo te exprese, es decir, esa romana que me indica qué tanto fuego debo encender en los momentos de placer sin violentar el ser.

Aquí me tienes, cientos de parejas has dejado atrás y, en tu proceso, incluida siempre me quieres ver. Tan hilado estas a mí, que, si nos atrevemos a salir por la puerta de la cueva, no pasará un minuto sin que la gente comprenda: que el pecado yace en nuestro mirar; a pesar de que nunca te busqué y de que mucho menos te creé, aquí estás. Nos pertenecemos, aunque juramos no aferrarnos al deleite de nuestros cuerpos sucumbir hasta querer un vaso de agua servir. Pero las tinieblas de la noche aturden y engañan. Segura estoy de que la puerta que se abrió, y me permitió conocer tu noble corazón, catapultó la oportunidad de que te encontraras... y me encontraras.

¡Qué jactancioso es el poder hablar contigo! Pues no había conocido con quien mojar las sábanas y las mejillas con lágrimas de alegría, al compás de los ritmos que el palpitar del corazón emite. ¿Logras percibir cómo transformo mis palabras por ti? Quien sea que me haya conocido negará cualquier indicio de seguridad que yo pueda sentir cuando se trate de esto que estamos viviendo, así mismo, bien podré aceptar lo mucho que has cambiado por mi... ¿O acaso no has notado la lengua que hablas cuando de tu amante se trata?

Juro ante Dios y prometo a la patria que no he hecho nada malo, que tu esencia ya no es la misma por tu propia voluntad y de que yo solo dedico

mis días a complacer algo recíproco. ¿La sociedad usa entonces la idea de “prohibido” a su conveniencia?, ¿o acaso ser amantes va más allá de una idea? Estamos bailando al mismo son... Creamos un mundo en el que solo tú y yo tenemos derecho a entrar, salir, entrar, salir y volver a entrar sin dar lugar a que las quejas de la sociedad se apropien de nuestra felicidad.

Hemos llegado a un punto en donde la libertad se ha convertido en la única regla y, por ende, nuestro sistema; un lugar donde nuestros puntos de fuga siguen enmarcados en no soltarnos, una dualidad que muchos no entienden y que por ignorancia desisten del buen vivir... Me pregunto: ¿Seremos la excepción?, ¿seres que priorizan el placer a tal punto de querer sentarse con su amante a tomar un café?

Mesakku solitario

Juan Diego Martínez Marín

—¿Y qué más puede ser Mesakku, sino la sonoridad de la palabra y la incertidumbre de la misma? —pregunta el hombre enamorado.

—Bueno, todo depende —dice el mismo hombre, decepcionado.

Mesakku es un amasijo entre Eros y Tánatos,
es la sonrisa de un niño y la mueca de la muerte,
es la caricia de ser amado que roza tu pecho
y el golpe acertado del enemigo próximo en el mismo lugar,
es el beso delicado sobre tu comisura
y la navaja que la corta para formar una sonrisa eterna de Joker,
es la flor de Liz que inspira a caballeros
y el pantano apestoso donde esta crece,
es el deseo hecho realidad y la realidad en búsqueda de deseo,
es el cuidado de un ser y la cicatriz que duele sin desaparecer,
es la gota de agua que calma la sed
y el desierto inerte que cobra la vida,
es la pausa viva de tu existencia
y la continuidad infinita de un *dead man walking*,
es el recorrer el mundo y el saber que no has ido a ningún lugar,
es la más significativa forma de libertad
y la peor de las torturas en una prisión sin límites,
es una cura a cualquier enfermedad y la enfermedad a cualquier cura,
es la certeza de estar firmemente plantado en el cielo
y la incertidumbre de estar navegando en el Aqueronte,
es el rayo que cae apresurado en la tierra y el cráter calcinado e inerte,
es la suma de uno más uno y la resta de uno menos ninguno,
es el reflejo del ser protector y el antagonista que termina la escena,
es amor por lo bueno y amor por lo malo
sin que uno ni el otro sepan que existen,

es la mano que sostiene otro cuerpo y el cuerpo que no siente su mano,
es el cuerpo húmedo a cualquier acción
y el alma seca en cualquier estado,
es sexo que busca cuerpos y cuerpos que buscan ser sexo.
¡Mirad que Mesakku es nosotros y ninguno, o tal vez solo yo!

Amores entre paréntesis

Erika Jaillier Castrillón a Victa León

¿No te ha pasado que, en algún momento de una relación, tu pareja te pregunta: “qué somos tú y yo”? Bueno, a mí me ha pasado tres veces y las he llamado “amores entre paréntesis”.

Tal vez surja el interrogante de por qué “entre paréntesis”... Por eso voy a contar la historia...

Primer paréntesis

La primera vez comenzó con un encuadre curioso: por aquella época tenía un admirador de esos que te llenan de regalos y de detalles que, aunque son de tu gusto, no sabes si recibirlos porque se pueden volver una opción, una manera de abrirle la puerta a alguien a quien no deseas ni que se te acerque. En fin, el tipo no era feo, era artista y todo un profesional, pero no, no era para mí. Definitivamente no lo era. Era de esos personajes sofocadores, llenos de halagos, un poco empalagosos, melosos y un tanto melodramáticos.

Mi amigo, que ya tenía novia, pero era muy buena persona, decidió hacerme el cuarto: “dile que estamos saliendo para que no te moleste más”. Sí, así lo hice. Total, él, su novia y yo a veces salíamos juntos, porque éramos buenos amigos. Fue excelente. Durante meses el artista no volvió a llegar con dulces ni con zalamerías. Entre tanto, la novia de mi amigo se fue a trabajar a otra ciudad, y él andaba tan deprimido que me dio tristeza que estuviera sin ella, por lo que traté de acompañarlo lo mejor que pude. Lo uno llevó a lo otro. De verdad nos queríamos. Éramos muy buenos amigos, pero de la amistad al amor a veces hay solo un paso. Y del cariño tierno a otros gestos, solo eso, un gesto. Nos amamos un poco a escondidas, porque queríamos seguir siendo solo eso, amigos, aunque ya no era tan simple. Salíamos a cine, al teatro, caminábamos juntos hasta la casa del uno o del otro. Igual, las familias sabían que éramos eso: amigos. Pero las miradas decían más, los juegos

entre nuestros dedos cuando nos tocábamos solían murmurar otra cosa. Las salidas a comer y los postres, sobre todo, eran una forma de complot frente a los otros: la complicidad de comer juntos nos llevaba siempre a encuentros más secretos, casi siempre en la calle, a oscuras entre su casa o hacia la mía. Las salidas en carro eran una oportunidad perfecta de ir más lejos. Y terminábamos cantando a viva voz canciones románticas del radio. Nada más cursi, ni nada más hermoso.

Ella volvió.

Ya no nos sentíamos capaces de salir los tres. Había muchas cosas que ya no nos decíamos verbalmente, pero que eran evidentes en ese lenguaje silente de la complicidad. No habríamos podido mirarnos a los ojos sin decir más de lo que dicen las palabras. Así que, alguna vez que me llevó a mi casa, en su auto, surgió la pregunta: ¿qué somos?

Acordamos que seríamos, como siempre, amigos. Pero ya no podíamos estar tan cerca. Ya no se podía ni para él ni para mí. Ella debió presentir algo porque un día me dijo: “¿qué pasó entre ustedes que están tan raros? ¿Es que se pelearon mientras no estuve aquí?” Yo no tenía palabras... Solo pude responder: “no, no es nada, es que tenemos nuestras grandes diferencias frente a algo que surgió”.

Luego, ambos se irían a estudiar a otro país y yo cerré mi primer paréntesis.

Y el segundo

Aquella segunda vez comenzó en un matrimonio. Yo era una de las damas del cortejo de la novia y él debía ser mi pareja durante la entrada a la iglesia, como se acostumbra en ciertos países del norte.

Claro, estuvimos en los ensayos de la boda, luego en el desayuno de despedida, luego, en la fiesta de vísperas y, obvio, nos tocó juntos en la mesa durante la celebración de la fiesta de bodas.

Mi vestido, como el de todas, era verde manzana (o pistacho, no sé muy bien el color) y él debía llevar un jazmín en el ojal de su camisa. De suerte no era un tulipán como los del yugo de la novia, porque habría sido difícil bailar con él teniendo eso en el pecho, justo en mi cara.

Bailamos toda la noche y de todo un poco: desde polkas y valsos de la familia alemana del novio, hasta cumbias, danzones, sonos, merengues y salsas, de parte de la novia.

Mis sandalias me tallaban después de tanto baile. Me senté. Se me acercó con un ponche y una botella de agua y nos pusimos a hablar. Bailes, charlas, bailes, conversación, bailes, confesiones...

El fin de semana siguiente, paseamos juntos por el bosque húmedo y tropical de la isla, y luego por la playa. Nadamos y hablamos. Y nos propusimos una visita a las galerías de arte de la isla durante la noche de entradas gratuitas. Efectivamente recorrimos toda la zona antigua de la ciudad en una noche de galerías... Solo que eran gratuitas otro día. Terminamos en un borde de la playa mirándonos a los ojos con algo de temor y algo de placer: temor por la aventura, placer porque ya no podíamos más...Y como el agua del mar, todo fluyó y todo pasó.

Y me habló de su amada india y de cuán diferente era yo. Él quería consuelo de un amor visto con los ojos críticos de la gente. “los matrimonios interculturales no funcionan bien”, le decían las voces. Yo solo podía darle placer con besos sobre sus ojos húmedos y ansiosos. Curioso, pensaba, pues igual él y yo eramos también de culturas muy diferentes. Solo nos unía el idioma francés —segunda lengua para ambos— y un presente efímero...

Y volvió la pregunta: ¿qué seríamos?

Y mi voz interior dijo entre lágrimas de gozo y de tristeza: nada.

Solo el paréntesis de una boda que ni siquiera era nuestra.

El tercero...

Terreno desconocido: el apartamento de Luc. ¿Quién es Luc? El novio de una amiga que está de viaje.

Personajes: Claudia, Hervé, Pasqual, Marc y yo.

Razón del encuentro: una *raclette* al inicio de la primavera.

Hacía frío. Claudia y yo llegamos con dos botellas de buen vino, tomates, champiñones, quesos *raclette* y *brie*.

Pasqual, Hervé y Marc ya estaban en el apartamento de Luc, novio de la amiga de Claudia. El desorden, el polvo y el olor a cigarros de diferentes tipos se sentía desde la puerta. Grave. Ya estaba mareada con el olor de los cigarros y aún no estábamos dentro. Habían comenzado a comer sin nosotras. Había jamones, salamis, carnes crudas y pescado a medio cocer en la *raclette*. Pero faltaba el queso. No hay *raclette* sin quesos. Nos recibieron con fiesta: *Il est arrivé le fromage!!!*

Hacía frío, pero como el ambiente era insoportable para mí, abrí el balcón y entró una gélida brisa. *Fermes, est-ce que tu veux qu'on gèle?*

D'accord, moi je me ferai près du balcon. C'est irrespirable ici.

Todo volvió a su ritmo. La *raclette* respiraba sus nuevos aromas y solapaba un poco el olor al tabaco y a otras hierbas.

H. se acercó.

—*Tu n'ès pas d'ici. Ton accent est du sud.*

—*Oui, plus du sud que tu penses...*

—*Ah, alors? D'où es-tu?*

—*Colombie.*

—*C'est bien la drogue.*

—*Pas moi, jamais.*

—*Okai, ne te fâche pas... on rigole...*

Y comenzamos a hablar. Ingeniero nuclear, deportista, *non fumeur* como yo...

Rugby, randonade, sky, alpinismo... (Nada que ver con mi descoordinación motriz gruesa...) Pero era lindo. Finalmente fue rica la velada. Terminamos cantando y bailando: Claudia y yo enseñamos pasos de salsa, cumbia y merengue. Nada mal.

H. nos llevó a Claudia y a mí hasta nuestros apartamentos respectivos. Me dejó a mí primero y le pidió mi número a Claudia.

Acordamos salir. Dos películas, una cena en el museo, una caminata nocturna junto al río, una *petite promenade* por la Belledone, otra por la Char-

treuse, con una pequeña caída mía incluida... Luego dos visitas a La Bastille (a pie y en teleférico), un concierto de jazz en la plaza de l'Hôtel de Ville y varias noches en su cuarto de estudiante y en el mío. Una noche, en su bañera, entre la espuma del jabón y un par de vinos. Un desayuno con cerezas y pan *baguette* recién hecho, con mermelada de mirabeles y miel de lavanda. La lectura nocturna de nuestros libros: él leía mi recomendado y yo el suyo. Un par de películas más, con cierre amoroso en donde los personajes éramos él y yo.

Pero llegaba el fin del año académico. No éramos más que estudiantes en plena tesis y con mucho por leer.

—*Tu peux le wkd ?*

—*Non, je dois faire des examens. Et le dimanche?*

—*Non, je p'pas... Trop de boulot à faire au lab ?*

—*On se voit le mardi après les fériés de l'Ascension ?*

—*D'ac.*

Martes en la tarde. O en la noche, según se mire...

Llevé una carta de despedida. Sabía que lo era. La primavera se lleva lo que ella misma trajo. La inserté en una página de un libro: "El amor en los tiempos del cólera".

Él hizo algo similar: con su lacónica forma de expresión, me dejó un *post it* dentro del estuche del CD que me había regalado. El "¿qué somos?" fue un mensaje tácito, lo no dicho, pero no omitido en una despedida sincera de dos amigos que jamás se han vuelto a ver.

Cansado de Eros

Sebastián Carvajal Castro

No he podido encontrar una nena que de verdad le guste ver *Apocalipsur*. Mi invitación siempre es honesta y no hay picardía en ello, pero siempre espero que regresen queriendo hablar sobre la relación entre el Flaco y Malala o con preguntas, como por qué Caliche ocultó su amor y en la muerte del Flaco lo dejo florecer. Quisiera que alguna se siente conmigo a reír de los intentos de la Comadre por conquistar a esa chica en el bar de punk. Todos son escenarios que se quedan en las largas caminatas del trabajo a la casa, y en las que repito algunos diálogos mientras camino y me siento mucho más solo, entonces prendo un cigarrillo.

Tengo una *playlist* de música en la que evito todas las canciones románticas, peor todavía cuando escucho que suena alguna de desamor, prefiero escuchar como Rammstein marca la marcha mientras frunzo el ceño y aumento la velocidad con cada canción que pasa. A veces pienso que caminar de un lado a otro con alguien más supone un protocolo al que no estoy acostumbrado, pues se alzan conversaciones que no son de mi interés o de las que no tengo nada para decir. En ocasiones miento y digo que tengo otro compromiso, que mi ruta no es esa, que debo esperar a alguien más o que prefiero esperar que la congestión de gente que circula en la ciudad disminuya, siendo esta última la única razón cierta. Esos momentos de soledad se han ido convirtiendo en el motivo por el cual las mujeres prefieren evitarme.

La confidencialidad, el afecto y la intimidad son asuntos que miro con recelo, pues los anhele y no los consigo. Pienso que no debe ser un afán tener a alguien, las presuras suelen terminar tal como empiezan y, por ello mismo, procuro vivir tranquilo con la idea de que estando solo soy capaz de hacer muchas cosas. Puedo ir a cine, comer en restaurantes, ir a los parques... muchas cosas que en compañía cobran otro sentido, uno que para mí es adverso.

No soy un pesimista, ni mucho menos le guardo rencores al amor o a los encuentros pasados que he tenido. Lo que siento es una desazón que no sé

cómo ajustar, por eso estoy solo y prefiero mantenerme así para que nadie tenga que soportar quejas, malos recuerdos o falta de inspiración. Si mis interacciones con los otros son mínimas estaré contento y si alguien que me entienda es capaz de estar conmigo, entonces dejaré de fumar solo para brindar junto a quién haga falta.

Confesiones desgastadas

Shirley Viviana Cataño Pulgarín

Tengo un amor que niego. Un amor que no me atrevo confesarle a nadie. Un amor que, a duras penas, me confieso.

A los ojos del mundo, no fue nadie. A sus ojos, no soy nadie. Es un amor construido desde mis expectativas, desde todo lo que anhelé —y anheló— que hubiese sido. Un amor que se edificó en la fantasía y se derrumbó por el contundente golpe del desgaste, de la espera, de la agonía.

Antes, a unos cuantos, les hablaba de ese amor. Al principio me escuchaban, se entusiasmaban, me preguntaban. Después, el interés se transformó en intervalos de oídos selectivos, en monólogos con un público ausente: en tiempo perdido.

Desde esa época, empezaron las miradas de tristeza e incluso lástima. Dejaron de preguntar, ya ni siquiera disimulaban. Con el tiempo, aquella pusilánime complacencia se transformó en enojo e indiferencia...

Callé, porque quien peor reaccionaba a esa confesión era yo. Me refugiaba en todos los recuerdos que creía me ayudarían a transformar las ganas de su presencia en deseo de alejarme. Buscaba un faro que me orientará en ese río de incertidumbre. Pero era inútil.

Lo sigue siendo.

La memoria es selectiva y no es una amiga. Aquello que proyecta no es lo que la razón asume como correcto, como antídoto al malestar. No, la imagen que llega es una combinación del afecto y el fantaseo potenciado por la soledad.

Hoy me queda una fotografía en una red social que miro constantemente. Procuero ser lo suficientemente prudente para que no se dé cuenta que la miro. Aunque me he quedado mirándola por horas, buscando algo imposible, algo inalcanzable. Aun así, no podía —ni puedo— dejar de mirar.

Por un tiempo no estuve bien, me sentía convaleciente, como saliendo de un fuerte resfriado, de esos que dejan las defensas por el piso. Así era ese amor: virulento. Tengo un sistema inmunológico cuyas débiles defensas se encontraban sin estrategias para hacerle frente, tanto que aún no se ha podido recuperar. Todavía debo mantener la distancia social, el tapabocas que evite impregnarme de su aroma y reforzar las dosis de realidad para evitar el virus de la fantasía.

Y, sin embargo...

Una vez al día, un pensamiento se me escapa, una palabra se me suelta, un recuerdo se resbala, un suspiro se me ahoga. Algo convulsiona en mí. Esa presencia sigue, me asecha, me espanta, disminuye mis horas de alerta y desvanece cualquier intento por estar en otro lugar —que no sea este—. Estar con otra persona —que no sea yo—. Pensar en otro ser —que no sea esa presencia—.

Eros cansado de mí

Danny Jean Paul Mejía Holguín

Durante mucho tiempo he tenido una cercanía absoluta con el otro, le reconozco en tanto me conozco. Voy por el mundo saludando a cada persona, dando eso que muchas personas prefieren mantener para sí: un poco de cordialidad, calidez y cercanía. Valoro que la gente se acerque, veo muchas personas que van por la vida sin tocar a otros, sin acercarse o dando la espalda al mar.

Es importante recordar que la vida está compuesta por un otro que se convierte en Nos-otros; no somos en tanto no exista otro que lo confirme. Una persona puede vivir aislada en una montaña y ser autosuficiente en muchos ámbitos, pero queda la pregunta sobre la veracidad de su existencia. ¿Es realmente ese que no sabemos que está allí? La paradoja del árbol que cae en la selva y cuyo sonido al caer nadie podría corroborar. Por tanto, ¿existe alguien que no hace parte de una sociedad? O, ¿es solo algo que hace peso en la tierra y nada más? Necesitamos del otro para que constate que no somos un peso muerto.

La vida del otro se vuelve entonces tan vital como la mía misma, pues es ese que vemos en frente quien nos puede dar una luz acerca de lo que somos. No como juez ni como árbitro, sino como lo que es: una persona que está esperando una corroboración del otro, un guiño o una señal que le haga sentir su propia existencia en la tierra. Mientras el Eros muere por falta de empatía, de roce, de alteridad, en mí desata sus rabias, sus temores y miedos. Desde que recuerdo he sido un enamorado de la vida, de la gente y de todo lo que esto trae. Mi mejor amigo dice que aprende de mí a mantener cerca a la gente, en no echarla con la mirada o el gesto. Yo aprendo de él que todo el mundo te daña. Medidos siempre, yo le hago creer, él me hace desconfiar. No me da miedo querer, no me da miedo recoger el corazón y sus fragmentos, los pedazos que quedan.

William Gibson tiene un cuento llamado *Fragmentos de una rosa holográfica*, en el cual propone que, incluso el fragmento más pequeño, reproduce

la belleza de la rosa y su completitud. El corazón también, de todos los fragmentos que quedan, aunque de forma independiente, recrean la grandeza del amor o el sentimiento. Entonces, quizás, las rupturas potencian nuestras formas de amar al otro, de observarlo y de darle su lugar en nuestras vidas o las de los demás. Estos hacen que podamos acercarnos más, vernos más, abrazar más. ¿Cuánto daño hemos hecho a los otros? ¿Somos tan egocéntricos para creer que solo nos han hecho daño los demás? ¿Estamos tan cansados del otro que preferimos ignorarlo? ¿Somos tan grandes en el universo que se nos dificulta ver la pequeñez del otro? Seguimos pensando el universo en torno al yo. Un Ego-centro que determina el funcionamiento de lo otro y desde el cual parte la vida; surge el Edén, la partícula de dios. Somos una consecuencia de todo ello, una mala o una buena, no lo sé, tampoco pretendo saberlo. Tengo la certeza de que soy un ser imperfecto y minúsculo, que, aunque mi vida parezca llena de cosas y personas, existo por qué los otros pueden decirlo.

El cansancio que anuncia eros sobre mí no es más que los motivos por los que la gente se aleja y pocas personas permanecen a mi lado, soy este ser imperfecto que va de un lado a otro llevando un poquito de ese poco que es como luz o alegría, no pienso que pueda hacerlo, llevo como el yerberito una cantidad de utillajes que solo buscan el calor, la armonía, la melancolía, la nostalgia. En el caso de este imperfecto ser, Eros se cansa al no cansarme. Los dioses del Olimpo no dejaron de existir, ellos permanecen allá, arriba en el Olimpo, esperando que la gente se acuerde, por azar o por certeza, que alguna vez también tuvieron templos, oraciones y sacerdotes, que hacían tanto parte de la vida como el aire.

Pienso en el ágape y la *philia* como complemento de eso que pretende Eros, pero me doy cuenta de que no habría uno sin el otro. Nadie podría decir que huir de un amor que te hace daño es debilidad; o que destruir el altar en el que mantienes arriba a aquella persona que admiras es estrechez de corazón. Es lo que sucede con esos dos, cambian, se modifican, se transforman o transmutan, pero Eros no. Él va tranquilo, pues sabe que no ha hecho cautivos, nos ha hecho defenderlo, esconder nuestros sentimientos para potenciar sus formas, nos ha hecho pensar que cada uno de nosotros lo merecemos y que tenemos oportunidad con él.

Eros está cansado de mí, porque soy quien más cerca de él ha estado, me liberé, como dice la canción, “Me liberé de gente perversa que quiere hacer mi vida de cuadritos /Me liberé de gente sin escrúpulos”. Pero más allá, me

liberé de que la gente juzgue mi relación con Eros y crea que se puede meter en ella. No pretendo hacer daño a nadie, pero si quiero que quede claro que uno a uno los movimientos que ven en mí, las maneras que ejecuto y los aprendizajes, han sido de su parte, imperturbables y eternos, la humanidad se ha encargado de dejarlos ser, nos han dado las herramientas para perpetuarlo y aunque nos alejemos de eso, no queda nada más que seguir adelante, no agonizar en el intento, no negar nuestra herencia y, mucho menos, lo que somos, pues el otro es para conformar el Nos-otros.

Esta hoja debería estar vacía, limpia

Valeria Torres Ochoa

Hola preciosa, ¿cómo estás? Me gusta que nunca hablemos o nos veamos, pero cuando lo hacemos no dejamos de entendernos de inmediato, con una mirada o una palabra cualquiera. Anoche me acosté en mi cama y, antes de quedarme dormida, me sentí culpable, porque quisiera ser más desprendida o desinteresada. Quiero un día poder darte todo y no esperar que me devuelvas algo, pero es que aún no lo logro. Antes de que te sientas mal, por mí o por ti, debes saber que no tiene nada que ver contigo, esto soy yo, y eso, también está bien. Yo creo que, de todos modos, el amor funciona así, con el resentimiento, la culpa, los celos, la ira, la desesperanza de por medio. Con cosas buenas a la vez, solo que, ahora, no se me ocurre ninguna de esas.

Hace rato comencé a notar un patrón en mi vida y en la de mis cercanos, estaba deprimida y trataba de entender qué me hacía siempre caer en el mismo hueco. Entre tantos patrones noté, de manera muy consistente, que la soledad que impera la escritura me obligaba a tomar posición en batallas que siempre había dejado de lado. Si es que importa, yo soy del signo zodiacal de Capricornio, de diciembre, te lo recuerdo porque es una pieza de información que le sirve a mi argumento. Las personas de mi signo se caracterizan por la dedicación, el trabajo duro y la ambición; es normal entonces dedicar gran parte de la energía física, mental y emocional a la vida laboral o académica. Confidencialmente, en efecto, mi manera de enfrentar las emociones negativas cuando me abordan suele ser, ocupándome en algo, algo que, aunque me distraiga me permita también pensar en ello como un evento secundario en mi vida, así me convenzo de que, con independencia de lo que me esté sucediendo, el mundo se sigue moviendo, sin piedad, y lo mismo tendré que hacer yo, eventualmente.

Pero entonces me puse en unas situaciones, como esta, en las que debo parar todo y sentarme, conmigo a escribir. Sea de un tema determinado o

de lo que vaya pasando por mi cabeza a medida que la hoja en blanco me acosa para que la ensucie. Y me invento un tema, lo escribo, y me aburro y me pongo a pensar en lo que no necesito ahora. Evidentemente, algo se me va a ocurrir y no me va a gustar, y debo discutirlo y darle vueltas porque hay que escribir. Entonces, me encuentro con mis amigos, mi terapeuta y, seguro, contigo, y me dicen que es normal que no escriba, porque no quiero enfrentarme a mis pensamientos, que los traumas y bla, bla, bla, más carreta.

Pero yo no estoy de acuerdo, porque a mí, que solo te escribo, esta yo del mundo real frente al computador, no me gusta escribir. A mí me parece que hay muchas cosas que debemos olvidar cuando tenemos la capacidad de hacerlo, y yo la tengo, no necesito cavilar tanto en ello, ni estar acá sentada sola tanto tiempo, cuando puedo ir y estar contigo para hablar de lo que sí queremos, o discutir juntas de lo que debamos. Pero lo que me sucede, con la hoja, es que también quiero que me dé algo a cambio; me quedo esperando alguna recompensa por hacerle lo que quería, pero no me da nada, y yo te juro que no soy interesada, es más que eso...

El caso es que todo esto es cosa mía. La próxima vez que hablemos habrá también algo, normal. No quiero que sintamos culpas, te quiero y ya.

Heaven's judgment

Isabella Castrillón Restrepo

Would it be wrong to abstain from answering? for only hell's fire can compare to the heat of your words, you, oh you little devil, take me to places that no man has been before, feelings no one has felt before, Venus glorious godly body rolling in the foam of the waves, she must be ashamed of us, envious even of these mundane pleasures of us.

This isn't love, of that I'm sure, but naming it scares me, something so impure, so dark and sinful must have its own circle in hell, your body is my jail, one I dare not try to escape. The only god I will ever pray and the only faith I will follow, let this poor gentleman worship this object of his desire.

This last contract of mine has been set upon ink and paper, skin and screams too, the price to pay has been decided but it's too high to pay, I must forgo all and every memory of us, I want not to worry your days over this matter, I have accepted this punishment set upon me by heaven, but this I must say, from this day onwards I will always be craving our reunion, for it will come upon us as the judgment day will too, this lovesick fool you have enslaved to your whims will desire you until the last of his days, if you could pity this poor soul then I beg you to not forget me as my body won't forget yours.

Heaven's judgment spares no one, and we will pay the price for our transgressions against the heavenly principles... unless we make them pay first.

Purificación

Juan Felipe Pabón Álvarez

Anoche soñé contigo y me revelabas los secretos que yo sospechaba, eran mitos de almohada. No estoy totalmente convencido dónde comenzó esta historia, pero sí dónde se acabó. Recuerdo la infancia en esa iglesia evangélica donde llevaban a los homosexuales y los exhibían antes de la *purificación* y yo, un niño todavía, me preguntaba qué había de malo con ellos; dos manos y diez dedos, dos ojos y dos iris, dos cejas, una nariz con dos fosas, una boca con dientes, dos labios, un pecho, dos pies, una lengua, eran iguales a mí, iguales al pastor, articulaban las palabras como la gente *típico*, sus tonalidades no eran distintas a las de ningún ujier, el hombre más santo de la sala era igual que ellos y ellas. “Mamá, ¿qué significa purificación?”, le preguntaba yo cada domingo a doña Lina. Ella nunca supo qué decir, finalmente, *yo era todavía un niño*; “ya llegará el día en que lo entiendas”, decía y continuaba levantando sus manos con los ojos cerrados, murmurando palabras en éxtasis.

El día que lo entendí, estabas sentado en una banca detrás de la universidad. Yo me acerqué a preguntarte dónde quedaba el bloque 25. Tú levantaste la mirada y mojaste tus labios con la lengua antes de proferir cualquier respuesta, el sol se ponía sobre tu pelo como lo debió haber hecho sobre la cara de los primeros colonos, los primeros hombres que vieron a lo lejos la virgen selva caribeña, en tu mirada había lo arcano del hallazgo, las piedras lunares que llevaron al otro lado del mar a los vikingos, y con una sonrisa me dijiste “no sé, pero te ayudo a encontrarlo”.

En esos días, yo salía con la hija de un socio de mi papá, y asumía con ingratitud mi papel de hombre *típico*, en mi cuerpo pesaba el cansancio de las ropas de otros nombres, otros destinos, otros deseos incorrectos. Y cada paso que di contigo, estremecía los miles de kilómetros que había recorrido en la distancia y el pasado. ¿Cuándo podría ser valiente? ¿Qué hay de coraje en el silencio de los hombres y mujeres que juegan a los impostores? El closet donde guardo las máscaras que hacen tan orgullosos a mis padres, el closet donde guardo mi sexo y mis armas secretas para hacer gritar a mujeres distintas cada noche y que parezca que he sido, soy y seré *típico* toda la vida.

Semental, macho con brío, hombre de hombres, arcano hijo de los ancestros que fecundaron a todo el pueblo, hijo del apellido erecto, padre de los niños con cola de cerdo, la subasta más preciada de las casas Christie's y Sotheby's; el caballo que más corre en el Derby de Kentucky. “Un macho pichón es el hijo mío”, decía mi padre cuando iba en la décima copa y ponía canciones de Vicente Fernández, una en particular, esa que dice: “Ese es mi hijo”, y cuando sonaba la canción de Willie Colón, “El gran Varón”, se reía y escupía con fuerza improprios: “cacorros hijueputas, enfermedad desoladora de este valle de lágrimas, malparido el día en que los griegos se culiaron a sus pupilos. Gracias a Dios el mío jode más que costeño estrenando garrafa de Ron”.

Y así fue mi vida, hasta que me dijiste: “me llamo Felipe, ¿y vos?” Yo no entendía la corriente alterna que hacía que mi corazón corriera como nea en moto prestada, quería dejarme arrastrar por ella, dejarme ahogar en lo profundo del significado de cada palabra absurda que dejaba salir tu boca como si fuese un deporte olímpico y, tú, el campeón más prestigioso. Purificar, para mí, era hervir la sangre debajo de las cobijas, saborear tu pubis y las delicias de ser *atípico*.

En secreto, empezamos a vernos en las calles oscuras de Provenza, me enseñaste los lugares seguros para personas como tú y yo, afinaste y corregiste el guion de esta obra de teatro que lleva 25 años en matiné, con presentaciones los viernes, los sábados y adaptaciones especiales para el día del padre y la madre. Nos besamos en silencio, me enseñaste a hacer el amor con lujuria, pronunciaste mi nombre en todos los idiomas muertos, me llevaste de paseo a tus sueños y yo te mostré los míos. Nadie sospechaba quiénes éramos en la cama, me maquillabas antes de arrancar cada matiz de color de mi rostro con tu lengua, me limpiaste el alma de la mierda color ocre que enmascaraba mi vida al llevar los apellidos de mis padres. Recuerdo —en presente de indicativo— cada susurro, contigo nada era condicional ni es pretérito. Al menos, hasta el día en que la decadencia y el horror tocó a nuestra puerta secreta, el día en que el verbo *amar* y el adjetivo *salvaje* se hicieron el verbo *castigar* y el adverbio *dolorosamente*.

La mañana en que me llamaste preocupado, tus palabras alarmantes eran el testamento de un amor que iba a tener un fin abrupto, sobre nosotros y nuestra isla de amores recónditos, enigmáticos y sibilinos voló el avión que llevó hasta Hiroshima la bomba, y se anunció con fuerza... era ya tarde para huir. No me di cuenta hasta que la onda expansiva rompió los cristales de mi cuerpo, hasta que la radiación me devolvió en polvo a la tierra, era demasiado tarde.

Ahora, lejos de ti, solo puedo soñar contigo, y te escribo cartas imaginando que las lees. No me atrevo a preguntarle ni a mi sombra dónde estás, saberlo podría ponerte en peligro. Desde esta casa de rehabilitación te llamo en las noches con los mismos susurros que proferían tus labios y te recito poemas de amor y otros demonios, atrapo las mariposas y les confieso mis dolores en tu honor, le pongo nombres a los sabores que puso tu sudor en mi cama, escribo y luego olvido lo que dejé en el papel como testigo, de un amor que era *típico* hasta que nos sorprendieron.

No sé cuánto tiempo habrá pasado desde ese primer encuentro, pero todavía imagino que es el primer día, pronto acabaré la rehabilitación y podré volver a ser el hombre que mi papá amó alguna vez; ahora soy el tótem de conversión que pasean por los corredores de las iglesias y tal vez, soy la razón por la que los niños preguntan a sus padres: “¿qué significa ser purificado?”.

Amar, como si hoy fuese el último día de todas las mujeres y hombres sobre la tierra.

Simplemente amar

Santiago Mejía Álvarez

¿Quién sabe qué es el amor?

*Si cambiamos de pareja
para ver quién nos quiere mejor*

Buhodermia, 2017

Amar es demasiado complicado. Es un proceso —en caso de poder llamarse así— muy tedioso, y a veces innecesario. En un principio nadie puede definirlo. Ni las frases esas que se leen en Twitter en las que se citan a autores que no conocemos o en caso de que sí, no estamos seguros de que dijeran semejante barbaridad sobre lo más inherente y subjetivo del ser humano: el amor.

Que una madre despoje a su hijo de todo contacto con el exterior, porque no quiere que “nada lo lastime”, ¿es amor materno?

Que aquella persona en la confías todos tus secretos y temores te haya mentido “para no herirte”, ¿es amor romántico?

Es simplemente amar, ¿no? Que aburrido.

*Pues, no voy a mentir,
a mí me gusta mandar
porque siento que alguien me hace caso.
Putita rutina, ella me dice que me ama,
pero la que habla por ella es la dopamina.* (Buhodermia, 2017)

Lo más complicado de todo este proceso es entender que no debería existir. En ningún momento deberíamos plantearnos comenzar a amar, dejar de hacerlo, hacerlo más o menos. Lo triste que es saber que ella no me ama como yo lo hago. Pero lo emocionante que es darse cuenta que al ser diferente, da la posibilidad de que sea mucho mejor que el amor que yo le podría dar. Que confuso.

De la misma manera, todo lo que comienza termina. Es por eso que al comenzar a amar a alguien ya sabemos que, en algún momento, tarde o temprano, se acabará, incluso, a nosotros mismos. Usted menciona diversas situaciones con alguien o de pronto algunos más que logran acompañarla por los caminos de la vida. Sin embargo, ¿por qué no toma usted sola esos caminos? ¿Le parece poco el amor que se puede dar a usted misma que necesita de otro! Un poco agresivo, ¿no? Al fin y al cabo, entre tanto romanticismo también hay odio y toxicidad. No necesariamente “amar” está acompañado de felicidad, pues sabemos que somos felices porque ya estuvimos tristes, por lo tanto... ¿Es en la soledad en la que nos damos cuenta de lo que es amar? Debe ser por eso que dice la canción: “caca comerás si no te amas y no por ego, sino para poder amar a otras, de lo contrario en el mundo rebotas” (Noi-seferatu, 2020). Solamente es un consejo, tírese al vacío del amor usted sola, de pronto ahí encuentra la unión de su alma con su presente y así, olvidar el deseo de ser una sola con el alma de los miles de amores que tendrá hasta el día en que se muera.

Un proceso tan innecesario como inevitable, pero es que cómo no va a ser bello sentir el abrazo de aquel mientras te arroja su calor. Cómo no va a ser triste llorar por aquella infidelidad de la que pensabas que sería tu esposa. Cómo no va ser emocionante reencontrarte con él, después de todo un verano siendo odiados por la distancia.

Siempre hay que hablar de lo que se sepa, pero es que esto... del amor, todos creemos saber, por eso todos amamos y odiamos sin saber lo que vendrá. “Es simplemente amar”, es lo que pienso al verla sonreír por mi presencia. Pero ya me estoy quedando sin apetito de tanto comerme la cabeza.

Solo sabía sentir

Pablo Torres Estrada

A falta de capacidad para hablar, he desarrollado una capacidad exagerada para sentir. Una comprensión profunda de la sensibilidad humana, que me permite actuar con hiperbólico dramatismo, a la vez que soy empático y, en algunos casos, grosero sin necesidad aparente.

Pero hoy en día, cuando leo cualquier letra, cualquier párrafo, cualquier tema, solo siento nulidad. Un vacío sobre ese sentir, ¿a dónde se me fueron los dolores del alma?, si se iban a espantar, por qué se tenían que llevar mi capacidad de sentir.

Me he convencido por completo de que he perdido el deseo, en el cansancio. Tengo lo que quería y perdí lo que más disfrutaba cuando no tenía nada.

A raíz de ese pesar, me he dado a la tarea de escribir esta cuartilla sin sentido. Porque seguramente te estás preguntando a razón de qué tu texto pueda provocar esto. Y ahí radica el problema: no encuentro, sin importar cuanto tiempo hurgue, la provocación necesaria para reactivar el eje rotativo que da giros a mi escritura.

Con mucho pesar, consigno otra cuartilla desalmada y sin profundidad. A manera de huelga. Huelga de mí, contra mí. De adentro, hacía dentro.

Con nula capacidad para sentir lo que quiere escribir, sinceramente: Pab.

Tentada a la confesión

Salomé Reyes Jaimes

Día 1

El abogado de turno se ha tomado tan en serio mi caso que, a dos sesiones de estudiarlo, ha decidido que la mejor opción es declararme culpable. Me he negado a recibir asistencia de alguien más, ¿para qué? todos dirán lo mismo con resignación en la voz: “lo siento señorita, pero hay una cantidad absurda de pruebas en su contra, hay suficientes personas listas para testificar, y no precisamente a su favor, y los resultados forenses lo único que demuestran es su ADN en el cuerpo de la víctima”. Empiezo a creermelo culpable, pero ambas sabemos que todo lo pediste.

Día 3

Eras tú quien prometía no volver a tomar, mientras mareada, apilabas botellas vacías en una esquina del apartamento. Mi única adicción era intentar robar de tus labios ese chocolate mate, beso tras beso.

Eras tú quien pasaba madrugadas enteras frente una pantalla quejándose de un jefe explotador y al que debías ver todos los días con desprecio. A mí lo único que me quitaba el sueño eran tus manos calientes en medio de mis piernas, a mitad de algunas noches.

Eras tú quién pedía préstamos al banco y discutía por horas con los asesores al no recibir la respuesta que exigías de su parte. Mi único gasto era ese perfume con el que has sellado tu recuerdo en mi cabeza desde que nos conocimos.

Día 15

El bastardo de mi abogado, si se le puede llamar así, quiere que confiese “lo que te hice”. Me parece injusto que no seas tú quien esté en mi lugar, contando lo que me hiciste, por eso, lo escribiré yo desde esta celda *acorazonada*, fría y con olor a memorias.

Día 16

Yo, curioseaba una ciudad que me venía acogiendo hace unas cuantas semanas, pedí indicaciones para llegar al Museo del 11-S. Tú, llegaste a mí preguntando si necesitaba ayuda. Te reías, esforzándote demasiado con el español para que te entendiera. Te entendía, más de lo que creías. Perdida, tenía solo un punto claro, tú. Tenías ese toque fresco y natural que, para ser sincera, combinaba a la perfección con el rasurado de tu cabeza; esa energía esquizofrénica de suricato al pendiente de todo a su alrededor, sin romper el hilo de nuestra conversación. Me estabas pidiendo a gritos que te amara desde ese instante, y yo, siempre al servicio del amor, accedí.

Día 20

¿No estás agotada de alimentar esta mentira?

Pierdes el tiempo al no amarme...

Día 22

Eras tú quien encadenaba el dedo meñique de mi mano al tuyo para correr sobre la cebra mientras el semáforo peatonal en rojo nos advertía de ser arrolladas, todo en incontrolables carcajadas. Yo, hipnotizada por la suavidad de tu piel y la fuerza con la que me llevabas a rastras hacia la muerte, todo en cuestión de segundos.

Eras tú quien estaba siempre dispuesta a desembuchar cada capricho que recorriera tu gran imaginación, con la seguridad de mi incansable anhelo

por hacértelos realidad, recorriendo esa espléndida e iluminada tez morena y cada rincón provechoso de tu ingenio que me tragaba de un bocado. Yo me convertí en una galaxia, era lo que quisieras, un sin fin de formas tomaba mi cuerpo para agraciarte; la aurora boreal que deseabas ver con tus propias pupilas, el elefante enternecido que te hacía llorar y con el que podías pasar horas, simplemente dejándolo ser de lejos, el largo tatuaje que recorre tu columna en forma de dragón, o el mejor acostón que terminó por transformarse en ese “hacer el amor” con el amor de tu vida.

Eres tú quien me ama.

Día 31

Pasan días sin saber qué escribir sobre estas páginas, no quiero sorprenderme en la locura y comenzar a desvariar, por eso he sido responsable con mis palabras y me he sentado a escribir en mis momentos de mayor lucidez. Descansar un poco de ti me hace bien, pero el tenerte desprotegida me carcome los sentidos y me llena de culpa por no estar a tu lado, siendo lo mejor de mí, para ti.

Día 32

¿Qué quieres de mí ahora?

Día 33

Historia favorita: nuestro día era el miércoles, entrabas un poco más tarde al trabajo y podíamos quedarnos en cama un rato para conversar de tus sueños. Te pregunté, ¿por qué quieres conocer Madrid con tanta insistencia? Me contaste que a tus doce años leíste una trilogía romántica que se desarrollaba en aquel lugar, te obsesionaste con la descripción de los lugares que allí leías, el clima, las calles, un café en especial que se nombraba todo el tiempo, el amor que sentías de solo imaginarte respirando en ese árbol con flores amarillas esparcidas a su alrededor. Desde ese momento te negaste a buscar información de Madrid, me decías que tenías que conocerlo en carne y hueso, que no había manera de dañarte la sorpresa de vivir tu historia por medio de fotos

o experiencias ajenas. Yo solo te escuchaba deslumbrada, tus ojos brillaban y eso era todo lo que quería sentir: tu pasión al hablar y compartirlo conmigo. Lo logramos, conocimos Madrid de la manera que añorabas desde los doce años e hiciste tu propio álbum de experiencias compartidas con tus libros, tus propios recuerdos, tus propias emociones al desbocarte en un mundo completamente nuevo en el que solo tenías que ser tú, conmigo. Todo tu amor era para mí, esa era mi recompensa por la felicidad que desprendía de tu cuerpo.

¿Y ahora qué?

Soy la responsable de tu felicidad, la que cada día llena esos ojos de brillo. La que lee tu mente para complacerte. Ese Sansón que tomas cada noche antes de dormir. El alba que te despierta y la luna que te acobija. La fantasía que pensaste no cumplir. Soy ese primer beso que se convirtió en último. Ese amor que nunca vas a olvidar, porque nunca me voy a ir.

¿Por qué? Porque estamos destinadas. Cómo gustes tú: por las buenas o por las malas.

Día X

Confieso que eres mía, únicamente mía.

Confieso conocerte como nadie más en este pequeño grano de existencia.

Confieso que estás enamorada de mí, que me amas y me quieres a tu lado

Confieso este amor invasivo que suplicas cada día.

Confieso que mi vida entera gira en torno a tus mejillas.

Confiesa tú, ahora, que soy yo la mujer que te da todo,
esperando de regreso un simple “te adoro”.

El universo lo pongo ante ti, no me condenes.

Tú, solo ámame.

Última vez

Ana Elena Builes V.

Me gustaría haberlo sabido desde el momento en que nos conocimos. Te vi por primera vez en el Bar de la Calle 7, sentado al otro extremo de la barra. Llevabas puesta una camiseta de *The Beatles*. Durante los tres primeros encuentros no me hablaste; solo llegaban cervezas a mi esquina. Nuestro primer baile terminó en la cama. No dijimos nada. Debiste haber hablado. Siguieron nuestros encuentros en el mismo bar y, casi siempre, terminábamos en la cama de cualquier motel. Poco hablaste de tu familia y de tu vida, no recuerdo si en ese primer año nos contamos qué hacíamos, pero disfrutábamos el juego de encontrarnos casualmente y terminar enredados en la cama.

Los años pasaron. Terminamos viviendo juntos y seguíamos jugando a encontrarnos casualmente en el mismo bar y huyendo a cualquier cama, todos los viernes. Poco nos veíamos en el día y en las noches todo era un baile, un forcejeo constante, una disputa, una conquista. Debí darme cuenta, debí sospecharlo, pero me entretuve tanto jugando a Eros y Psique, a Píramo y Tisbe que no vi señal alguna. Tú tampoco dijiste nada.

Un par de años después, cuando ya el juego era otro, caminé por una habitación desconocida, mientras tenías los brazos conectados a tubos llenos de morfina y otros placeres que te mantenían dormido. Escuché las alarmas, a destiempo, de las máquinas que intentaban registrar tus signos vitales. El tubo que te atravesaba la tráquea dejaba pasar un silbido sin tono. Tus manos heladas apenas sostenían una camándula de plata. Sábanas blancas cubrían tu cuerpo. Sugeriste una sonrisa. No podías hablar.

Un jardín de canastas rodeaba tu cama. Quise acostarme a tu lado. Recordé nuestras noches sin sueño y sentí mucho miedo. La luz blanca llenaba la habitación. Sin embargo, me sentí tan sola que quise salir corriendo. Pero algo me mantuvo de pie junto a tu cama. Debí de haberte dejado. Lloré en silencio. Uno a uno vi desfilar a tus hermanos, te abrazaban mientras me miraban fijamente a los ojos. Lloraron en silencio. Sus ojos buscaban mi perdón. Debieron habérmelo dicho.

Una sirena distante. Las alarmas disonantes. Un silencio. Quise salir corriendo. La camándula de plata se deslizó. Las máquinas emitieron un estruendo continuo. Entraron a tu habitación. No quería irme de tu lado. Una lágrima solitaria recorrió tu rostro. Nos sacaron de la habitación. Todo era silencio afuera. Adentro: caos. Presionaban con fuerza dos placas metálicas y heladas sobre tu pecho desnudo. Juro que escuché cómo se te rompían los huesos. Vi tu cuerpo sacudirse por última vez.



Falacias del éxito



Fallacies of success

Sandra Restrepo Ramírez

Success: An evanescent bit of happiness.

Ok, being successful means what, exactly? Having lots of money by the time you reach 30? 40? Who decides that age? We always try to act based on the standards imposed by others...it seems inevitable. But I come back to my question: What does it mean to be successful? Have your own house or apartment? Having a steady job in a nice place? Does it mean to be happily married and have 2.5 kids? (0.5 being a dog because, as wonderful as cats can be, I feel they are too independent to be considered almost children).

Does it mean to have a nice car or live in a “classy” neighborhood? Is it living in a nice place on the inside as well as the outside? As children, we used to think that at 30, you were supposed to be “a successful adult” but why? Maybe for some of us, it was an example set by our parents. By this age, they had already had their kids, they had already bought a house or apartment and they had already been working a steady job. Is this where this success pressure comes from?

Does it mean to have “made it” professionally? Is it the steady job at a “respectable” location by the time you’ve reached a certain age? Or is it to have all that AND the very coveted masters’ degree? Or does it also include the ever wanted –and incredibly yearned for Ph.D.?

Fame and recognition are as important whenever describing success. It would be quite interesting to find out how many people associate these words because I feel these three words go hand in hand. Fame and recognition mean lots of things in this world, do the latter mean that I also need to have published a couple of books? Research papers? Should I be a researcher type A or B or whatever the fuck the highest rank in Colciencias is?

Is it being pretty, having lots of money, and not having to do anything because you’ve already bought/inherited an apartment? So, let’s say you are part of the 1.7% of Colombia’s “privileged” population and were born with

these attributes...does being successful mean to keep that? Getting more things? Is it the massive acquisition of tangible objects that should define my success? When does it mean success? When I have a big pile of this overconsumption that Bauman reminds us of in Liquid Modernity?

Does it mean to marry someone handsome/attractive? Does it mean not to have any eating or mental disorder? But, let's not be cruel, at least not just yet. So how long is this "thing" -and I'm going to call success a thing because the more I think about the word, the more I dislike it- supposed to last? Is this shit supposed to be timeless? I think we've all heard Hector Lavoe sing Everything has an end, well, isn't success supposed to end too?

Now success is not all bad -pride, confidence even strength, and resilience are all beautiful outcomes that arise from success -. Successful people reflect these traits as people make them feel good about themselves for having become successful. Once you're successful and have awards, novels, books published, is that it? Can you stop? Or do you suddenly become a has-been? Can you take a break? Or do you need to keep up with these impossible standards of perfection all the fucking time? Can you breathe or even fart? When is it "enough"? When do all these expectations from others towards

When I watched Tick tick boom, I have to tell you, Jonathan Larson understood the pressure of success so much, and he didn't even have time to see it – yes, this is cruel, but "Rent" became his most significant success, and he didn't live long enough to live through it. It seems success only lasts when you're dead. Is this what success is all about? Van Gogh, Monet, Poe, Dickinson, Keats, and Plath –to name a few- were posthumously successful, do I have to be dead like them to be successful? Should we end it like they did so as to achieve "real" success? Is success achieving something that otherwise I never would have during my lifetime? How high does that bar have to be so you can finally reach it?

Finally, I can't help but wonder who makes you a successful person. Is it your peers? Professors? The general public? Your mom and dad? Your YouTube or Instagram followers?

Please help me define what success is, because similarly to Larson, I feel success can be a ticking time bomb, if it's supposed to happen, it just explodes and ends, thus ending your life, either making it an immortal success or making your career a "one-hit wonder" or making you a has been.

El hastío de mi humanidad

Danny Jean Paul Mejía Holguín

*Cuando el cielo bajo y pesado como tapa
sobre el gimiente espíritu, anegado en su tedio,
y cuando el horizonte se cierra como un círculo
de sombra que nos trae la noche sin remedio ...*

Baudelaire, 2018

Durante el tiempo que llevo aquí, queridos profesores, me he tomado el atrevimiento de llevar a cabo saltos de riesgo que la filosofía quizás no permite, sin embargo, me dejo llevar. He aquí mi propuesta de una lectura de un fragmento de la obra de Lucio Anneo Séneca, sobre la serenidad. Nada más valioso que el sentido de la vida misma y encontrar un *decálogo* que nos forme y nos evite algunas experiencias que no deseamos en el alma, pero que están allí y permanecerán en lo que hacemos. Nada ni nadie nos quita lo bailado, podríamos afirmar; pues es necesario resaltar que, desde el origen, este que ves, ha sido un afortunado, no ha tenido grandes cambios en su vida y ha mantenido la fugacidad del ser como lema. En los tiempos de hoy nos han dicho que para ser humanos debemos tener tiempo, dinero, felicidad, finitud, amor, la muerte, poder, éxito y ocio. Sin embargo, ¿qué es todo eso que nos han parametrizado?

El enojo no ha sido una constante, ¿me faltara un poco más de ello para fortalecer la recordación? Siempre he tenido presente que para amar solo se necesita sentir y poder elaborar desde allí lo que reconozco como amable, amistoso, amado, amigo, amá, amistad; pero para el odio, es necesario, todo el tiempo, recordar el objeto indeseado; levantarse cada día con la idea fija de que eso es lo diferente, lo odiado, lo divergente. Debo enfatizar que, ‘enemigo’, también proviene de la misma raíz etimológica de ‘amigo’, entonces aquel que tiene a ambos los ha sabido amar en un primer momento. ¿Será necesario entonces el amor y el odio como motores de la vida? Si es así, ¿voy cojeando al no instaurar este último en mis prácticas?, ¿qué tanto tiempo habré perdido?

El tiempo no me alcanza, cada día hay más que hacer y hay menos tiempo. Cronos cumplió con su cometido: consumir a grandes bocanadas a sus hijos, digerirlos y mostrar con cada engullida que el poder no lo tiene aquel con el rayo en la mano. Nos hizo soñar con que no existía y permaneció entre nosotros para recordarnos que nada más sabroso que atragantarse de nosotros, para que creamos que las cirugías, el bótox y la crema C de Ponds nos evitará su llegada; pero, al contrario, solo nos estamos condimentando para él. Así como cuando te ofrecen pimienta en la pizzería o te dan parmesano para tus pastas favoritas. “La aceleración actual tiene su causa en la incapacidad general para acabar y concluir” (Han, 2015, p. 14). Admiro a las personas que llegan tarde a su muerte o que llegan más temprano. Sin tiempo, ellos son los verdaderos serenos de este lugar. ¿Qué hacer con el tiempo perdido? ¿Qué hacer para perder más tiempo? ¿serán lo mismo “matar el tiempo” y “el tiempo muerto”?

El dinero no me es suficiente. Soy un hombre con dinero en las cuentas de ahorros o de a-robos, no sé. Tengo un trabajo en el que no me pagan lo que invierto, pero que me satisface el alma con cada sonrisa o chiste malo celebrado por pena o por un 5.0. Puedo decir que no gano un salario mínimo, pero que conozco instituciones que pagan hasta tres veces aquello que hago. Pero pienso en la fugacidad y me devuelvo al asunto que elaboro, no hay necesidad de más, la justa moneda para el pan y el ingreso al circo, que en mi caso se debate entre una salsa y una proyección cinematográfica ¿cuánto dinero es suficiente para ser feliz? ¿Ser feliz? ¿Se reduce entonces todo a esa condena de la ignorancia?

“Nosotros hemos inventado la felicidad” (Nietzsche, 2022, p.9), dicen los últimos hombres, y parpadean. Este es un guiño indudable que nos hace soñar con la utopía de la felicidad, la cual lo único que hace es hacernos infelices: nos propone una búsqueda constante, una promesa inalcanzable y que, como los mejores animales que somos, nos va mostrando la vianda favorita para que la sigamos sin detenernos. Algunas veces es el dinero, otras veces una cintura ajustada y unos rizos que no son de oro y la infaltable promesa de un futuro. Todo esto en una cinta de Moebius, rutinaria e infinita que solo nos cansa, una sensación que sentimos desde la partida y que asumimos como un reto.

Nos damos palmadas en la espalda para poder impulsarnos en esa injusta indagación que no llegará a ningún lugar. ¿Existe entonces el fin? ¿Habrà un lugar en el que nos esperan? ¿Hay alguien que ha llegado a ese lugar? ¿O solo

somos nosotros creando eufemismos para no reconocer la fatídica verdad? No hay nada más allá.

Aparece un tema más, a veces una gran mentira, el amor. Nunca nadie ha dicho una verdad sobre él. Todos vamos por la vida recorriendo diferentes caminos y sumando experiencias que nos iluminan acerca del tema. Creemos en el amor incondicional de la madre, hasta que en las noticias vemos titulares al respecto de aquellas que matan hijos; Medeas que en actos de ego e ira olvidan que se vanaglorian de amor infinito. Entonces me pregunto ¿es la muerte la única salida al amor? La literatura lo ha demostrado hasta el cansancio, y si esta es una historiografía de la humanidad, está más que justificada, pues no sabemos nada de la muerte. Por eso inventamos tantas opciones y versiones de ella, tal y como lo hacemos con el amor. “Un poder más en esta insignificante vida, un dispositivo dirigido hacia el futuro” (Foucault, 2002, p. 119) ¿Qué es eso que observamos en esos bellos ojos profundos que son nuestra perdición? ¿Qué es lo que ha inspirado a tantos para escribir tratados de amor y muerte? ¿Es tan estrecho este vínculo que vamos muriendo de amor y amando en la muerte?

Nos sentimos poderosos de hacer lo que deseamos. Nos impulsa la vida y nos dice que el poder es el fin último. Todavía creemos que la gente busca nuestro bienestar y votamos para ceder el poder y no llevar la responsabilidad de todo el desastre. Hacemos señalamientos contra la izquierda y la derecha, como si solo ellos fueran culpables del horror, sin sospechar que somos nosotros los verdaderos responsables, pues callamos las atrocidades de un lado, del otro y del centro, volteamos la mirada al otro lado. Aunque veamos los juegos de la prestidigitación, tememos reconocer las glorias del otro y nos pavoneamos con sus fracasos.

Además, “en los peligros más grandes, cuando vienen tiempos de tempestad, ya sea en la guerra o en la enfermedad, a los que mandan en tales situaciones los hombres los consideran como si fueran dioses, pues esperan de ellos su salvación, aunque no se diferencien en otra cosa que en el saber.” (Platón, 1973, p. 268) Pensamos que ganamos batallas como si estuviéramos en guerra, olvidamos que la historia ya nos ha dicho que no hay ganadores en ningún conflicto. El poder ha sido siempre una manera de los débiles, solo el fuerte sabe que no hay virtud en él, que esta se halla en ayudar al otro y no en destruirlo. ¿Qué es lo que mueve al hombre en la búsqueda de poder? ¿Serán el hambre y la ira los motivadores de esta pesquisa? ¿La intriga instaurada de ser exitosos que nuestra familia impuso? O ¿El destino que nuestros padres nos impusieron?

Batallamos por el éxito, tratamos de desarrollar día a día los parámetros de los demás. Qué piensan los demás y qué puede ser suficiente para todos aquellos que nos miran con ojos expectantes. Un día decidieron por nosotros que podíamos ser doctores, magísteres, especialistas, profesionales, y así lo creímos. Nos fuimos dando tumbos por la vida, golpes que nos direccionaron hasta aquí para dejarnos con la voz entrecortada y sin aliento. Hago esto para que mi madre me pregunte con cada toga, ¿de qué nos vamos a graduar hoy mijo?, y seguir adelante dándole la satisfacción de vestir birretes en cada ocasión. Sin embargo, tengo claro que mi placer no es el título, es la oportunidad de compartir mis lecturas, decir a cada paso, lo importante que es lograr un libro más, una lectura más, una comprensión más. Pues, “las oportunidades perdidas forman parte de la vida igual que las oportunidades aprovechadas, y una historia no puede detenerse en lo que podría haber sido.” (Auster, 2015, p. 145). Y de nuevo nos remitimos a todo aquello que la gente nos dice que deberíamos estar haciendo, no se dan cuenta de que la formación lingüística de este asunto es un condicional progresivo, ¿qué pretenden?, ¿que viva un mundo de ilusiones para satisfacer su propia condición progresiva? Estoy seguro de que cada uno ha hecho de su vida un deseo de otro y que al final solo se busca que otros satisfagan nuestras ambiciones de éxito.

Me exilio en el ocio, trato de llegar a otro estado en la serenidad en la que a través de mis medios logre estar cerca de la virtud, en tanto no me perturbe lo inalcanzable de los parámetros de los demás.

“Cuando a mi espíritu, nada habituado a sufrir embates, algo le sucede; cuando le ocurre algo indigno, como tantas cosas de la vida humana; cuando algo marcha no tan bien; o cuando situaciones poco dignas de consideración me han exigido mucho tiempo, me refugio en el ocio y, tal como sucede también a los rebaños fatigados, mi paso hacia atrás es más veloz” (Séneca, 1994, p. 279). Me escapo a la primera oportunidad, pues me han enseñado de tantas maneras que la única manera de ser exitoso es fracasando, que me he creído el asunto y hoy no puedo más que huir, darle la vuelta al amor, al poder, al éxito, al enojo; es más cómodo retroceder que permanecer en el ejercicio de ser.

“Somos débiles para soportar cualquier cosa, no aguantamos el esfuerzo, ni el placer, ni a nosotros mismos, ni ninguna cosa durante mucho tiempo” (Séneca, 1994, p. 284), y nos preguntamos por la serenidad de las cosas que buscamos constantemente, pero no nos damos cuenta de que siempre estuvieron allí, en el Mua Mua de tu mejor amiga, en la mirada sincera de tu

amigo, en la bendición de la creyente de tu madre, en la sonrisa de tu hijo, en los ojos de tu amada, pero, sobre todo, en la sinceridad de la voz de tu ser, esa que determina no solo el camino sino tu transformación, formación y deformación.

Ahora, es notable que Sereno no haya obtenido respuesta de su gran maestro. Llegó buscando medicinas para el alma y pidió ser escuchado —quizás sin un público como el mío el día de hoy—, deambuló por lugares conocidos, pensó que estaría, al igual que yo, frente a la iluminación de sus maestros, para encontrar un camino a seguir, una manera en la que pudiera responder a todas sus preguntas. Por eso, ahora, hago una petición: ustedes, maestros, por favor no dejen este mensaje en visto, pues quizás el de Sereno es el más largo de los mensajes pendientes. Han corrido muchos años entre su conversación y la no respuesta: el desdén de Séneca ante las preocupaciones de Sereno.

Es posible que no tengamos claridad alguna al respecto de la vida, no sabemos qué hace parte de ella y no sabemos qué buscar, sin embargo, la serenidad propuesta por Séneca, nos da una luz, una menos tenue que la actual, una que no solo corresponde al clásico, pero en el que podemos encontrar un acercamiento a la falacia del éxito. No soy quién para decirles qué o cómo actuar, pero quizás los grandes maestros tengan una voz a la que podamos acudir en los momentos más oscuros.

¡Que alguien mate a ese pájaro!

Salomé Reyes Jaimes

No le gusta la palabra 'éxito', prefiere llamarlo 'placebo', y actúa así en su burbuja explosiva. No se siente exitosa, y el pajarito que le canta en las mañanas, mientras a ella le truenan los huesos al estirarse, se lo sostiene. El pajarito se ha dedicado a revelar entre canto y canto el plan macabro del éxito. Le teme. El temor hace que le suden las manos, le sudan las manos de no saber cómo desmenuzar el éxito, le sudan las manos de no querer éxito en su vida. Ella quiere placebo. Y ¿qué es el placebo en ella? El caos del amor. Alimenta ese placebo con dosis de amor. Las dosis cambian de tamaño, de color, de olor, de forma, de textura, de sabor. Por suerte tiene el don del asombro y por más ordinaria, diminuta o folclórica que sea la dosis que se desliza por su cuerpo, en ellas encuentra amor.

El pajarito que le canta en las mañanas, mientras a ella le truenan los huesos al estirarse, en ocasiones explota su burbuja con serenatas llenas de perversidad: algunas de sus canciones dibujan matrimonios rodeados de pequeños y sudorosos niños que corren tras una pelota; a veces dibujan ancianos depravados rodeados de dinero, dinero y más dinero, dinero exhausto de trasnochar entre pechos de mujeres curvilíneas que bailan para ellos; en ocasiones dibujan habitaciones grises en donde solo se ven cuatro paredes a reventar de papeles enmarcados. Cuando el pajarito dibuja tanto alboroto, le sudan las manos. Cuando el pajarito le canta con tanta rigidez, le sudan las manos. Cuando el pajarito le baila sin ritmo sabor dulce, le sudan las manos.

Bienaventurada ella, ella como placebo, placebo como medicina, medicina de caos, caos de amor. El amor en los brazos peludos de un hombre cálido que la abraza por las noches, el amor en las carcajadas que lanza su séquito, el amor de sentir en sus mejillas el último rayo que el sol le regala antes de irse a dormir, después de tener un agotador día siendo luz, el amor de menear las caderas al son de una canción vieja que pensaba nunca volvería a escuchar, el amor de sentirse recompensada a sí misma después de un imposible que hizo

posible, el amor que nace de su lengua hasta cerrar los ojos mecánicamente para gozar una fresa fresca, el amor de sentirse humana e imperfecta, torpe y caótica. El amor del pajarito que le canta en las mañanas, mientras a ella le truenan los huesos al estirarse, y se va repitiendo en voz baja que el éxito está ahí, en su burbuja de placebo.

I am nothing but what I am

Juan Diego Martínez Marín

I am a tiny dewdrop on a leaf of a plant,
I am the echo of birdsongs,
I am the sobbing that comes from my bowels,
I am Romeo and Juliet t the same time,
I am the ephemeral smile of the child,
I am an eternal desire,
I'm a boy who falls in love with every beautiful woman,
I am the line of a hand but its fate,
I am the night mysterious,
I am a poet without poems,
I am the cobweb in that corner,
I am the chimes of the 6:00 am. mass
I am the song that nobody wants to hear,
I am an orgasm that has not flown,
I am my death stock on an avocado tree,
I am my life or what I think it is,
I am the sex niche that awaits for a victim,
I am the dreamer of my dreams,
I am the liquid love of all my liquid lovers,
I am the fear of existing,
I am the weep of my soul,
I am you and sometimes I am me, I also try to be her,
I am the courage and the resentment.
I am hungry of lonesomeness,
I am the puff of smoke coming out of a close mouth,
I am the midnight heartbreaking cry,
I am the yellow flower on the tombstone.
I am the tombstone.
I am the dead.
I am the wet earth.
I am a particle.
I do not breath any longer, so I realize that I am nothing.

Disappointment, the idea

Santiago Mejía Álvarez

Success, what a word. Actually, I don't want to talk about your idea of success, maybe, just because you never said one. That's why I ain't going to help you with any ideas of whatever you're looking for. I'm just here to complain about what is happening to me these days:

I know I am not the first one to feel like this and, obviously, not even the last one. Probably, you can share this feeling with me, but right now I am disappointed, of me, my actions... my life, probably, but I don't want to think that deep right now. You will say: "why? You're so young, your real life is just starting and you're already crying", yes, so, what? You don't even know why and the first thing you do is judge.

I don't know how to communicate in English, curious. But no, this text hasn't been written in Spanish and then translated to English, it doesn't have THAT importance to me to waste my time like that. The thing is that I have been warned that I must recover my English level, that I must keep practicing and present and, obviously, pass this test that proves your skills to be considered as a bilingual person, at least for the university. I'm at my lowest right now, and actually, I thought that it was not going to be necessary taking back your ideas but, yes, I think this is just the result of the useful concept of being successful.

Believed or not, I feel pretty bad about it: I feel I'm disappointing myself, my dad, those that think that I'm so close of being native C1, and I know the general idea of all of this is please the rest, not me, but deeply, in my mind and heart, this thought still alive: "I know it could be better, I know I could be better".

It's endless and I'm just crying, begging for that smile on their faces, of those I love, that finally tells me that yes, they are proud of me because I could PROVE TO THEM that I know English.

Stupid useless idea. Disappointing.

Don't spoil it

Valeria Torres

Please, dearest, don't spoil it, don't ask. Have you ever met a successful person? Think before answering, and be honest. Have you? We all indulge in these sublime feelings of completion when we encapsulate success in a couple of words, descriptions of fullness, or achievement. I for one, fear reaching success as we tend to see it since once we reach our peak there is only one way to go now. Plus, when there is nothing else to try and reach, are we free from wanting, hoping, and dreaming? What is there to look for then? You know well that time is a human invention, what does the universe care if we get a degree at 23, have children before being 40, or boil out our brain cells by consuming way too many drugs instead of going to high school? It's okay, dear, just don't ask.

Going through depression has made me less appreciative of dreams and hopes, and desire best the calm of not being in the darkest times. Not being there. That's how one may manage to free oneself from the pressure of success and happiness, delusional hope of being on top when it is all so unstable. Happiness and success lost all worth and beauty after the second time I got into bed for too long, after having stopped taking showers, brushing my teeth, checking on my loved ones... It started sounding like too much to pursue when I was told I should at least keep myself alive, then, it all changed. Now I think it did for the better, who knows what I will think next time I'm there.

As vague, abstract, and boring as the discussion on happiness, success is a thing simply because we can all seem to see it and never possess it for long enough before we can ever define it; and we don't need to, or shouldn't wish too hard on it. But mind I am no one to ask this to. I haven't called myself successful but I admit I am gifted the privilege of not caring, so what else can success be for me but living whatever life I do without worrying about having won or lose, being up or down? I just navigate through it as I can and thank it hasn't got any darker or lonelier. Or am I hopelessly quitting the game? Am I one of the losers? Say it dear, it's okay to say yes.

El Culebrero

Erika Jaillier Castrillón

Arrímese, pues, venga pa'cá que yo le tengo la solución...

Dama, señorita, caballero, acérquese porque este frasquito, ahí donde lo ven, tiene el secreto de los antiguos sabios, de esos consejeros de monarcas, de emperadores de antaño en el lejano oriente. Este frasquito es el elixir del éxito metido en una botella. Así como lo oye: es el cumplidor de deseos. Mejor que el genio de la lámpara, mejor que un hada madrina, mejor que rezarle a san Judas Tadeo pa'que le ayude...

En este frasquito está encerrado el arcano líquido de los dioses, la piedra de los alquimistas...

Vea, es que esto es mejor que un “quereme” para el amor, el mejor que un “amarre” que otros por ahí le pueden ofrecer. Es más poderoso que el más efectivo de los sahumeros. Es mejor que un baño de ruda porque esto sí le cumple lo que usted le pida. Y yo le vendo el frasco con la receta.

Es que, vea, pruebe sin compromiso: si usted se echa unas goticas por detrás de la oreja, suser amado va a caer rendido a sus pies. Sí, como lo oye, es que yo no digo mentiras: unas goticas y lo quieren a usted pa'toa la vida. Más todavía: si usted se echa las goticas en las muñecas, todo lo que usted quiera del mundo material: plata, poder, fuerza, se le da automáticamente.

No, yo no exagero, caballero. Venga le cuento: este frasquito se lo di yo a la Lady Di por allá en la India en uno de sus viajes y ella se lo untó como le dije, detrás de las orejas y, mejor dicho, quién no la ha querido y quien no la quiso a esa mujer. ¡Todo el mundo la lloró!

¿Y le digo quién se la echó en las manos? Pues el tal Jobs, a ese tipo también le di yo un frasquito y ahí está... Pa' poderoso y él, ¿o no? Dígame, pues...

Vea, es que no le digo más porque va a creer que le estoy echando cuentos y carretas, pero el tal Mercury lo recibió de un familiar cercano que tenemos en común, y le dieron dos goticas, solo dos pa' que se las tomara. Y miren,

pues, la verriondera de voz tan poderosa que tuvo el tipo ese... Mejor dicho, es el máximo de los prodigios, y con solo unas gotas de este maravilloso frasquito.

Eso sí, y ojo con lo que le digo, no se puede echar este edénico perfume todo de una, porque es tan poderoso que es capaz de matarlo de la dicha. Ahh, y tampoco puede exagerar con las dosis porque vaya usted a saber cuáles son sus deseos más profundos... ¡sépalos y entiéndalos, pues!

Señor, señorita, dama y caballero, no se me vayan, que les tengo la prueba pa'que me crean... Aquí mismito en Medallo le cuento un caso... En los setenta le di un frasquito a un muchachón que se llamaba Darío Gómez... Ome, él se tomó una gotitas y se echó otras en la nuca... ¿Usted no ha visto, señorita, todo lo que lo lloraron por su muerte? Es que cantaba bueno el hombre, pa'qué, y lo quería mucha gente.

Eso sí, el frasquito no quita la muerte, esa sí nos llega a todos por igual. Ni yo me libro de esa verrionda pelona, esa siempre llega, y muy puntual...

Las utopías del éxito

Brigitte Vanessa Afanador Gómez

Desde el segundo en que llegamos a este mundo, dedicamos nuestros días a la búsqueda de lo que nos dé tranquilidad. No me atrevo a caer en la infructuosa opinión pública de que siempre luchamos por nuestra felicidad, pues esta es llanamente una certeza más; hoy no vengo a motivar a nadie, solo deseo darle cierta crudeza a lo que todos esperan escuchar cuando se habla del éxito.

Yo le doy presencia al personaje principal en cada espacio, sin importar la hora o la compañía, porque creo con misticismo que, a todo y todos se les debe dar, como decimos coloquialmente, “su cuarto de hora”, donde a flor de piel demuestren de qué están hechos. Empezaré por las emociones: el estar dispuestos a sentirnos tristes, alegres, airados, asustados, preocupados, enamorados y mucho más; donde las emociones dejan de ser jerarquizadas desde lo negativo a lo positivo (o viceversa), donde el llanto se disfruta, porque se reconoce que el alma existe, donde el amor se protege, pues se entiende que el corazón y el cerebro se han dado la mano; y donde se comprende que si hay ira es porque sentimos que nuestro amor propio ha sido lastimado.

Por ello, cada emoción tiene derecho al éxito, a ser comprobada en carne propia, a ser tema de conversación en donde la edad esté de más... cada emoción tiene derecho a existir. Porque, básicamente, de eso se trata el éxito, de existir. Con ello no quiero adjetivar a los suicidas por fracasados, prefiero limitarlo a “impulsivos y dominados”, pues el sufrimiento los llevo a darle fama precoz a la Muerte.

Por otro lado, tenemos a quienes nos rodean, quienes entran en nuestra vida por voluntad o por manipulación: siendo racionales, las personas que no llegan a nuestra puerta por interés, lo terminan haciendo gracias a nuestro vigor, con el cual tentamos a los otros a sentir curiosidad, agrado y excitación por quienes somos. Y hasta aquí, *grosso modo*, podrás identificar las múltiples probabilidades con las cuales percibir el éxito.

No obstante, hablaré del éxito al que me apego... o el cual no me quiere dejar ir. Es decir, las pasiones se apoderan de mí más de lo debido, no solo por el romanticismo con el que se puede disfrutar de un parque, una primera cita o una mirada penetrante pero encubierta, sino también porque me veo en la necesidad de aludir a las pasiones desde lo que la *philia*, el ágape y el *eros* han significado para mí: el éxito de amar y ser amada ya ha sido una travesía cumplida en la que ser atenta y querida con alguien ya ha sido experimentado. También el entregar lo más íntimo de mis antojos ha sido regalado.

Pasiones que evocan a los vicios, trayendo el éxito de complacer a alguien respecto a las expectativas que tenga de ti, conseguir alegrar cada pequeño instante de quien creías imposible sacar una sonrisa a media noche, llenar de placer a quien con fervor atiende a tus insinuaciones candentes... hacer que alguien piense en ti, incluso, cuando ya no se esté escribiendo una historia entre los dos. Ahí está el éxito de la vida, más allá de lo material y profesional...

El triunfo más sensato de la existencia es la medida con la cual aprendemos a vivirla. No solo llenando de colores tus días, como en los cuentos de fantasía, sino también aprendiendo de los altibajos y las experiencias que el sol y la luna te traen, dándote plenitud cuando subsistes en la melancolía de extrañar a quienes han abandonado su último respiro en este mundo. O cuando subsistes en el clímax de tu mejor beso o cuando, sencillamente, subsistes al tormento por rescatar aquellos días en los que unos lindos ojos verdes te hablaban de lo distópico de caminar por la vida.

Memorias

Shirley Viviana Cataño Pulgarín

Me agota. No hay otra manera de expresarlo. Cada día lo mismo. La gente no rinde, no resuelve y termina haciendo mal su trabajo, lo único que, se supone, los dignifica. Soy una persona racional y muy inteligente. No considero las emociones como brújula para las acciones humanas.

Yo sé que tengo que hacer: soy excelente en mi trabajo. Estoy al día con mis cuentas; voy cumplidamente al médico; cuido mi dieta; hago ejercicio; visito a mi familia; paso tiempo con mis amigos y estoy al día en mi trabajo. Soy fuerte, vital e indispensable para mi organización.

Siempre he sido así. Consigo lo que me propongo. Sabía que me graduaría con honores y fui el mejor; estudiaría en la mejor universidad, que cada año es ranqueada entre las mejores del continente: solo los mejores pueden egresar de allí; no como esas otras universidades en las cuales sus políticas flexibles de admisión desordenan el orden natural de las cosas: unos nacieron para mandar, tener poder y otros para ser mandados y obedecer.

Esas son cosas que públicamente debo callar, pues lo políticamente correcto me obliga a disimular. Pero es agobiante. El mundo sería más tranquilo, ordenado y progresaría si cada uno se limitara a ocupar su lugar. Esos seres inferiores que reclaman sus derechos no se dan cuenta de que sus actos son contranaturales. En el fondo, el anhelo de las masas es tener un líder como yo: que les dé orden, seguridad, tranquilidad y, sobre todo, que les diga qué hacer para evitarles el agobio de pensar.

Ahora, es importante que les quede bien claro lo que pretendo decirles. No soy una mala persona. Esas valoraciones morales son obsoletas para lo que pretendo hacerles entender. Lo frustrante es que, posiblemente, no lo entiendan. Ser exitoso implica cargar la mirada envidiosa del incompetente.

En mi vida he conseguido todo lo que me he propuesto y tengo claro que eso genera envidia en los miserables que solo están esperando el paso por este mundo para ser recompensados por toda una vida de sacrificio. Eso me

enferma. Por eso, me necesitan: son tanto los que se fatigan, se impiden, se ponen trampas a sí mismos y se degradan fantaseando que son reyes destronados y andan por la vida culpando a los demás de su propia estupidez que, en el fondo, solo están clamando por ser liderados.

Todos los días me encuentro con más y más de esos seres ordinarios. Si mi abuelo viviera ni siquiera saldría a la calle, no soportaría la imagen que le devolvería la ciudad, cada vez más llena de gente. Gente que la daña, la ensucia; gente que camina sin ver, que va deprisa, que no se cuida, siempre enferma y, lo peor de todo, en cada esquina están ellos: los que piden, los que no se dignan a trabajar, los que hacen cualquier cosa por una moneda. Esos que vienen de tierras de las que nunca debieron salir. Llegan con el cuento de la expulsión, la guerra, la violencia. Puros inventos. Esas cosas no existen, son inventos de todos esos que solo quieren una excusa para no trabajar y ser parásitos de nosotros, la gente de bien.

El abuelo siempre me repetía: “Tu derecho natural es ser grande. Por tus venas corre la mejor sangre. Tu destreza es la colección de los más aptos. No estás para servir a nadie: estás para mejorar este mundo decadente. Todos los medios son válidos si son para este fin. Nunca pidas permiso ni perdón”.

Cada mañana, despierto a la misma hora: cinco de la mañana. Son seis horas exactas de sueño. 30 minutos de cardio, 10 de yoga. Primer batido del día. Lista de actividades claras. La imagen proyecta grandeza, por eso ningún detalle se deja al azar. Siempre de traje, zapatos de diseñador y nunca sin reloj. La administración del tiempo es la clave del éxito y ese prodigioso invento es la prueba fehaciente de que somos la especie superior. Claro está, que cada especie tiene su eslabón más débil, aquellos que la van contaminando, la ventaja es que la misma naturaleza se va encargando de darles su lugar, establecer su tiempo de duración y el lugar que deben ocupar para que los mejores, como yo, podamos desarrollar todo nuestro potencial. Ganar lo es todo, absolutamente todo.

Aclaro, no soy supersticioso y no creo en poderes que están más allá de mí mismo. Ese cuento de seres superiores es de débiles morales, de esclavos de sus pasiones, de esos que anhelan que les marquemos la ruta. Sin embargo, nosotros, los pocos que damos orgullo a nuestra especie, sabemos reconocernos y estamos en la obligación de potenciarnos. El hecho es que el éxito en la vida es igual de importante como compartirlo con la gente, pero esta clave no se comparte con cualquiera, solo unos cuantos son los elegidos. Pasar el secreto requiere de una forma de apadrinamiento. Quienes llevamos

más tiempo en este mundo, como en mi caso, que estoy en la cuarta década, tenemos la obligación de legar nuestro conocimiento. Una forma, son estas memorias, pero, el analfabetismo funcional es una epidemia que corroe esta decadente sociedad, no creo que sean suficientemente valoradas. Otra forma, es diseñar y ejecutar estrategias de fortalecimiento para los pocos llamados a mejorar este caos. Esta opción, tampoco es para mí. La proliferación de videos, cursos, diplomados, congresos, charlas de perdedores enseñando cómo ser más perdedores aún, es abismal. El truco del éxito de esos contrabandistas del éxito es crear eslóganes llenos de lugares comunes: que la clave para ser feliz es triunfar; que el error es el mejor maestro de vida; que el primero que debe creer es uno mismo; que el trabajo arduo es la ruta para el triunfo; que siempre se debe dar lo mejor pues, con metáfora agrícola incluida, se cosecha en buenos pastos y el trabajador es quien mejor producto recoge; en fin: que no es para cualquiera, que no es sencillo y por eso, solo uno cuantos lo logran.

Así, un montón de ingenuos, necesitados de mentiras que les eviten afrontar sus verdades, se pasan la vida siendo mediocres, no, más bien, siendo exitosos en la mediocridad.

Mientras escribo estas memorias, recuerdo el día que llegó a mi vida. Tomé el ascensor para llegar a mi oficina. Como tengo el hábito de llegar media hora antes, es una situación en la que nunca estoy acompañado. Cuando las puertas empezaban a cerrarse, escuché su voz: “deténgalo, por favor”. Deslicé mi dedo hasta el botón de abrir las puertas y lo vi. Era como verme en un espejo. Su presentación era impecable. Cada detalle milimétricamente cuidado, desde la cantidad justa de gel en el cabello, para darle ese toque natural que se mantiene todo el día; pasando por un rostro pulcramente afeitado, a un traje azul marino, camisa rosa palo, pañuelo gris bolsillo lado izquierdo. Curiosamente, no llevaba corbata, detalle que atribuyo a las tendencias de moda, más que a la ausencia de solemnidad de quien no la viste. Me miró y, rápidamente, apartó la vista. Durante unos segundos estuvimos así, hasta que rompió el silencio: “¿es usted X?” “Sí, un gusto”, le respondí. Estiré mi mano y estreché la suya con las dos. “Es un honor conocerle”, me dijo. “Vengo para una entrevista, siempre he querido hacer parte de esta compañía, desde que estaba...”, y así, siguió en un rápido monólogo en el cual destacaba todo aquello que yo sabía: hablaba de mi compañía, de los valores en los cuales la había cimentado y que eran la clave de su éxito.

A mitad de la mañana me informaron de la nueva contratación. Por el nombre, no supe si era aquel entusiasta del ascensor, pero los días siguientes

lo vi en la oficina. Seguí a una distancia prudente sus movimientos. Era organizado, puntual, resolvía situaciones magistralmente, se llevaba bien con los compañeros de trabajo. Era el primero en llegar y el último en salir, no se tomaba más tiempo del necesario para los espacios de comida y descanso. Pensé encontrar en quien legar mi conocimiento. Sin embargo, necesitaba ponerlo a prueba, lo que iba a darle era algo invaluable y debía estar seguro de que lo merecía.

En los días siguientes aumenté progresivamente sus responsabilidades. Durante la reunión en que le informé el asunto, elogí la labor que estaba haciendo y la necesidad de usar sus competencias para el posicionamiento de una de las sedes en una ciudad altamente competitiva de la cual solo se reportaban pérdidas. Si ustedes hubieran visto su rostro en ese momento, no tendrían cómo adivinar lo que pasó tres meses después. Pero, como la adivinación y el destino es el consuelo de los perdidos, este no es el caso y se los contaré:

La semana siguiente se dedicó a elaborar un plan de reestructuración de la sede, basado en el análisis de los reportes recibidos que señalaban, como causa raíz, un clima laboral poco propicio para el cumplimiento de las metas. La clave, como me lo expuso un día, está en hacer sentir como en casa a los miembros de la organización. “Según las cifras, el 80% de ellos se trasladaron por trabajo, lo que implica que la nostalgia...” Dejé que finalizara, aprobé las medidas que planteó y le di plazo de un mes para reportar el impacto de su estrategia. Ese fue nuestro último encuentro en la oficina.

El mes pasó y las cifras eran contundentes, la estrategia tenía un 70% de efectividad. Lo alenté a continuar, le di varios minutos de mi día para repasar los aciertos y desaciertos, le compartí estrategias de éxito y finalicé solicitando 100% de cumplimiento para el mes siguiente. Como buen motivador que soy, todas las mañanas, temprano, le llamaba para evaluar las estrategias del día, le repetía las claves del éxito y enfatizaba en los detalles para evitar fracaso. Al medio día, durante el almuerzo, le enviaba mensajes fortaleciendo la importancia de sus acciones para el logro de sus metas. Al final del día, cuando no enviaba el reporte de logro diario, le escribía solicitando la información y, en algunos casos, reforzaba la solicitud con un llamado telefónico. Cuando no respondía a tiempo, era enfático en la amenaza que esta acción implicaba para sostener relaciones de confianza con los demás.

Las acciones que mencionó duraron dos meses más. Reconozco que, en algunas ocasiones, fui severo ante sus faltas (no reportaba a tiempo, no contestaba a mis llamados, las cifras que no avanzaban de ese 70% inicial),

esto hacía parte de las estrategias de fortalecimiento de carácter que requiere todo líder y él, como yo, estaba para superar cada obstáculo presentado. Pero las cifras empezaron a bajar, sus excusas se convirtieron en quejas. Decía estar agotado, tener responsabilidades que se podían distribuir en otras dos personas y, producto de todo ello, irritabilidad, lo que estaba ocasionando problemas con los colaboradores de la sede.

Se estaba limitando. Solo veía problemas y le faltaba generar soluciones, tenía que resolver. Decidí ser más claro: ese 60% de cumplimiento, es el logro de los mediocres; lograr intervenir el 40% que te falta para lograr tus metas, es la clave de los ganadores. Le dije: “para ser exitoso necesitas incrementar tu confianza en tus habilidades. La productividad ha disminuido porque no visualizas la meta. La clave está en la optimización del tiempo: ¿Cuánto tiempo gastas en ocio, en horas de comida, en compensatorios, en salidas inútiles? Aprovecha tus tiempos libres para adelantar el trabajo: en la hora de almuerzo, en los días compensatorios. No dejes que otros te digan que te estás sobrepasando, ellos no tienen la visión. La empresa es exitosa porque cada colaborador la hace competente, de vanguardia, excelsa. Tú puedes adelantar informes en tu casa, en tus desplazamientos para el trabajo, estar siempre preparado, siempre alerta. Puedes proponerte como meta, por ejemplo, consumir tus alimentos en 10 minutos, estableciendo los 50 minutos siguientes de la hora destinada para tu almuerzo, en la evaluación de logros de la mañana y la proyección de actividades de la tarde. Cada que logres la meta, puedes aumentar o disminuir el rango de minutos que estableces para cada acción. No necesitas de otros que te digan cómo hacerlo: tú lugar es marcarles el camino. Todos tenemos cargas, pero unos cuantos somos los llamados a trascenderla. La disciplina, organización, proyección y ejecución son los pilares. Las cifras son claras: nuestra competencia ha incrementado un 20% de productividad en los últimos tres meses, al distribuir los horarios de comida en tres grupos: los que superan las metas, 20 minutos; los que llegan a la meta, 15 minutos; los que no alcanzan, 10 minutos. La clave está en la optimización del tiempo; si logras consumir tus alimentos y quedar satisfecho en menos tiempo, es porque identificaste la clave: evitar las distracciones. Así, una vez logras tu meta de comida por el valor del tiempo, estás listo para la ecuación meta por tiempo. Los indicadores del éxito los establece el compromiso. Usted tiene que cumplir con todas las tareas asignadas: ese es su compromiso y su responsabilidad. Aproveche sus tiempos libres para adelantar trabajo: en la hora de almuerzo, en los días compensatorios. Tú te puedes llegar un informe para tu casa: todos tenemos sobrecarga, a todos nos toca así; más que quejarnos, hay que actuar, comprometerse, salir adelante. Tienes un equipo de trabajo que lideras. No desarrolles cercanía con ellos,

eso no ayuda en el momento de dejar ir a alguno, porque sí, eso tendrás que hacerlo, si no cumplen, alguien más lo hará. Sé directo, claro; no adules, solo ve al grano”. Y finalicé mi discurso con una frase que me repetía mi abuelo: “Si no te comes al mundo, el mundo te comerá a ti”.

Después de esta charla, sus cifras aumentaron. Ven, no me equivoco. En cinco meses, logró el 100% de la meta y en los meses siguientes su desempeño llegó al 120%, superando las expectativas y pronósticos de logro. No voy a restarle su mérito, pero fue gracias a mí que logró ser de los grandes. Le informé que, debido a su éxito, sería reubicado y apoyaría otras sedes con dificultades. Les confieso, esperaba una respuesta jubilosa, un monólogo de agradecimiento por las oportunidades que le brindaba. Solo dijo: “sí, señor”. Respuesta nocturna: le llame un poco después de las 11 p.m.

Al día siguiente, recibo un llamado urgente, me informan que X estaba muerto. Pregunté quién cometió tal atrocidad y la respuesta me heló: “él señor, se suicidó. No se despidió de nadie, todos reportan que el día transcurría rutinariamente. En la hora del almuerzo, salió y ya no regresó. Se lanzó del último piso y, con esa caída, no se podía haber salvado. Una cosa más: dejó una nota. La policía se la llevó, pero yo alcancé a escanearla. Se la envió. Buen día, señor”

Apreciado jefe,

Por medio de la presente, le notificó mi renuncia irrevocable.

Estos meses a su lado, han sido los más iluminados de mi existencia, antes que usted llegara a mi vida, yo era un simple perdedor más que amaba su vida, tenía la ilusión de forjarme un mundo en el cual me pudiera sentir orgulloso de mi mismo, disfrutaba de leer, aprender, el arte, la familia, los amigos y mi soledad. Después de trabajar para usted, todas esas cosas pasaron a segundo plano, entendí que estaba desaprovechando mi potencial y me alejé de todo lo que no me dejaba avanzar. Trabajé, trabajé y trabajé.

Usted, cada día me llamaba (tres o cuatro veces) y me recordaba mi gran responsabilidad. No quería decepcionarlo. Usted ha sido mi mentor, el forjador de la gran obra que hoy soy. ¿Y quién soy? Soy un fracasado, soy un perdedor, soy un débil, soy un miserable. No logre sus metas. Maquille los reportes, soborne a los empleados para que respondieran satisfactoriamente las encuestas y le hablarán maravillas de mis logros...

Para poder responder a todo, tuve que disminuir algo más que mis espacios de relación, necesitaba dormir menos, porque el descanso, es tiempo perdido y

el ganador, lo administra: nunca lo pierde. Cuando el café y los energizantes dejaron de surtir efectos, la cocaína llegó a mi vida: estaba eufórico, rendía, no dormía y pude dejar de maquillar informes. A la cocaína le siguieron las anfetaminas y estaba en éxtasis: encontré mi conexión con los dioses y entendí porque fui su elegido.

Desafortunadamente, lo que me dio las llaves al Valhalla, pronto me condenó. La adicción se apoderó de mí y ya no me pertenecía. Conocí los peores lugares de la ciudad y de mí mismo. Ya no pude más. Sin embargo, me sentía a salvo lejos de todos los que una vez me conocieron. No soportaría su mirada, sus silencios llenos de reproche, sus abrazos llenos de lástima...

Ayer usted me informó de mi traslado, me alabó por mis logros y me asignó repetir mi exitosa labor. Pero no puedo hacerlo. No puedo más. ¡No es increíble que no pueda más? Al triunfar, lo logré: fracasé. Por eso, salgo por la puerta de atrás, la de los perdedores, la de los fracasados, la de esa masa que tanto ensucia la ciudad.

A usted, que me enseñó el camino de los grandes, le digo que no tengo los zapatos para transitar más, no di la talla, soy un fracasado más. Sé que tiene todas las herramientas para solucionar mis errores en su empresa...

Se despide, su humilde servidor:

Un exitoso más.³

Cuando terminé de leer la nota, lo comprendí: estaba solo. No había nadie a quien dejarle mi legado. Me equivoqué con este fracasado. Y ahora, ¡la policía me quiere juzgar! ¡A mí! Yo que le di todo a ese perdedor y quieren poner en duda mis métodos, mis conocimientos; inventaron una justificación para esos parásitos que no trabajan: “acoso laboral y explotación” ¡Por favor! Por eso es que no avanzamos y ni progresamos; por eso es por lo que estamos en un país de fracasados. Nos persiguen a quienes la ayudamos y todos esos que la envilecen, son celebrados.

Sé que saldré bien de esta. Como siempre lo he hecho.

3 Esta carta se incluye sin el consentimiento de las partes involucradas.

Success in a bottle... maybe in a box

Sebastián Carvajal C.

By the time I was fifteen I tried a cigarette for the first time, I remember how I almost coughed out my lungs and swore to never smoke again; my mom knew I smoked right away, as I entered the house, she gave me a look that I know what she meant just by looking at her, I hugged her as I usually do, she hugged me back but immediately recognized the smell, looked at me in the eyes for a couple seconds then went back for the hug. I knew she was a little disappointed but I paid no mind to that matter until my dad talked to me about how much of a failure I could turn into if I decided to walk that path. We were sitting in the living room and I heard him talk as he was progressively getting mad at me because of my silence, me on the other end was getting progressively bored. It was a one-hour conversation and the only failure I perceived were his parental skills, which are the reasons why I decided to smoke.

The word failure or the things about which path should I walk got stuck with me, I always tried to be really careful with my decisions and how they affected me or any people that were involved in them, not because I owed it to my parents but because I started to be self-aware on how every single action had a repercussion. I graduated from high-school and I was worried because I was not happy, nor I knew what was next; maybe a job or make the biggest effort to start my career that was neither on my “to do list”. My family helped a lot for me to go for the second option, so I started a degree in languages and finished it six years later, that same sensation from back in the day returned and I started to get anxious about it. I wanted myself to feel happy for what I have accomplished but it was impossible. A day before my graduation my girlfriend wanted to celebrate and decided to take me out for dinner. The feeling of unhappiness led to a discussion that made that emotion spread as a virus. It wasn't her fault, she had the best intentions and I never had the chance to explain how I was feeling, apart from failure I also was taught to suppress emotions and be silent.

Every time I get a call from work, I make a list about the things I need whenever the paycheck arrives; the internet service, food, some of the money goes to mom and the rest is for whatever comes in the way. I don't have any savings because I don't think about tomorrow as a possibility for upcoming success, so I spend all my money "today". All of my friends have cars, a house, some of them live together, they have high expectations about the future and I really am proud of that, I feel truly happy for them, but my purpose remains the same, actually it's not such thing as a purpose, it is my duty. The only thing close to a goal I've ever had in life came to me casually weeks after the conversation with my dad, I saw a TV commercial about a perfume, the whole thing was about how the "successful man smells". I was obsessed and I really wanted to have it but for such goal I needed to save money, I had to be diligent enough and get it for myself so I could erase the first smell that tainted the good image my parents had about me. A couple months later I realized how less I cared for those feelings and ended up buying things I don't even remember.

Today I think about all of those things that made me who I am, I don't pursuit any idea of success and that's good but I have no goals either... I wonder if the fifteen-year-old-me would be proud or at least if he cared that I don't cough anymore when I smoke.

Success ramble

Ana Elena Builes Vélez

What is success? Someone made this big question randomly to us, and expect us to help he/she to answer it.! Big dilemma! I think. It may mean lots of things at once or none at all. For you, success me be being a millionaire at 20 and living in, let's say, Malta or Qatar. For me... I have never asked me that question, maybe because I think success is not as important as happiness and wellbeing or, maybe, because no one in my family has ever asked themselves that question, but I could try to answer with, what you may call, a "philosophical digression" (not that I consider myself a philosopher, but I think everyone can ramble freely).

Success comes from the Latin *successus* which means "an advance, a coming up; a good result, happy outcome". According to an etymology dictionary:

noun use of past participle of *succedere* "come after, follow after; go near to; come under; take the place of," also "go from under, mount up, ascend," hence "get on well, prosper, be victorious," from sub "next to, after" (see sub-) + *cedere* "go, move" (from PIE root *ked- "to go, yield"). Meaning "accomplishment of desired end" (*good success*) first recorded 1580s. Meaning "a thing or person which succeeds," especially in public, is from 1882. (<https://www.etymonline.com/word/success>)

You may be wondering why all these crap about the meaning and etymology of the word success in my so called "philosophical digression", even I find it kind of a nonsense, but still I believe it is always important to know the etymology of the word.

You succeed in sports, in life, in love, at least that is what I have heard, but what does that mean? And how does it feel to succeed in something? Is it something you feel in your head? In your heart? In your stomach? Or is it just something you feel, but don't know where? I ask because I don't really know if I have felt success, I have succeeded in somethings, a lot of things, from my point of view, but I don't really remember how it felt, and you know what, it is kind of sad not remembering how it feels.

Feelings, does are more important than success, don't you think? You can do things with feelings, you can embrace them, cherish them, learn to deal with them, but what can you do with success? money? Friends? A life? I believe feelings can make you a better person, or an evil person, it depends on how you work with them, in how you deal with them. Success in the other hand, can also make you both, but I think it doesn't depend on how you deal with it, but on how other react to your success and how they make you feel with it (you see, feelings again).

Let's say you meet a guy, or a girl, and you fall madly in love with he/she, but there is no correspondence. Man, that hurts. Let's say, that the next day you make the best deal you have ever done and you become a millionaire (amazing, incredible). So, you have lots of money, you succeeded in business, but damn you are all alone, no one loves you. So, you are happy and sad at the same time, is that success at all? Success brings people around you, not always for good reasons. And sometimes you stop feeling lonely, which is perfect, but if you stop succeeding, then people go away, not all of them, and you start feeling worse.

At the end, I think defining success is not an easy task. But I still believe what is important about it is what you feel with it and how you manage to deal will those feelings. Money is easy to expend, and lost, but feelings are hard to deal with. Being able to question yourself about these things, I think, is, in a weird way, success.

The Chronicles of Caliche

Felipe Pabón

By the age of 30 my father, Caliche, landed a steady job at a prison. He was not the warden nor a guard, he was an inmate. By the age of 29 he stole three to four cars every month and sold them to the Castaño family in northern Colombia. He was not successful, he was effective. I grew up admiring Batman and my father; the latter could do real things in a real world.

By the age of 6 I wanted to fire my dad's gun and point it at Anibal, the kid who lived in front of my house in the old neighborhood. I dreamt about it, my dad would have been so proud, I used to think.

Caliche never finished elementary school but could read speedometers with his eyes closed shut. Caliche never went into a university for anything different than picking up passengers or delivering weed. He also never took a notebook for no other thing than tallying up the business numbers. Caliche was popular among his friends and had all the foxes onto his radar; like soviet U-boats, torpedoes fetched him and not otherwise. Caliche learnt how to roll joints before those “classy” cigarette machines came from the UK. I always wanted to be like him. I always wanted to be seen with doubt, but respect. I always wanted to steal cars and roll joints. By the age of 33 my father left the prison for the first time, it was not meant to be the last. He learnt how to open safes, he learnt how to wash dirty dollars, he learnt how to bribe officers, he learnt about books. In one safe he ripped open he found a copy of “The Old man and the Sea” and he liked it. He read it twice while he was hiding in the backroads waiting for night to come and reach his destination with the stolen cars. «I am like the Old man» he would say «Waiting for the big fish»

My dad never dreamt of a degree, he never dreamt of a house, he never dreamt any further those Ray Ban glasses and the gold rings. He never thought of masterpieces or at least not the canonical ones, yet he was able to steal Beamers or Benzes with just the tip of his fingers. What the fuck do you mean by success? Who told you could define that for Caliche? He wrote his definition.

By the age of 35 he was in prison again. He then thought it would be nice to behave better, to learn better things. He learnt trades. He wanted to become a carpenter, he wanted to become a writer; he joined the readers' circle. His skills with the drill were nowhere near his skill with the master-key used in those thefts. His ability to avoid roadblocks was way higher than his knowledge of the language. He grew frustrated. By the age of 36 Caliche became an alcoholic. He then started appalling my mother's spirit with his bare hands, he then started to take her salary as his, he then started to burn her hair, spit her food, wake her up at midnight enquiring for the money.

By the age of 12 I wanted to point my father's gun to my father's face.

By the age of 37 Caliche was divorced and at that same age one of his friends offered my mom "as a gift"; he could kill her and get away with it. By the age of 37 Caliche made his first good decision.

By the age of 13 I saw my dad cry for the first time.



Las semánticas del cansancio



Las Semánticas del cansancio

Sebastián Carvajal Castro

Cansancio diurno,
alivio nocturno.

Es lunes otra vez, me levanto al mediodía para que se haga más corto el tiempo, pero siempre me duermo a las tres de la mañana. Unos despiertan a esa hora a empezar su día y es mi consuelo para poder dormir hasta que el fuerte sol de las doce azota el tejado y las ventanas. Despierto, entonces, entre un calor molesto del que me culpo, por dormir a una hora tan poco usual. Si me levantara temprano como doña Rosario, podría sentir los vientos fríos de la mañana y el café sabría mucho mejor que el de las tres de la tarde.

Los lunes dejan de ser tan difíciles a partir de las cinco, cuando el sol disminuye y empieza a oscurecer tan solo un poco, es hora del segundo café del día, aunque los lunes siempre hago suficiente café para repetir, al menos, unas cuatro veces. Al llegar las siete de la noche, me gusta comer poco en la cena, porque sé que más tarde comeré algo de la panadería que permanece abierta las veinticuatro horas del día. Robinson, el que tiene el turno de la noche/madrugada sabe qué pido siempre y cuando llego no me pregunta por lo que voy a llevar. Nuestras conversaciones son cortas pero entretenidas: a veces me habla de fútbol, otras veces de motos; yo le respondo con temas de bicicletas y el mar, siempre estamos de acuerdo con el otro en lo que sea.

La noche de los lunes es mejor que la de cualquier otro día, porque es la única noche en la que hay verdadera calma en las calles: no hay música y hay poco flujo vehicular. Yo pienso que es la noche en la que mejor se duerme; todos vuelven de sus trabajos y labores preparando la mente para el resto de los días o, incluso, tomando fuerza para descansar merecidamente el sábado y el domingo. Quizá me equivoque y solo yo sea quien interpreta así el silencio de los lunes nocturnos, pero cuando salgo al balcón veo lo que más me gusta de la noche, una calle sola iluminada con luces anaranjadas y visos amarillentos, ventanillas de carros humedecidas por el frío, gatos que buscan refugio en los

tejados o debajo de los vehículos estacionados en las angostas aceras de esta cuadra y, por supuesto, las poquísimas personas que se ven caminar a lo lejos. Quisiera saber por qué caminan por las calles a esa hora, pero prefiero imaginar que gustan de las noches de lunes tanto como yo, o al menos de la noche como tal. Los lunes son más una idea mía que volví una tradición, aunque, pensándolo bien, hago lo mismo los martes, miércoles, jueves...

La semana es muy larga, y para no aburrirme de ella procuro mantener mi mente ocupada en otras cosas. El día —no solo de los lunes— lo uso para barrer y sacudir el polvo. En las noches además de comer, suelo pensar en la gente que duerme y los revivo en poemas de León De Greiff, quien también le escribía a la noche y pienso si él y los Pánidas eran nocturnos; sabiendo que eran escritores, poetas, caricaturistas y sobre todo amigos puedo apostar que eran nocturnos, como la luna misma. Pienso también que el día es injustamente más largo que la noche, no hay un balance en el tiempo; sé que hay lugares en el mundo en el que la noche es mayor que el día y estoy seguro que, de estar allí, no lo disfrutaría, pues la gente debe ser igual de activa en el día que en la noche. Pienso, ahora, que no sé realmente si prefiero la noche o es la soledad lo que me gusta, pienso cosas suficientes para agotarme y dormir, así no veo el amanecer. Nunca he pensado si existe alguien que quiera compartir conmigo una de estas noches, para evitarnos el letargo del paso del tiempo. ¿La habrá?

Black mare and a nightmare

Isabella Castrillón Restrepo

“The more powerful the lens of the microscope observing the self,
the more the self and its uniqueness elude us; beneath the great Joycean lens
that breaks the soul down into atoms, we are all alike. But if the self
and its uniqueness cannot be grasped in man’s interior life, then where
and how can we grasp it?”
(Kundera, 1988).

*I crave a taste unknown
to me, at least, holds true
the lightness of being
and heaviness of feeling*

Isn't it funny? We spend our entire lives looking for something, someone to give meaning to our lives, many will throw pretentious advice along the lines of “the real treasure are the friends we make along the way”, we look into the stars trying to put a meaning to the most meaningless things. We love knowing, we crave it like a drug that keeps us going as we slam headfirst into this so-called “destiny”, but what do we know of destiny and the meaning of life? the Greeks had it very clear, your life it's not yours, you are just a small part of a play for the gods, at the hands of your destiny, be it fortunate or not, is beyond anyone's powers, just bear it and keep going accept what you were given and don't expect more.

*Must I search said answer
or shall I keep patient
at the plot of this night
mare who's still hunting me*

As our world filled with gray and metal, we understood what was expected of us: if you were a boy: study, marry, work, have children, die; if you were a woman: marry, have children, raise said children, keep your husband

happy, die. ¿A little unfair? Maybe, but back then society didn't throw at you uncertainties about your place in the system, you knew from the moment you were born who you were and what you had to do. Nowadays we look like child's playing to find the treasure "a little to the right" "now go up" "you are getting warmer" "no, no, stop" "to the other side" "keep going" "be successful, but not more than me" "be honest, but not too much" "be nice to everyone" "don't be naïve".

*Why? do I wonder, yet
the tulip does blossom,
for each day a sorrow
for each year a blossom.*

Cansados de las noches en soledad

Brigitte Vanessa Afanador Gómez

Curiosamente me vi tentada a escribir estas líneas cerca de las 10 p.m., no por ser indulgente con el poeta León De Greiff y darle sentido a su fanatismo por el aparecer de la luna; sino porque sé que, a esta hora, ya debes estar en tu cama pidiéndole a la almohada que te arrulle para conciliar el sueño o, en el mejor de los casos, entreteniéndote con algún programa de televisión que te permita mitigar las vivencias del día.

Ahora, sentada en una esquina de la cama me dispongo a mi nocturna cotidianidad de pensar en ti, en nosotros, en lo que ha sido y, con la pequeña esperanza de lo que podría ser. Torturando mi alma con canciones de Joan Sebastián que, casualmente, hablan del vicio que unos lindos ojos pueden generar en alguien de vez en vez. Es tanta mi suerte —o desgracia—, que no estoy exenta de esta adicción.

¡Cuánto desearía que te enteraras de la valentía de mis palabras cuando están sobre un papel! Solo una vez tuve la fortuna y me creo la idea de que fue más que suficiente: me leí ante ti para comprender si el sentimiento era mutuo o si, por el contrario, estaba cayendo en lo que tanto he criticado de las mujeres, en las falsas ilusiones.

Esa noche el destino estuvo a mi favor, cuando al terminar de leer lo que te tenía preparado me miraste, sonreíste y procedimos a desnudarnos, no como banalmente las personas del común lo hacen, sin desnudar el alma con antelación. Todo esto es pasado... de lo contrario no lo estaría contando con la melancolía que pretendo y, ahora mismo, no estaría buscando palabras para expresar la utopía que vivíamos; sino que estaría contigo, luchando por saber quién hace reír más al otro, mientras acabamos taza tras taza de café.

Por todo eso, y por lo que mi corazón aún no se atreve a revelar, es que mis noches me asfixian, llevando a mi alma y cuerpo a suplicarle a la luna

que se marche y les dé paso a los rayos del sol, pues es ahí cuando, corroída de aflicción, puedo verte salir por la puerta, detrás de la cual nos besábamos antes de iniciar con los compromisos que cada uno tenemos en la sociedad.

Pero esta noche es particular, será la primera vez que parto del lugar que llamamos hogar y me duele imaginar que, en esta ocasión, no me mirarás con ojos de “no te vayas” y, peor aún, será más difícil idealizar mi regreso, en el que ya no nos jactaremos en sonrisas y besos, después de no habernos visto por tanto tiempo.

La vida de los cigarrillos no alcanza hoy, se esfuman uno a uno, como tú en mis manos, como las estrellas en el cielo por tanta contaminación, como la luna llena cuando al fin cumple su ciclo... como las horas en las que podríamos ser felices en silencio, mientras nos miramos fijamente, mientras me miras con esos ojos que, entre el azul del cielo y el verde menta, penden.

Reconozco ahora lo mucho que estoy odiando las noches, pero agradezco al cielo el saber morir con papel y lápiz, pues estos objetos que se han convertido en mi familia, todas las veces que mis pensamientos nublan mi habitación y me hacen salir a la calle y ser de esas pocas personas que un lunes en la noche aprecia las luces anaranjadas y los visos amarillentos que mi amigo Sebastián admira desde su balcón.

Lo curioso aquí es la compasión que el universo tiene de mí, en cada escapada conozco hombres que profesan su gusto por mí, poniendo el mundo a mis pies y jurando que nunca habían visto una joven tan linda; mientras que yo, sabiéndome de memoria esas artimañas, los conquisto con un poema y los llevo a la cama... por lástima, no se dan cuenta de mi cometido hasta el momento en que me piden que no me vaya y que les dé mi número telefónico en cuanto ven que, tras lograr hacerlos llegar al clímax, me dispongo a vestirme y decirles “adiós”.

De eso no me regocijo, pues solo son momentos en los que con parcialidad me olvido de ti, al igual que tú lo haces con otras chicas al tratar, en público, lo que vivías conmigo, preciso instante en el que te enteras de lo mucho que me extrañas; pues una noche, escuché cómo le mandabas besos al aire a una de ellas desde la puerta y ella, pecando de inocente o de novata, no supo responder de la forma en la que te ruborizaba que yo lo hiciera.

Bien te lo hice saber en aquel poema: “¡de cobarde no tienes nada, dulce hombre que entre rudeza y grandeza se esconde!” Y si aún pienso eso de ti,

sigo sin entender tu valentía para alejarte de mí, te creaste un infierno nocturno con tu pésima arma de la distancia; y perdóname estos versos, pero, el ruido de tu insomnio toca a mi puerta cada noche con más fuerza, suplicándome que sea yo quien deje el orgullo y vaya a llenarte de besos las heridas que la luna te deja.

No le daré más largas a esta historia, no tiene sentido clavarme la estaca de la derrota cuando tú y yo sabemos muy bien que esto aún no termina. Sigamos ignorando miradas, evitando sonrisas, enfriando tazas de café en la cocina, recordando besos y caricias, enfrascados en la rutina, rodeando de amargura la noche y el día... sigue durmiendo en tu cama y yo en la mía que mañana nos espera otro tortuoso amanecer.

Coman mierda

Juan Diego Martínez Marín

GINNA la traductora, una hermosa mulata, de cabello undulado, ojos oscuros, labios carnosos y cuerpo despampanante, después de haber terminado su rol como interprete en el Congreso Internacional de la Semántica del Cansancio, recibió una gran ovación del público asistente. Aunque esta vez, no se pusieron en pie, pues estaban cansados; los aplausos no pasaron de dos por persona, pues estaban cansados; pero, sin lugar a dudas, no deja de ser una ovación en tan magno evento.

Ella, con toda la parsimonia del caso, recogió su libreta a medio rayar —y eso que era solamente la primera hoja—, sus lápices que lucían nuevos, pues las puntas aún chazaban, y se paró lentamente. Sus carnes apenas se movían. Los ojos de los asistentes, en su mayoría hombres, no perdían de vista semejante espectáculo en *slow motion* que se hacía espacio para salir de la sala. Unos le miraban sus ojos; otros, sus pechos; otros sus caderas; unos más, su cabello; pero todos cuchicheaban que ella era la mejor traductora.

Los asistentes al evento, entre los que se encontraban lingüistas, filólogos, analistas del discurso, críticos teóricos, descriptivistas, entre otros expertos de la semántica del cansancio, expresaron en vos alta, a unos 35 decibelios —buscar esto, si no están cansados— como máximo, un sinnúmero de elogios glosemáticos:

- ¡Veo en ti todos los sintagmas!
- ¡Qué competencia ortoépica, señorita!
- ¡Tiene los mejores elementos léxico-gramaticales!
- ¡Si ese es el significado cómo será el significante!
- ¡Qué polisemia!
- ¡En verdad que es heteróclita!
- ¡Qué conjunto morfosintáctico tan bien organizado!
- ¡Cómo será su conocimiento declarativo!
- ¡Menudo modismo!
- ¡Usted es una metáfora lexicalizada!

¡Creo que es una estructura fija!
¡No hay duda de que desde la raíz hasta los afijos es única!
¡En qué modo y tiempo será conjugada!
¡Usted es una sustantivación de lo deseado!
¡Ni una sola falta de concordancia!
¡Creo que me estoy quedando sin alternancias vocálicas!
¡Qué hiponimia!

Al salir por la puerta, el vigilante le dice:

—Ahí-va-Ginna.

Ella, muy digna y acorde con la situación y el evento, se para en la entrada de la puerta, los mira a todos, saca fuerzas de donde no las tiene y grita a con toda la seguridad del caso:

—¡Coman mierda!

Cansancio diurno y nocturno

Danny Jean Paul Mejía Holguín

Días y semanas como hoy me dan la sensación de que no hay límite o que no existe inicio o fin; es aquí en que el infinito se hace realidad. Todas las personas a mi alrededor sueñan la finitud, el café se acaba, el agua también; las comidas tienen una entrada y un cierre; los vinos se destapan para ser terminados lo más pronto. Ah, pero el trabajo no para, las clases solo cambian de caras, los horarios se mueven un poco y las vacaciones solo empiezan para terminar. Incluso, a veces, empezamos relaciones amorosas con el temor latente de que es el inicio del fin.

He tenido semanas tan largas que parecen sueños en un constante reinicio. Recuerdo, por esto, la película *Groundhog Day*, en la que el protagonista debe revivir tantas veces el mismo día que al final solo se adapta a ello, empieza a modificar poco a poco su destino. Esa es la verdadera oportunidad, hacer de a poco para lograr un bien mayor.

Hoy soy profesor, mañana lo seguiré siendo y llevo haciéndolo desde hace 20 años, no sé si he cambiado a alguien de lo que estaba destinado a ser, hacer o saber. Voy por estos días como si fueran determinantes y las noches se convierten en momentos tan solos y largos que me permiten disfrutar de un gato en el tejado, una música de vecinos que no trabajan, un grito de pasión o de dolor que es ahogado con ahínco por miedo a sentir o ser sentido.

No encuentro sosiego en la cama. Paso de mi biblioteca a la cama, de la cama al sofá, del sofá al baño, del baño al comedor. Sigo tratando de leer, mientras que la música de fondo me inspira y me doy cuenta de que aquello que me hace falta es la compañía de la mujer que me gusta. Puros sueños que no se concretan... Enciendo la televisión y escucho esa canción de salsa que hacía llorar a mamá, "Cuentas del Alma". Recuerdo que ella también le pidió a la noche que le diera ese sosiego que nunca llegó en la forma de un vivo. Solo hasta que nos visitó la muerte para llevarse a mi padre, hubo paz. ¿Será entonces que debemos esperar sentados a la muerte? o ¿mejor nos movemos hacía ella para acortar la brecha?

Nada de descanso, fines de semana completos dedicados a lo que, según todos, es el éxito. Un buen trabajo, una buena compañía, actividades de ocio que no puedo pagar, pero que igual hago. Un cambio es lo que pido, pero me sigo comportando de igual manera, como si el cambio llegara porque lo merezco, porque soy yo y no otro. De nuevo el ego me hace trastabillar, el “usted no sabe quién soy yo” me hace ver lo estúpido que soy, las ganas de evadir las responsabilidades y los deseos de no ser ni hacer nada.

Las rutinas que he asumido me hacen estar peor. He decidido y determinado ser el jefe de alguien, no sé de quién o de qué, pero serlo. Mi padre me dijo siempre que eso era ser grande; mi madre me enseñó que lo único que importaba era ser una buena persona; me muevo entre ser un jefe y ser una buena persona, pues parece que no se pueden ser las dos cosas al mismo tiempo.

Por otra parte, he caracterizado el personaje que quiero interpretar a través de la palabra, imagino las conversaciones, doy clases de lo que es trabajar en equipo, les propongo a mis empleados imaginarios, que recuerden que por nuestro bienestar futuro es importante hacer sacrificios que denoten nuestro compromiso con la empresa. Sin embargo, vuelvo a la realidad de lo que significa ese compromiso. Cada una de las empresas que existen han agotado, desde hace tanto como ellas surgieron, un sinnúmero de empleados que creyeron ser importantes en esos lugares. Se fueron para no volver, los echaron en tiempo de crisis, vivieron los recortes de personal; pero, no recuerdo que ellos hayan recortado sus vacaciones, sus autos nuevos o sus vidas lujosas. Lo más increíble es que esos que tuvieron que buscar trabajo, sintieron que estaban ayudando a la empresa a la que tanto le debían.

Me han enseñado durante todo este tiempo que mi lugar es único y que todo lo que hago es relevante, pero al momento de recibir el apoyo, un poco de reciprocidad, me dan una libra de café de mala calidad, una reunión en la que me recuerdan lo importante que soy y lo mucho que tengo que seguir trabajando para poder hacer de mí una persona irremplazable, un puesto más cerca del número uno. Una lista que corrobore lo que estoy haciendo, pues si no aparezco allí, debo temer por mi estabilidad. Me han convencido de tal manera que debo estar a la altura de la institución, que ya se me olvidó el propósito original, ese que debía tener en vez de este.

Soñé con tiempos de calma, un lugar bonito en el cual estar, una mujer con rosas tatuadas, un Rottweiler llamado Ciccio, una biblioteca de más de veinte mil ejemplares diferentes, en muchas lenguas, y que, al morir, ellos recordaran lo significativo que sería ese gran número. En vez de eso, solo

trabajo más de 14 horas al día, en beneficio de mi trabajo, tomo los tiempos del fin de semana para ponerme al día, evito tener una relación que me ate de más, pues no tengo tiempo; salgo de mi casa a las horas más oscuras, me mantengo físicamente bien, porque debo fortalecer el cuerpo para que el alma también sea fuerte. Me dicen que debo seguir escalando. ¿Qué pasará cuando no haya más hacia donde subir?

Cosas de la edad

Erika Jaillier Castrillón

La tía Sofi se está muriendo. Lleva diez días en esas. Dejó de comer y, cada vez que hablamos, me dice que se siente muy cansada. “¿De qué, tía Sofi?” “De la vida, hija, de la vida”. Ella enterró un esposo, siete hermanos, varios sobrinos, incluso un nieto... Lleva noventa y tantos años de vida —nadie sabe cuántos tiene, realmente, porque ella siempre ha ocultado su edad—. Su cuerpo siempre delgado, pero atlético, está débil. Y es que ya no quiere comer. Come poco y cada vez menos.

Eso sí, está lúcida como pocas a esa edad. Y recuerda todo: los cumpleaños, los viajes, los nombres de todos sus seres queridos, qué pastillas debe tomar y a qué horas; recuerda el libro que me regaló, la guitarra que se trajo de España, dónde compró los abrigos de invierno, en qué fecha bautizaron al uno o al otro, en qué fechas murieron Lucila, Martha, Elena, Ana, Pastora, Marcos, Pablo y hasta sus sobrinos. Por eso sabe que está cansada y se está dejando ir.

La tía Sofi solo ve televisión. Antes amaba ver las películas de Angelillo, Cantinflas, Lola Flórez y Pedro Infante. Ahora solo la deja encendida como quien quiere que le hagan compañía así, realmente, no observe nada. Es dejar fluir el ruido y las ondas del aparato sin más... Se sienta en su silla de siempre, a veces se cubre las piernas porque el frío le penetra hasta los huesos. Prende el televisor y lo deja encendido, mientras habla con Elizabeth, la mujer que la ha cuidado los últimos años.

Por dentro, sus órganos también deben estar cansados: ha tenido varias isquemias, una falla renal y una neumonía en este último año. Cuando le diagnosticaron COVID el año pasado y le dijeron que era positiva, no entendió y se fue para la finca en La Ceja a pasar la gripa. Su cuerpecito está agotado y eso que era vivaz: iba al gimnasio, salía a caminar, manejaba su carro, cuidaba a los perros, jugaba con los biznietos... hasta hace dos años. Con el encierro todo la afectó. Y no es para menos: ella, a su edad, necesitaba a la gente, a los muchachos de la finca, a sus biznietos, a Carito su nieta especial...

“Ya sí estoy vieja”, dijo un día. A los pocos días comenzó a apagarse. Era como si todo su cuerpo entendiera la señal para dejar de funcionar poco a poco. Primero, fueron los pulmones; luego el corazón; luego, el riñón; al final, las articulaciones y, por último, su estado de ánimo.

Ayer no se quiso levantar. En la noche se quedó dormida temprano y ya no despertó.

De las decisiones

Valeria Torres Ochoa

Me da miedo un día despertar y darme cuenta de que me construí una vida ajena, como le pasó a N, que siguió el camino que sus padres le dibujaron. Para los padres de N la vida de una mujer debe girar, al inicio alrededor de sus hermanos y padre, a quienes debía servir y cuidar mientras llegaba a la edad de casarse, luego, su atención pasaría a su esposo e hijos, de quienes se debía encargar de sacar adelante, pues serían su verdadero logro, el reflejo de una vida de sacrificios que les permitiría mantener y enaltecer el nombre de la familia frente a los demás. La presión es mucha, y cualquier error que cometa alguien cercano a N se lo suelen atribuir a ella. N estudió trabajo social y tiene un trabajo de tiempo completo haciendo lo que le gusta, o lo que necesita para costear la vida de sus hijos, que son su otro trabajo de tiempo completo. N vive por y para su familia, y a veces se le ve feliz. Ser madre le es tan natural.

Pero sus hijos han crecido, no siempre están cerca y cuando no están es como si estuviera incompleta, como si no supiera qué hacer con sigo misma. N no suele llorar, no frente a mí, no somos tan cercanas, pero una vez me dijo que no sabe cómo resultó en una vida que no le pertenece; o a veces suspira, largo y entrecortado, y baja la mirada, y me dice que debo hacer algo, que debo vivir como me plazca.

Entonces me asusto, porque no siempre reconozco para quién hago lo que hago, aunque estoy joven. Pero la presión de tomar decisiones y de acertar siempre nubla la visión a las demás posibilidades. Me da miedo no saber para quién hago lo que hago, si realmente vivo para mí misma. Me da miedo no conocerme lo suficiente y estar construyendo una vida de la que no sabré salir ilesa. No me gusta tomar decisiones, tal vez por lo complejas, o es el temor, no estoy segura. Pronto visitaré a N de nuevo, está envejeciendo y no le gusta estar siempre sola en casa.

El nombre de aquel hombre...

Salomé Reyes Jaimes

5:04 a.m.

Despierta con angustia, no recuerda con lucidez lo que perturba sus sueños. Toma su celular. No hay mensajes. Sabe que ha borrado su número de contacto. En su corazón, que pretende ser de hielo, aparece una nueva grieta.

9:10 p.m.

Debería estar entrepiernada con la almohada. Necesita música para no repetir quinientas veces el nombre de aquel hombre. No le preocupa mucho quedar sorda, prefiere el volumen en sus audífonos a reventar. Odia la música triste, y aunque quiere llorar escoge la canción que en ese momento la hace sentir poderosa y llena de valor.

6:40 a.m.

Maldice no estar despertando a medio día. Siente que no descansa ni su mente, ni su cuerpo y mucho menos su vejiga. Entra al baño con su celular. No hay mensajes. La pantalla se oscurece y encuentra su reflejo, se siente tan ridícula. Suelta el celular, siente provenir de sus ojos una tormenta. Lo sabe porque siempre es lo mismo: un dolor nasal que le hace arrugar la nariz y luego vienen las lágrimas.

11:11 p.m.

Durante el día ha estado ocupada, como todos los días. Mira la hora, sabe que debe dormir, pero ser consciente de eso la obliga a traer de regreso el nombre de aquel hombre. Siente dolor. No se permite sentir dolor, lo distrae con una serie policiaca. Recuerda que sus amigos concilian el sueño así. No funciona...

9:00 a.m.

Abre sus ojos, la abraza el vacío y el silencio de su tristeza. Mientras sus ojos se acostumbran a la oscuridad de la habitación, recuerda el libro que compró una semana antes del caos. Recuerda también por qué no lo ha querido seguir leyendo: las conversaciones entre los protagonistas, los términos que usan, la montaña rusa de emociones que le genera ese libro, entre otra infinidad de cosas insertan en su mente el nombre de aquel hombre y lo que significaba en su vida.

9:00 p.m.

Toma su celular. Hay mensajes, no el que ella espera. Ignora los mensajes. Cansada, intenta dormir del lado derecho, lado izquierdo, boca abajo, boca arriba, otra vez boca abajo, cambia de posición la almohada una, dos, tres veces. Ya son las 11:17 p.m., cae.

6:40 a.m.

Se siente fuerte para hacer de su día un nuevo comienzo. Se siente fuerte para devorar ese libro que la rompe en mil. Toma su celular. No hay mensajes. Una parte de sí se comienza a acostumbrar. Desayuna, toma un baño, hace su ritual musical en la ducha, sale y se pone ropa cómoda. Lee, lee, lee. Le duele el pecho. Le quema el pecho. Se rompe su pecho. No puede más. No es tan fuerte cómo quiere sentirse.

8:15 p. m.

Ha sido un día difícil emocionalmente, solo quiere bailar. En la intimidad de su habitación puede hacerlo. Como acostumbra, pone a todo volumen la música en sus audífonos. Dice que de esa manera puede sentir más que la letra, cada golpe, cada instrumento, cada desliz para acomodar el vaivén de su cuerpo al ritmo, o al revés.

8:43 p.m.

Su piel suda. Se recoge el cabello. Se mira en el espejo mientras baila. Se imagina siendo observada por aquel hombre, imagina que la ve feliz, imagi-

na que él la busca para conversar, para besarla, para bailar, para ser feliz con ella. Es solo un sueño más...

2:45 a.m.

El modo aleatorio de su lista de reproducción le ha jugado una mala broma y ha pasado de bailar dichosa, a bailar lento con la mirada apuntando hacia el techo, mientras de sus ojos brota el mismísimo Niágara.

7:03 a.m.

Su golden la ha despertado. El dolor de cabeza es insoportable. Se levanta, observa su rostro frente al espejo del baño, tiene los ojos hinchados y diminutos. Se hace las mismas preguntas cada mañana, a veces es ingeniosa y se cuestiona cosas diferentes, un poco más malvadas, vengativas o dañinas. Hoy es una de esas mañanas. En esas mañanas siente la fuerza para matarlo, para ser indiferente si se lo encuentra en la calle, para no extrañarlo. Verse destruida en esas mañanas le da valentía de decirse a sí misma lo que necesita para salir de la cama y hacer de su vida lo que es. Una bonita vida.

5:58 p.m.

Ha evitado contestar los mensajes de su amiga durante el día, pero su insistencia le genera curiosidad.

6:10 p.m.

Ella no quería saber de aquel hombre. Su amiga le ha contado que lo ha visto con otra mujer. La misma mujer que ella vio unas semanas antes con él, tomándose de las manos. Él lo sabe.

Le ha pedido a su amiga olvidar el tema y no volver a mencionar el nombre de aquel hombre nunca más. Necesita sacarlo de su vida, así como él la sacó a ella, así como él lo hizo después de ese día. Ese día en el que ella los vio, ese día en el que él la vio y supo que todo su juego se desmoronaba. Ese día desde el cual él no volvió a escribirle. Ese día en el que ella no volvió a escribirle. No hubo palabras después de ese día, no entre ellos.

12:13 p.m.

No hay manera de describir esa noche. No tuvo dónde refugiarse, solo pudo llorar en soledad, sentir cómo su pecho se contraía y se quedaba sin aliento. Y lo único que quemaba más que el olvido era saber que nunca recibiría una respuesta a tantas de sus preguntas. Y lo único que le dolía más que su traición era el sentimiento de insuficiencia, de suciedad, de ser una más. Ella creía en él, pero esa es una historia más larga y quizá aburrida...

Días después... ¿Hora? No importa.

Llega a su celular un mensaje de un número que no tiene registrado: “Te extraño”.

Elimina el chat.

...

De su agonía solo son testigos las eternas noches en las que intenta entender todo lo que pasó, lo que está pasando y lo que pasará; y las turbias mañanas en las que sigue revisando su celular esperando algo más que un mediocre mensaje. Desde entonces, no ha salido de sus labios ninguna palabra para referirse a él, su memoria solo vive en sus escritos, en lo que extraña y lo que sigue, quizá, anhelando algunas noches. ¿Su nombre? ... Ya no recuerda el nombre de aquel hombre.

El viaje de Lola

Ana Elena Builes Vélez

Son las cuatro de la mañana y Lola se alista para salir, su vuelo sale a las ocho y debe llegar al aeropuerto a las seis. Sobre la mesa del comedor deja un sobre, las llaves y el libro de Henry James que le había prestado su hermana.

Afuera, la calle está resbalosa, no ha parado de llover desde el mediodía de ayer. El chofer debe encender las luces exploradoras y guiarse por las luces estacionarias del carro que va delante de ellos. Lola no logra disfrutar del paisaje como usualmente lo hace. Conoce cada detalle del camino y, para intentar hacer su viaje un poco más tranquilo, empieza un juego de memoria recitando en voz alta lo que recuerda del recorrido:

—En la siguiente curva, a la derecha, nos vamos a encontrar con la tienda de Juancho. Es la casa pequeña de puertas rojas y techo verde del que cuelgan cuatro cuernos y una instalación de bombillos rojos y azules. ¿La vez? —le pregunta al chofer, y sin dejarlo responder, continúa—. Justo después, como a unos 100 metros, está el estadero de Marta. Una casa de dos pisos con un balcón que ocupa toda la fachada del segundo piso del que cuelgan varias materas de flores de colores. Más adelante, está la casa de don José, el viejo cascarrabias que vende empanadas y arepas de chócolo. ¿Recuerdas la casa?

El chofer la mira por el retrovisor sin responderle, pero asintiendo con la cabeza. Lola tiene la frente apoyada en la ventana y mientras juega a recordar el camino, escribe sobre el vidrio empañado:

“...Love is old
Love is New
Love...”

Al llegar al aeropuerto, Lola sale corriendo del carro, sabe que va tarde y no puede perder el vuelo. La fila de la aerolínea da una vuelta larga. Por los altavoces anuncian el cierre temporal de todas las pistas. “Tendré tiempo para terminar de leer el libro”, piensa mientras espera que avance la fila para hacer su *check-in*.

Lola había decidido dejar todo y empezar de nuevo. Sentía que su vida, después de la partida de Andrés, no tenía mucho sentido en esta ciudad y que nada podría ser peor. El tedio la estaba consumiendo, hasta escribir le producía desidia.

Desde la muerte de Andrés, Lola pasaba todos los días por la misma casa y se detenía a observarla y a soñar cómo hubiera sido su vida ahí, con él. Pensaba que podría tener una huerta grande, un taller y una gran biblioteca. Salía siempre media hora antes de su casa porque sabía que pasar por ese lugar, implicaba media hora de sueños.

Mientras esperaba en la sala del aeropuerto, recordó ese martes muy lluvioso de junio en el que no había podido pasar caminando por la casa, por lo que había usado el bus que pasaba frente a esta para poder observarla. A través de la ventana, la casa no se veía igual y alcanzó a reconocer a lo lejos un letrero amarillo con letras negras ubicado justo al frente del garaje. Desde el bus era imposible leerlo. Al día siguiente, la ansiedad la hizo salir más temprano de su casa. Cuando estuvo frente a ella, leyó: “Curaduría Cuarta del Poblado...” No pudo seguir. Sentada en la acera, sintió un chuzo en el estómago, cerró los ojos y, como una película velada por la luz, vio pasar sus sueños. Ya no estaba Andrés, tampoco la casa, estaba cansada de que alguien más decidiera por ella. Ese fue el día en el cual decidió que lo mejor era salir de la ciudad.

Semiología médica

Erika Jaillier Castrillón

—Buenos días, señor Gutiérrez. ¿Cuénteme el motivo de la consulta?

—A ver... Por un lado, vengo porque todo me duele. Me duele el alma, me duele la piel, me duele la mente...

—Bueno, normalmente eso no duele.

—A mí sí.

—Vamos a revisar sus signos... Presión: 140/90... Está un poco alta. Pulso: 120. Señor Gutiérrez, ¿vino a pie?, ¿estaba corriendo? Tiene el pulso muy acelerado... ¿Trajo los exámenes?

—Sí, estos son.

—Miremos: Triglicéridos altos, más de 360... Colesterol en las nubes... Está un poco anémico: tiene la hemoglobina en 11. Tiene bajas las vitaminas B y D y está descalcificado. Tiene bajo el potasio y los electrolitos. ¿Se ha sentido enfermo?

—¿Acaso no le he dicho que me duele todo?

—¿Desánimo?, ¿dolor en los huesos?, ¿desaliento?, ¿insomnio?

—Me duele el alma...

—Pero le estoy preguntando si tiene estos síntomas.

—Sí, todo, pero me duele el alma, me duele vivir, me duele pensar... Llora cada vez que tengo que levantarme de la cama. Me angustio cada domingo al pensar que al día siguiente tengo que trabajar.

—A eso me refiero, eso es lo que quería saber: lo suyo es un caso de estrés y fatiga crónica. Le voy a recetar unas pildoritas para dormir, unas vitaminas y otras pastillas para controlar las demás enfermedades. No sé si pueda pedir unas vacaciones... Lo que usted necesita es descansar.

—¿Y cómo se me quita el malestar de adentro?, ¿cómo se pueden resolver las ganas de dejar de pensar, las ganas de llorar en cada respiro?, ¿cómo se me va ese dolor profundo en el pecho que me hace desear entrar en un letargo para no tener que vivir mi vida?

—Vea, Señor Gutiérrez... Mi rol como médico es tratar los asuntos físicos. Por eso las píldoras, las vitaminas y los otros medicamentos. Lo demás le corresponde a un psicólogo, a un psiquiatra o a un cura. Si quiere, puedo hacer la orden para que lo atienda un especialista, pero usted sabe que las citas se pueden demorar bastante. Sobre todo ahora que la gente está muy afectada por la pandemia y por el estrés que ella generó. O busca un psicólogo particular, mientras tanto...

—No, tranquilo, doctor. Yo intento con las pastillas...

Obituario

Lisandro Gutiérrez, empleado bancario, soltero, 45 años, aparentemente un suicidio. Se encontró un frasco vacío de píldoras para dormir. Lo encontró la persona que hacía el aseo en su casa. No hay parientes cercanos que reclamen su cadáver. Los compañeros del banco lamentan su muerte, pero no sabían nada de él. Lo describen como un hombre silencioso, muy sensible a las preocupaciones de los clientes y de los colegas del banco, pero no conocían su vida privada. Se pide a la ciudadanía que, si alguien tiene alguna relación con el fallecido, haga la respectiva reclamación en la morgue de la Fiscalía Regional de Antioquia.

Silencio

Juan Felipe Pabón Álvarez

“Madre, he decidido no ejercer mi profesión”, le dije mientras ella ponía, incómoda, los platos en el fregadero. “He decidido que apostaré todo por mi carrera de *influencer*, me siguen más de cincuenta mil personas en mi cuenta de Tuoter, y ya he recibido cinco llamadas de cinco agencias de publicidad distintas que quieren usar mi público para ofrecer nuevos productos y servicios”. “Bueno, haga lo que quiera. Pero si ese es el caso...” —hizo una pausa para respirar y componer su humanidad ante tal despilfarro de tiempo y de plata—, “entonces, a partir de hoy, si al final del mes no me trae un millón de pesos para las cosas de la casa lo echo para la calle”.

En 2013 mi papá me regaló un computador y mandó a cambiar el internet de banda ancha conectado a la línea telefónica por la vanguardia en conexiones: wifi conectado al cable coaxial. Lo que significaba más velocidad, más megas de carga y descarga y menos *lag*. En la red social MiLugar todos hablaban del nuevo proyecto de Plastic Valley, una red social en la que, con menos palabras, se podía decir más y tener más impacto; mejores algoritmos, más temáticas, más libertad de expresión, mejor dirección de públicos, interfaz más simple y opciones más profundas.

Por favor inserte su usuario	<i>Pirocefalo</i>
Por favor escoja una contraseña con más de 8 caracteres, símbolos alfanuméricos y al menos dos caracteres especiales	*****

¡Tu cuenta de Tuoter está casi lista! Solo necesitamos que completes un paso más para que todo quede ready para empezar a balbu...escribir tus pensamientos.

Por favor, completa todos los cuadros con tu información, algunos son opcionales, si la pregunta tiene un * entonces es obligatoria ☺.

Fecha de nacimiento*		Tarjeta de crédito*	
Nombre Completo*		Dirección*	
Nombre de la madre*		Ciudad*	
Nombre del padre*		País*	
Nombre de la primera mascota*		Amigos cercanos organizados por orden alfabético*	
Serial de tu computador*		Operador de internet*	

Llené la información y acabé de completar mi perfil...

Bio: Soy un estudiante de pedagogía en la Universidad Pedagógica de Bolivia, tengo 20 años, me gusta mucho la tecnología y mi tema preferido es la historia. Amo tomar cerveza y verme con mis amigos en la calle.

Pirocefalo está en línea.

Mis primeros seguidores fueron algunos amigos que ya habían creado sus cuentas, de hecho, mis conversaciones por casi 5 meses fueron con @jayeldelbar, @theratkid y @marukihurakami.

Hoy siento meras ganas de ir a tomarme una cerveza al bar del Jay

RT: @jayeldelbar/igual no te haré descuento

RT: @theratkid/yo pago

RT: @marukihurakami/como siempre la rata

No decíamos nada importante, teníamos miles de servidores en todo el mundo a nuestra disposición para llenarlos de archivos inútiles y corroídos que eran nuestras interacciones de 120 caracteres. Al principio, cada Tuot, como se le dice a lo que publicamos, era el pretexto perfecto para gestar el encuentro en carne viva, vernos... charlar, discutir sin límite de publicación.

El profesor de seminario de autores ha dado exitosamente la última clase del semestre

RT: @theratkid/ obvio, si es la centésima vez que la da

RT: @marukihurakami/ en la Pedagógica de Bolivia nunca ponen profesores nuevos, yo ya le he pasado las respuestas del mismo examen como a 20 estudiantes

RT: @jayeldelbar/voy a extrañarlos en las vacaciones, ¿alguno que quiera ser mesero?

Era una especie de espacio donde, con un tinte de anonimato, podíamos decir cosas que tal vez en la calle fuesen mal recibidas. Tejíamos juntos una dinámica discursiva que luego citábamos cuando nos veíamos en el campus o en el bar del Jay. Como decía, estos más que nuestros pensamientos parecían el diario en el que consignábamos una especie de lista de habladorías que luego esparciríamos sobre las mesas mal limpiadas de “El Abastecedor”, que era el nombre oficial del bar de Jay. Nunca se nos quedaba nada atrás, solo era pedirle a Jay la clave de su internet y observar cuál tema no habíamos tocado todavía. Siempre era la misma cosa.

Estoy a punto de empezar mi práctica en una institución educativa, ¿qué me recomiendan?

RT: @laprofeorasilvia/ el libro de observaciones nunca falla

RT: @tonplatotelesari/ la escuela es un exilio impostado para los fracasados

RT: @juanjo323/ ¿quién rayos estudia para ser profesor?

RT: @romerocabales/ Yo creo que es importante una buena educación

Insospechadamente, con el paso del tiempo las voces de otros empezaron a opacar un poco las voces de mis compañeros iniciales. Las ocupaciones de cada uno y la necesidad de sembrar un futuro provechoso, una providencia saludable, empezaron a hacer menos común que, aquello dicho entre las pocas líneas de Tuoter, fuese explorado hasta el cansancio entre botellas y risas. Las otras voces comenzaron a ganar protagonismo en mi vida, visitar sus perfiles y ver de quién se trataba, seguirlos para ver esas personas que decían a lo largo del día, iniciar nuevas conversaciones, con nuevas personas. Todo era muy tentador, amigos de otros países, perspectivas culturales distintas, nuevos idiomas, nuevos horizontes.

Al principio no pasaba más de dos horas observando las actualizaciones de la gente que yo seguía, @theratkid y @marukihurakami, no obstante, cada voz nueva que se sumaba a las conversaciones que yo proponía sumaba más

tiempo a mi agenda de revisión, pues, para hablar con alguien, uno también se pone en la posición del escucha, rol que Tuoter convirtió en la posición de quien lee. Entre más sabía de mis seguidores, más sabía de qué podía hablar. Leía, escribía, volvía a leer y así. Aquellas dos horas se hicieron cinco, siete, doce...

Hoy en el concierto de Guns and Roses me di cuenta de que Axl Rose está refofo

RT: @metalluco/esa banda no saca nada bueno desde 1960

RT: @rosauramattos/con esa boleta tan cara no iba ni aunque estuviera igual de papi

RT: @aquilescribo/yo no sabía que a vos te gustaba esa música tan groguis

RT: @yinyon/ ¿sabés cuándo vuelven a Bangladesh?

RT: @rocíomelcocho/la música en vivo de ellos no suena tan bueno como en TuTubo

Cada nueva respuesta me alejaba más del lugar al cual quería llegar con mi texto inicial. Pero las ganas de observar quién leía mis pensamientos me llevaba dentro de un laberinto de placeres imprevisibles que me daban alegría, y por eso me aferraba a ellos sin pudor y sin límites. Supe mucho tiempo después que había cruzado el límite del no retorno cuando Tuoter me mandó un correo electrónico que decía: “Felicitaciones por tus primeros mil seguidores”. Los primeros años, respondía casi a todos y cada uno de esos otros anónimos que estaban detrás de sus computadores pendientes de mí. Quería que pensarán que yo estaba pendiente de ellos. Inicé nuevas amistades etéreas que me llevaron a los confines de esta red social y me ayudaron a desarrollar la quintaesencia del arte de socializar en el siglo XXI: usar las palabras como las manos que esculpen el cuerpo al que pertenecen las conciencias que nos responden, que comentan, que le dan “Me gusta”, que siguen. Nunca vi a nadie en persona, no a nadie distinto de mis primeros 3 seguidores que, a estas alturas, ya llevo tiempo sin ver en la vida real. Me volví el perfecto auscultador de otros, sabía todo y me gustaba todo de personas a las cuáles solo las conocía por la brevedad de sus descripciones en el perfil, sus fotos y sus tuots. Era un maestro de ciento veinte caracteres y ellos, aparentemente, eran mis pupilos.

Hoy no me siento bien, gente, enseñar ya no me gusta tanto.

RT: @lachicapera/ no te sientas triste, todos pasamos por ahí

RT: @elastrolabio/ aquí estamos para vos

RT: @laconversadora/ te voy a pasar por DM una lista de música rebuena

RT: @elmugdebatman/x2 te entiendo

RT: @cesarellibertario/ a mí me tienen igual

RT: @canariosenjaulados/ no desistas, eso es la vida

RT: @rusosobrio/ al menos nos tenemos los unos a los otros

Esta fue mi realidad durante 6 años.

En 2019, el marcador de seguidores ya estaba en 49.893. Los administradores de la red social ya habían dejado de enviar correos de felicitación y habían comenzado a mandar, a mi dirección personal, regalos con los logos de la marca. Las empresas publicitarias consiguieron de alguna forma mi número y empezaron a ofrecerme alianzas de mercado. El dinero que percibía por decir algo en un formato breve, se convirtió en una suma lo suficiente importante como para darle a mi madre el ultimátum sobre el futuro de mi carrera.

Su respuesta, desde antes de recibirla ya era irrelevante para mí. Tenía la atención de miles de personas que, si yo decía que la capital de Bangladesh era Bogotá, iban a creerme. El dinero ahora rentaba suficiente para poder quedarme en calma trece, catorce y algunas veces hasta veintitrés horas sentado frente al ordenador cuidando de mi comunidad, sosteniendo conversaciones eclécticas, nutriendo la idea de mí que yo quería que tuviera el mundo. *Pirocefalo* era un éxito por sí solo. Alguna vez una de las *influencers* más posicionadas me confesó que cuando alcanzó los cincuenta mil seguidores, contrató a un gestor de comunidades. Ya no era ella quien escribía sino su empleado, mientras ella administraba, como el gran hermano, lo que sus seguidores podían pensar, responder, decir y en últimas hasta lo que deberían comprar.

Yo quise seguir manejándolo todo personalmente, mi conexión con la gente era íntima, mi deseo era seguir siendo genuino, desatar mi *alter ego* en pocas palabras, entregar a mis seguidores lo que ellos y ellos me entregaban: escucha orgánica, respuestas escritas por manos humanas, sentimientos, sensaciones, la experiencia de la condición humana digitalizada.

Pero todo eso cambió con las elecciones presidenciales de los Estados Unidos en 2020.

Última hora: La red social Tuoter ha sido citada a dar declaraciones en la Corte Suprema de los Estados Unidos por su papel clave en la campaña presidencial. Es claro que a través de esta red social muchos detractores de la candidata más optada para ganar comenzaron un esquema de difamación que se observó eficaz al evitar que esta ganara. De acuerdo con el representante

de la red, fue un infortunado suceso que ya están trabajando para evitar en futuras elecciones de gobierno en este y otros países. Entre las afirmaciones más citadas, está el proceso de eliminación de bots o *cuentas fantasmas que son utilizadas por inteligencias artificiales cuya programación les dicta de qué corte será su discurso y han causado que las elecciones tengan un resultado diferente al esperado*.

Con esto, acabó mi utopía. Cada mañana solía despertar, tender la cama, tomar una ducha y mientras hacía un café miraba qué había sucedido en mi cuenta de Tuoter durante las cinco o seis horas que solía dormir. La mañana del día siguiente a esta noticia, la rutina fue otra. Puse el agua a hervir sobre el fogón, dos cucharadas de café y un cuarto de cucharada de azúcar morena. Presioné el botón de desbloqueo en mi celular, la huella digital en el detector, menú principal, Tuoter, cargando...

Ninguna notificación. Tres seguidores. Por varios minutos en que no ató los cabos, me invadió la paranoia propia de un espía en tiempos de guerra. Me hackearon la cuenta, ¡jueputa!, ¿qué pasó con todos mis seguidores? Abrí el buzón de mensajes: cuenta eliminada, cuenta eliminada, cuenta eliminada... nadie con quien había compartido mis intimidades, posiciones políticas, saberes exactos e inexactos, nadie estaba por ahí. Reinicié mi celular. La misma historia. “Esto tiene que ser un error”, me dije. Pero, ¿a quién puedo llamar? Continué buscando, como niño perdido entre los pasillos del supermercado, las razones que hicieran de este caos digital un asunto racional y comprensible. Pero, ¿quién putas podría querer mi cuenta? ¿Yo qué dije mal? Lancé el celular contra la pared. Me arrepentí. Volví a reiniciarlo. Todo igual: tres seguidores; @theratkid, @marukihurakami, @jayeldelbar.

Por seis años estuve lanzando mis pensamientos a un vacío insondable lleno de algoritmos que convertían mis sentimientos, teorías, pesares, nostalgias, miedos, aciertos, preguntas, conversaciones, discusiones, todo... a un lenguaje binario que jamás sería más que eso, un código guardado en un servidor que dejaría de funcionar y migraría a otro y así, por la eternidad o hasta el apocalipsis.

Mi círculo de influencia no era más que yo y mi reflejo en las pantallas enseñando a computadoras a pensar, sentir, discutir, teorizar o conceptualizar con tanta cercanía a lo que haría un ser humano, que al final sería indistinguible si el que escribe es una máquina o un *homo sapiens*. Ya no quedaba nada. La persona que era al principio cuando creé mi cuenta y la que es ahora,

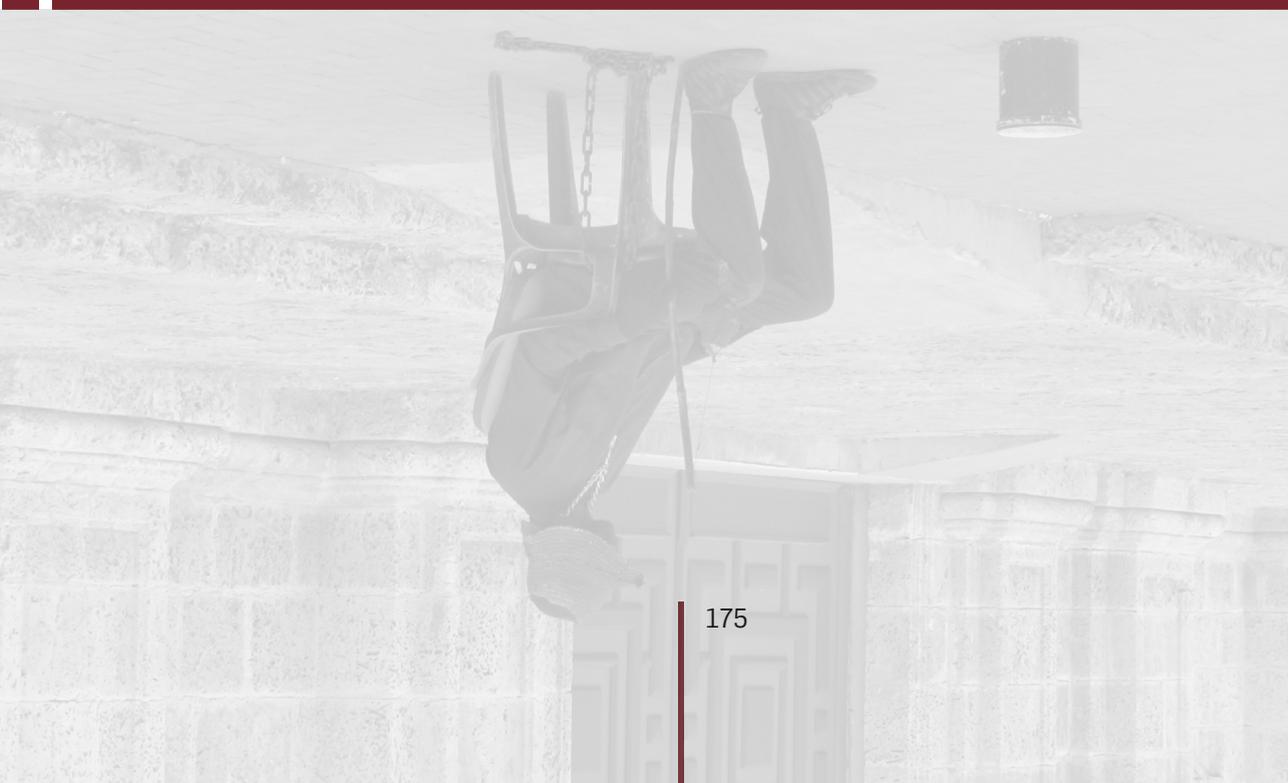
solo se distinguen de una máquina por la incapacidad de ser diezmados, con tanta velocidad, de la historia y los registros. Era yo y la soledad insondable del *router* de internet que hacía que las luces titilaran. Yo y la lista vacía de personas que me daban apoyo, consentimiento, lecturas. Yo, el único testigo de la existencia de más de 49.997 voces, yo el único etnógrafo calificado para nombrar sus existencias, yo el último bastión de cada experiencia que esas voces relataron.

@theratkid @marukihurakami ¿están por ahí?

Y solo hubo silencio.



Inclemencias del cuerpo e ilusiones de la mente



Las inclemencias del cuerpo y las ilusiones de la mente

Catherin Johana Cardona Uribe

Ya quisiera ser vos el que está leyendo. Empezando con un toque de pereza o tal vez frenesí de pensar en el tiempo, en el poco tiempo que tenemos. Hoy me convoco a mí, yo me he llamado a sentarme, a entretenerme mientras alguien hace la comida y escribo. ¿Quién si no yo? Vivo sola, no te he contado que es mejor esperar sin esperar nada a cambio, el tiempo no existe, el orden sí, el orden de la alacena vacía, de la leche rancia, de tomates podridos, de condones esperando a ser abiertos, de besos, ¿Sabes besar? ¿Y qué me decís de pichar? ¿Tal vez? De esperar el amor no correspondido, de facturas vencidas, del arroz quemado, de la aguapanela con moscas adentro. Las moscas fueron creadas para entrar en la comida, en la mía, en la pesquisa de saber que estoy haciendo, sino solo pensando en ti. ¿Cómo sabes que estoy pensando? ¿Lees la mente? Sabes que pienso en ti, que estás dentro, muy dentro mío, vos y yo, ya somos íntimos, hoy que me lees y yo que te escupo, te escupo en la cara el tiempo que no te pertenece, que no es ni tuyo ni mío, pues todas esas cosas que has leído hasta ahora son mentira, porque todo lo que se aprende se debe desaprender. La vida misma es el aprendizaje. ¿Quién lo dijo? Que le importa, crea y haga. Me iré a cocinar, ahora vuelvo.

Ahora bien, lo que nos convoca, a vos y a mí, este sumo respeto por lo que siento, vos y yo, vení hablemos. ¿Qué te alcanza? ¿Qué te mueve y que te apaga? ¿Qué sientes, qué piensas mientras escribes, mientras tragas, mientras escupes, mientras te cansas, mientras cagas? Contáme, ¿qué hacer con esas terribles 12 del medio día? Es hora de almuerzo, ¿tenés empleo? Debí empezar por eso, o tal vez solo estudias, por eso no te cansas —me imagino— debe ser agotador solo tener que hacer una sola cosa en todo el día, eso sí debe ser terrible, creer que solo es tu deber estudiar, pero... ¿quién te paga las cuentas? ¿Acaso vos las pensás pagar después? ¿Quién te espera en casa? O eres de los que ya no espera nada, ni al tiempo —como yo— ni al espacio-tiempo, ni a sumergirse debajo del agua y ver reflejado el cielo, de sumergir/hundir el

dedo en una torta recién hecha, de sentir como bajan lentamente los dedos mojados, sí mojados, hasta llegar al pálpito vulgar, los besos que apasionan, los pezones calientes, la espalda sudorosa, los ojos penetrantes a la hora de hacer el amor. Ver como se estremece tu cuerpo, como desaparecen las estrías, como se arruga tu camisa vieja, la que tienes puesta, al tiempo, la olla pitadora que, a lo lejos, espera ansiosa a sonar, a gritar. ¡Qué grite todo el mundo al mismo tiempo, todos al unísono creando un diapasón! Pues todas las cosas han sido hechas para sonar, las personas estamos hechas para sonar, somos seres vibrantes, somos seres para sonar, para hacer, para amar.

Si lo que nos convoca, a vos y a mi es lo que suena, hablemos del cuerpo, el único soporte crucial para hablar de sentimientos y de cómo mueve, cómo suena, qué hace y cómo deja su huella en las cosas, el en tiempo, en las personas y de lo que puede un cuerpo. ¿Qué puede un cuerpo? No sabemos lo que puede un cuerpo, pues es todo y nada: es potencia, acción y forma, es materia y es espacio. Al hablar de cuerpos, se habla precisamente de espacio, de lo que ocupa el cuerpo, de lo que vive, de vivir el espacio, de vivir en el espacio y albergar en él. En el caso de las mujeres, *la mujer animal*, para poder habitar en su cuerpo, en un espacio, necesita marcarlo, cómo lo hacen los animales que, para guardarlo para sí, territorializa un espacio, lo marcan, ya sea con un olor, con un sabor o una intensidad significativa. Así pues, para estar en el espacio y habitar en él, lo ensucia, lo hace suyo, lo orina o defeca, deja un sudor debajo de la manga, el cuerpo sabe cómo habitar en sí mismo y en las cosas, pues para hacerlo es necesario dejar huella... lo ensucia, le pertenece.

¿Qué puede entonces un cuerpo?

Un sanitario blanco

Juan Diego Martínez Marín

*Cagar es un placer,
de cagar nadie se escapa,
caga el Rey, caga el Papa,
caga el buey, caga la vaca,
y hasta la señorita más guapa
hace sus bolitas de caca.*

Bernat Desclot

Esta, aunque no es una historia de muerte puede ser la muerte misma, pues no hay nada peor que querer cagar y no poder; sin embargo, esta no es una historia de muerte, es una historia de amor. Del amor más puro y deseado.

De niña vivía con mi mamá y mis hermanos en una casa de bareque en Amalfi. Bueno, digo bareque, pero era una caña brava abierta y cubierta con boñiga, arena y paja; por supuesto pintada con cal. La casa contaba con dos habitaciones: una grande en la que había dos camas hechas con cuatro horquetas, cuatro palos extendidos y una macana partida en dos, como base de la cama, y cubierta con una estera. La habitación más pequeña tenía una cama pequeña de las mismas características, una mesa y un taburete que era usado por cualquier adulto o por el primero de los hijos que llegase y se sentara. La casa estaba adornada con un cuadro del Sagrado Corazón y de la Santísima Trinidad.

La casa tenía un corredor que le daba la vuelta a las habitaciones. Así, en una cama nos acomodábamos todos con mi mamá. La otra cama era para los primos que llegaban del monte; y la cama de la habitación pequeña era para la abuela. No obstante, si no había cama, los otros primos, quienes eran muchos y posiblemente no tan primos, y que llegaban de sus faenas, desenjalmaban sus mulas, las tendían alrededor del corredor de la casa y ahí dormían.

La casa también tenía una cocina, construida con el mismo material, pero era pequeña y separada de las habitaciones. Como no había energía, esta te-

nía un fogón de leña hecho de dos rieles, una banca de madera para sentarse a comer, una olleta para el tinto, una olla para el arroz y una paila para lo que fuera. La cocina totalmente teñida de negro, tiznada como dicen por ahí, por todo el humo que soltaba la madera con la que se cocinaba.

En la casa no había ni baño ni ducha. La ducha era una quebrada que estaba a unos doscientos metros. En el pueblo era costumbre bañarse con ropa cada ocho días, nadie se cepillaba los dientes ni usaba desodorante. Esto era un mar de olores y no de los mejores, pero todos nos lo aguantábamos. El meadero era la pared que quedaba detrás de la cocina y el cagadero era un caño de agua que pasaba a 10 metros de la cocina. Si uno quera mear se levantaba la falda y se hacía detrás de la cocina. Si quería cagar tenía que caminar, buscar hojas de plátano o mortiño que estuviese zaraza, no muy seca para no se quebrase y no muy verde para que no untarse el resto del cuerpo, y acercarse a ese caño oloroso con mucho cuidado para no terminar embadurnado de otros. Allí, uno se levantaba la falda y hacía lo propio, de no encontrar luz se optaba por imitar a los perros y de ahí para la casa a seguir los oficios o a dormir.

Las pueblerinas y mantecas, ya muy viejas —entre 14 y 16 años—, que se arriesgaban a ir a la ciudad y regresaban de vacaciones contaban que las casas de sus patrones eran grandes, de adobe, con techos altos y paredes coloridas. Que ellas tenían la concina en la misma casa y había energía, por ende, no olían a humo ni eran negras. Lo mejor de lo mejor: que tenían varios baños con ducha y sanitario.

—¿Sani qué? —pregunte varias veces.

Ellas decían que los sanitarios eran blancos, que uno se podía sentar sin preocupación alguna, y que había papel para limpiarse y uno no se ensuciaba. Eso era como si el mismísimo Dios estuviese hablando.

Desde ese momento, me hice la promesa de ir a la ciudad. No para ganar dinero ni para ver carros, que también eran una rareza, ni para ver a las personas bien vestidas ni los techos altos y las casas grandes; no, lo que yo quería ver era un baño, un sanitario blanco como el que salía de la boca de las mantecas. ¡Qué digo ver!, quería sentir el placer de sentarme en un trono de esa magnitud.

A los 16 años pude viajar a Medellín, mi abuela había trabajado en unas casas y logró conseguir trabajo para mi mamá y para mí. Juntamos unos

harapos, los metimos en una bolsa y salimos para la gran ciudad. El viaje duró tres días. Primero en burro, después en bus. Cuando llegamos nos acomodamos como pudimos en un cuartico y al día siguiente salimos a trabajar.

Cuando llegué a la casa de los Jaramillo Londoño, donde iba a trabajar, noté que las mantecas no eran mentirosas: la casa era grande con muchas habitaciones, con una tan grande como mi casa, pero llena de luz y aparatos; había una habitación para mí, pequeña, pero era perfecta: tenía una cama de metal con un colchón blando; tenía cobija y almohada rellena de quien sabe qué, pero era más blanda que la que tenía en casa y lo mejor, tenía un baño y un sanitario. ¡Un sanitario blanco! Fue amor a primera vista. Adiós a las hojas de mortiño y plátano, adiós a lodo untado de mierda, adiós a los bichos husmeando en mi cuerpo, adiós al olor nauseabundo y bienvenida a mis cagadas, las cagadas más hermosas de toda mi vida.

“En este mundo cagón, nadie de cagar se escapa...”

!!!Aguante!!!

La ayuda va en camino

Shirley Viviana Cataño Pulgarín

El cielo se oscurece a su espalda. Se acerca la hora de la presentación y Ana está haciendo ajustes finales. En su escritorio, una *tablet* reproducía una lista de música “para concentrarse”, hay hojas, notas y apuntes acumulándose. Varios cables llenan la imagen, unos son para dar corriente al computador, a la *tablet* y al celular; los otros son los audífonos de cada uno de esos aparatos. Diseminados en su escritorio, se ve una botella de agua, una lata de energizante, envoltorios de chocolates, de dulces, platos con restos de comida y un pocillo con la bebida caliente de la mañana que, en la espera, terminó helada.

Está sentada al borde de la silla. Sus pies no alcanzan el suelo, están cruzados y uno de ellos se mueve rítmicamente, mientras el otro soporta su peso. Sus dedos se mueven como los de un pianista en el teclado. Su mirada está en la pantalla. La concentración va en aumento y se refleja en esa pequeña arruga que va apareciendo entre sus cejas. Ya le habían advertido que el tratamiento antienvjecimiento no funcionaba si seguía frunciendo el ceño. Por más que lo intentaba, no podía evitar tener esos dos surcos en su frente. Como si algo se hubiera prendido en su cabeza, su mano se desconectó del teclado y, con un rápido movimiento, se ubicó en su frente. Debe deshacer el daño que le produce ese gesto.

Empezó palpando el centro de su frente, en el punto exacto donde la depilación semanal no permite el encuentro de sus cejas, dando leves toques con la punta de los dedos; luego, pasó a hacer pequeños movimientos circulares, tal como le enseñó su dermatóloga: del centro hacia afuera, una pausa de un segundo sin retirar los dedos, e inicia nuevamente. Sus ojos seguían en la pantalla y sus dedos en su frente. Mientras hacía eso, un mensaje marcado como urgente aparece en la pantalla. Se lee una solicitud para que asuma sola la reunión. Sus dedos dejan de moverse y el masaje se interrumpe. Las siguientes líneas mencionan algo de una incapacidad, sus dedos vuelven a la acción, esta vez golpean rítmicamente su frente, uno tras otro y la frecuencia

e intensidad parecen orquestada por las letras que aparecen en su pantalla. Se alcanza a leer un “agradecemos tu compromiso” y la obra táctil concluye: sus dedos forman un puño en la frente y la presión que realiza le deja una roja circunferencia que, si pudiera verse de cerca, parecería palpitar.

Ana cierra con fuerza su portátil, suspira y tira la cabeza hacia atrás en su silla, cierra los ojos, toma aire por la nariz y lo expulsa con fuerza por la boca. Sus ojos siguen cerrados, pero su rostro se va contorsionando: el ceño en su frente se hace más pronunciado, varias líneas verticales aparecen en la parte superior de sus cejas y sus fosas nasales se van dilatando; sus labios, que suelen ser gruesos y con un leve tono rosado, se van escondiendo en su boca cerrada y su tonalidad cambia: palidece. Su pecho sube lentamente y se le escapa un nuevo suspiro, esta vez abre su boca y balbucea unas palabras.

Como si una corriente eléctrica la hubiese tocado, Ana se endereza en la silla. Abre los ojos y se le ven enrojecidos y aguados. Con un rápido movimiento, pasa sus dedos por los ojos y una pequeña línea negra sigue la trayectoria de sus dedos. Se aleja del escritorio con un movimiento de impulso de sus piernas y con las dos manos toma su cabeza. Un intenso color rojo aparece entre sus cejas, pero Ana no se da cuenta. Nuevamente, se tira hacia atrás en su silla. Inhala y exhala. Uno, contiene respiración. Dos, suelta. Vuelve a empezar. Repite la rutina 10 veces más, como lo hace cada que siente que pierde el control. Su respiración se hace más lenta y, finalmente, sus brazos caen al lado de la silla. Todo su peso está soportado en esa pequeña silla. Estira los pies, palpa el frío piso. Se pone de pie y mira a su alrededor. Sus paredes están llenas de imágenes y sus frases, esas que aprendió a decirse, que la acompañan y que la hacen sentir invencible, imparable:

“Nunca sabes lo fuerte que eres, hasta que ser fuerte es la única opción”. “Cuando existen ganas todo es posible”. “Las estrellas no brillan sin oscuridad”. “Si puedes soñarlo, puedes hacerlo”. “Hoy voy a conseguir todo lo que me proponga”.

Respira nuevamente, esta vez más lento, más profundo. Abre la ventana del mensaje: “no hay problema, yo me encargo”, escribe. Se acomoda en su silla. Abre otra ventana de mensaje. Escribe unas cuantas líneas, da “enviar” y regresa a la presentación. Su espalda está recta, los dedos se mueven mucho más rápido. Cada tanto, toma su celular, escribe y vuelve a su presentación. Un nuevo mensaje.

Mientras sus ojos se mueven en la pantalla y siguen las líneas del mensaje. Un extraño hormigueo recorre sus dedos. Es leve. Ana mueve su mano como si estuviera sacudiendo unas cuantas hormigas. No es suficiente. La muñeca le empieza a palpar y la siente caliente, como si se la apretaran con mucha fuerza. Le empieza a pesar, sus dedos le pesan. Intenta alzarla y el esfuerzo de hacerlo le parece desmedido. ¿De cuándo acá las manos pesan?

Las pulsaciones van en aumento y ya no solo están en su muñeca. Algo parece recorrer el interior de su brazo, algo caliente y pesado que se mueve lentamente, como si fuera un camión grande y pesado que transita por una calle estrecha en plena hora pico. Ana siente que ha pasado mucho tiempo. Mira la hora. Son las 6:30 p.m. Un leve entumecimiento, como cuando se sumergen las manos en agua helada, lo siente en su muñeca. Ana ya no es capaz de digitar. Sus ojos pasan del computador a su mano. Están muy abiertos. Con la otra mano, toca la muñeca entumecida. La siente caliente. Cuando la presiona, siente como si un enjambre de avispas se alborotará. Aleja su mano rápidamente. Su respiración empieza a ser más entrecortada. El pecho sube y baja sobresaltado. Ana intenta pararse, pero algo se apodera de ella y la mantiene sentada. Unas lágrimas empiezan a brotar de sus ojos; siente como una se adelanta a la otra y se desliza velozmente por su mejilla: un sabor salado despierta su lengua. Ana procura dominar la respiración. Posa la mano que puede mover en su pecho, presiona y cierra los ojos. Intenta hablar, decir algo para calmarse, pero la sal en su lengua le pesa, la entumece; dentro de su boca, su lengua se mueve como un pez atrapado en poca agua. La mano en su pecho siente su corazón galopando, bum-bum, bum-bum, bum-bum; el ritmo va en ascenso. Necesita parar, necesita calmarse. Presiona más su pecho y empieza a contar sus respiraciones: inhala...exhala; inhala... exhala; inhala...exhala; repite tres veces más. El bum-bum, bum-bum va disminuyendo su velocidad y, por fin, Ana puede abrir sus ojos.

Su cabeza está apoyada en la cabecera de la silla. Lo primero que ve es borroso. Tanto tiempo con los ojos cerrados y apretados hacen que la imagen esté cargada de muchas lucecitas, brillos como cocuyos en una noche sin estrellas. Logra ver parte del techo, unas fisuras bajan por las esquinas. Ana respira. Lentamente va bajando su mirada y ve la pantalla del pc apagada, su rostro aparece con los matices oscuros en ese espejo. Las sombras en la parte inferior de los ojos la hacen ver mucho mayor de la edad que marca su cédula. Deja de tocarse el pecho y baja la mano al reposabrazos de la silla, se inclina hacia adelante, en un intento por mejorar su postura. Pero algo está mal, no logra acomodarse, una de sus manos no responde. En las milésimas

que le tomó girar su cabeza, Ana no tuvo tiempo de procesar lo que veía: su mano derecha estaba rígida y temblorosa, un grueso canal verdoso serpenteaba desde la muñeca hasta su dedo índice. Ana nunca había visto sus venas, solía bromear que, en caso de una transfusión, ella tendría problemas. Sus ojos se iban ensanchando mientras recorría la ruta de su vena: su mano estaba tensa como un tambor, dos de sus falanges resaltan formando algo parecido a la letra uve y el dolor su dolor iba aumentando. Ana ve que su dedo índice y el del medio —corazón se llama, le dijo un día su padre— están rígidos, doblados, no parece notar que el pulgar, el anular y el meñique, están igual, todos doblados, forzados hacia la parte interior de la palma de lo que parece una garra en vez de mano.

Ante esa visión, Ana rompe en llanto. Con su mano izquierda intenta alzar su brazo, pero este cae con fuerza sobre el reposabrazos y un golpe seco, como el de un tronco seco que se estrella en el asfalto. Intenta flexionar el codo, pero este no cede: su mano parece la de un maniquí. Su respiración se vuelve a acelerar y esta vez no intenta calmarla. Ana se impulsa hacia atrás en su silla, con más fuerza de la necesaria y se golpea contra la pared opuesta. Una sensación palpitante se ubica en la parte posterior de su cabeza, quiere tocarse el golpe, pero su mano no le responde. No se mueve. Nuevamente se impulsa hacia adelante, hacia su escritorio. Con la mano izquierda busca, desesperada, el teléfono. Hojas, lapiceros, vasos, cables caen al piso. Marca tres dígitos. La espera es eterna. Tuuh, Tuuuuh, Tuuuuh.

El sonido, esos eternos segundos de la espera, le traen un recuerdo que creía olvidado: Tenía 15 años y apenas había iniciado el año escolar. El director de grupo estaba hablando del curso, lo que significaba estar en décimo grado y que ese era el año para empezar a preguntarse qué querían hacer con el resto de su vida. Ese día, Ana estuvo seria, distante. Mientras sus compañeros hablaban de sus vacaciones, paseos y el inicio del año; ella estaba en su silla, jugueteando con su lápiz: Ana no sabía qué quería hacer con su vida.

—1-2-3, ¿cuál es su emergencia?

—...

Ana tiene el teléfono en la mano, la operadora le acaba de hacer una pregunta y ella no sabe qué responder. Se alcanza a ver cómo su pecho se mueve rápidamente, la respiración va en aumento. Ana abre la boca un par de ocasiones, pero no salen palabras. Se siente ahogada. La voz de su padre le hace eco en su cabeza: “siempre hay que ser responsable, no podemos dejar que vicios como la pereza, las malas amistades y los amores, nos alejen de

nuestros objetivos. Ana, yo siempre supe que quería hacer de mi vida. Sabía que un día iba a tener mi negocio, mi familia, y a ti. He trabajado incansablemente todos los días de mi vida. Claro que ha habido sacrificios, pero los resultados lo valen. Ahora, estoy recogiendo los frutos de años de esfuerzo. Muchos me dijeron que era un ingenuo, que para qué ‘me regalaba’ a la empresa; pero, Ana, óyeme bien: Uno no se regala a la empresa. El trabajo es lo que nos dignifica y por eso siempre debemos hacerlo bien y comprometidos”.

La voz de la operadora la regresa:

—1, 2, 3... ¿Cuál es su emergencia?

—No...no... sien... to... mi... brazo... por favor.

El día que Ana se graduó del colegio, ya sabía que era lo que quería: iba a ser ingeniera. Eso le había prometido a su padre. En la celebración, algunos miembros de su familia opinaron que era mejor que se dedicará a otra cosa, que esa era una carrera muy exigente, de matemáticas, de hombres; que tal vez le iría mejor en una de ciencias administrativas, porque ella era muy buena organizando y atendiendo a las personas. Ana, que en ese momento tenía comida en la boca, se ahogó. Se puso colorada e intentó devolver la comida. Movi6 sus brazos buscando aire, pero este se le escapaba. Cuando se dieron cuenta de lo que le pasaba, tuvieron que hacerle la maniobra de Heimlich. Un tío la tomó fuerte y, desde atrás, la alzó varias veces apretando su est6mago. Ana no reaccionaba. El tío aplicó más fuerza y, por fin, el a medias masticado trozo de comida salió expulsado de la boca. Al tío le aplaudieron. Ana se sentó, roja, llorosa, ahogada, sin voz y apenada.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó la operadora.

—Ana... por ... favor... —respondió Ana, con la voz que le quedaba—. ¡Ayuda!

Su carrera transcurrió sin demoras. Ana hacía parte de la minoría de mujeres que estudiaba ingeniería. Se sentía bien. En sus clases, era atenta y sagaz. Fue destacándose como una de las más brillantes de la carrera. Los profesores la presentaban como ejemplo y la solicitaban para sus monitorias y acompañamiento a otros estudiantes que no iban tan bien. En las fiestas familiares, se hablaba de sus logros. Sus tíos la presumían con sus colegas y su madre le recordaba lo orgulloso que estaría su papá, si pudiera verla. Ana se sentía radiante, aunque a veces, le reconocía a alguna amiga que era pesado el ritmo académico, pero que ella sabía que podía. No quería defraudar a nadie ni mucho menos a sí misma. Esa disciplina hizo que Ana faltará a reuniones familiares, reencuentros, citas amorosas, paseos, celebraciones,

conciertos, salidas, cine. Pero ella sabía que el sacrificio era lo que valía la pena, era lo que daba frutos y todos sus conocidos, también lo sabían; por eso, la alababan y respetaban. Así, las invitaciones fueron disminuyendo, las ausencias en las reuniones hicieron que sus conocidos dejarán de intentarlo y alguno que otro amante pasará a la siguiente. Un día, se enteró por redes sociales del cumpleaños de una de sus sobrinas. Vio fotos de sus familiares, de amigos, de conocidos y, obviamente, ella no estaba. Tampoco su invitación y, aunque una sensación de vacío se ubicó en la boca de su estómago y sus ojos le ardieron, se repetía que todo el sacrificio valdría la pena, que ya tendría tiempo de hacer todas esas cosas y conectarse con sus amigos.

—Señora Ana, ¿hay alguien con usted que la pueda ayudar? ¿Está acompañada?

Sus grados fueron todo un acontecimiento. Sin ser sorpresa para sus conocidos, Ana se graduó con honores y fue la vocera en la ceremonia. Sus compañeros, entre alegres y envidiosos, la felicitaban por el trabajo que había logrado. Ana, por supuesto, fue contratada por su escenario de práctica. Estaba feliz. No tendría que pasar por ese tortuoso proceso de “ofertarse” en el campo laboral y esperar ser convocado por sueldos miserables (es la contraprestación que las empresas solicitan a los recién graduados a cambio de ayudarlos a obtener “experiencia laboral”).

Como practicante, el horario de Ana era flexible; esto es, le permitían estudiar incluso en horas laborables. Cuando regresó a la empresa ya titulada, le dejaron en claro las condiciones de su nuevo rol. Ana iba a tener el privilegio — pues es algo que no le dan a recién graduados y alguien que no lleve mínimo 2 años en la organización— de coordinar uno de los equipos de trabajo. El propósito era aumentar los indicadores de desempeño y logro del grupo, en relación con las tareas asignadas y, en esa medida, el éxito de ella como líder sería el reflejo y la ruta que orientaría el éxito del equipo de trabajo.

—Señora Ana, ¿cuál es su dirección?

—...

—¿Señora?... ¿Sigue en la línea?

—...Sí... es... Ca...lle

—Tranquila, intente respirar.

—...11... nú...mero

—¿número?

—3 ... 2...1

—Calle 11, número 321, ¿correcto?

—...

—¿señora Ana?

— ...

—¿Señora Ana?

—...

Los primeros meses, Ana se sentía feliz. Estaba haciendo aquello para lo que se había formado y de la manera como lo había soñado. Era autónoma, tomaba las decisiones concernientes a metas y su equipo, asistía a capacitaciones, realizó formación posgradual, contaba con el respaldo y reconocimiento de sus colegas y jefes. En más de una ocasión obtuvo el galardón a “Colaborador del mes” y se había convertido en la persona de confianza de su jefe inmediato. Las noches que dormía poco, los fines de semana que no descansaba, las vacaciones que no sacaba desde hacía más de dos años y los encuentros familiares a los que ya ni la invitaban eran secundarios en la carrera que Ana estaba forjando. Ya tendría tiempo para descansar, se repetía una y otra vez. “Ya tendré tiempo para mis amigos”, les decía a sus colegas. “Ya tendré tiempo para el amor”, le decía a una que otra compañera. “Ya tendría tiempo”, era la fuerza que sostenía a Ana.

—¿Anaaaaa?

—...

La empresa empezó a prosperar y, con ello, se vino la reestructuración. Se amplió el alcance, los grupos de trabajo, el compromiso y el reconocimiento social. Ana era admirada por su cargo, su reconocimiento y todos los objetos que evidenciaban su cuenta bancaria. Uno de sus colegas tuvo una baja imprevista. Una enfermedad no detectada tempranamente lo consumió en poco tiempo, y la empresa y el proceso de selección requerían tiempo. Ana fue convocada para apoyar el área. Si bien le representaba más trabajo, también lo era en ingresos y, además, se sentía incapaz de fallarle a la organización, con todo lo que habían hecho por ella. El apoyo fue programado para un mes, lo que duraría la selección. Ana reorganizó su vida. Dejó de ejercitarse cinco veces a la semana y lo redujo a dos. Reorganizó sus horarios de sueño y distribuyó sus responsabilidades en los días de semana. Ya hacía mucho tiempo que se llevaba el trabajo para la casa, por eso, no le pareció problemático incluir los fines de semana. Igual, era una situación temporal y para ella, representaba una oportunidad de conocer otras áreas y solicitar un ascenso. Fueron semanas pesadas, pero un inusitado estoicismo se apoderó de su rutina. No descuidó sus trabajos. Sus jefes estaban maravillados. El

proceso de selección de la persona para el cargo tuvo varios percances y el periodo de acompañamiento al área se fue extendiendo. Ya habían transcurrido dos años.

—¿Señora Ana?

—...

Ana llevaba meses durmiendo mal. Se sentía fatigada. Cada vez que despertaba, sentía que se había acabado de acostar. Su cuerpo empezó a cambiar. Subía y bajaba de peso constantemente, cada que iba a revisión, salía con recomendaciones —regaños— de su médica. Ana se esforzaba. Empezaba a comer saludable, regresaba al gimnasio. Pero a las pocas semanas, lo dejaba, porque no tenía tiempo, porque se sentía más agobiada, porque tenía que entregar reportes. En varias ocasiones explotó en llanto, en lugares y situaciones inesperadas. Del llanto pasaba al enojo. Era una Ana irritable, tosca, persecutoria. Ya la habían citado en varias ocasiones a la oficina de Recursos Humanos porque sus compañeros la acusaban, no se la aguantaban. Ni ella misma se aguantaba.

Ana recapacitaba. Se disculpaba, lo intentaba. Pero cada vez era menos el tiempo que pasaba entre un incidente y su arrepentimiento. No sabía qué hacer. Alguien le recomendó un tratamiento para controlar la mente, le dijeron que servía mucho. Ana lo intentó. Aprendió a pensar positivamente, a no culpar a las circunstancias, a pensar en el Aquí y el Ahora. A respirar, a hacer pausas activas, a aprovechar sus recursos, todo su potencial. Ana estaba de vuelta.

Ana siente que no tiene aire. Escucha una voz al otro lado del auricular, pero no es capaz de responder. Ana está sentada al borde de su silla. La luz de la pantalla de su computador se va desvaneciendo. Su pecho se mueve rápidamente... una gota de sudor está bajando con lentitud por el lado izquierdo de su colorado rostro. Su mano derecha está colgada y se mueve como un péndulo en la silla. El teléfono se va deslizando de su oreja, sus dedos no logran sostenerlo, sus ojos se van cerrando y, finalmente, el aparato cae y antes de que se estrelle contra el piso, una voz se escucha al otro lado...

—Por favor, aguante. La ayuda va en camino.

Aniversario número 13

Ana Elena Builes Vélez

Salió del baño y se envolvió en una toalla. El primer día en un trabajo nuevo siempre era el más difícil para ella. Había que acomodarse al horario, asimilar nuevos conceptos, conocer gente. Y todo debía salir bien. Pero, aunque estuviese cansada, era su cumpleaños y necesitaba celebrarlo por lo alto, como siempre, en una agitada noche. Había estado especialmente sensible todo el día, sus hormonas andaban revolucionadas. Cuando se ponía así, necesitaba tener a un hombre entre sus muslos.

Era el treceavo aniversario, fatídico número, trece años sin él, sin sentir su cuerpo. Hoy quería buscar a un hombre que se pareciera a él. Se veía a sí misma con los ojos vendados por ese hombre desconocido, atada a la cama, desnuda, pensando en él, haciendo volar su imaginación para sentirlo nuevamente, después de tantos años de ausencia.

Se maquilló los ojos y luego se pintó los labios de rojo-carmin-caramelo brillante, el color que más le gustaba a él. No se puso ropa interior. Cuando salía a buscar sexo, no le gustaba perder las tanguas. Se puso unos tacones rojos y cogió un pequeño bolso de mano. Se aseguró de llevar sus queridas cintas de cuero, el pañuelo negro, el celular, los Kleenex y el frasco de la loción de él, pues tenía pensado echarle un poco al desconocido. Guardaba ese frasco como un tesoro y solo para ocasiones especiales, sola o acompañada. Salió de la habitación y se dirigió al bar de un hotel cercano, aún era temprano. El ambiente todavía estaba tibio, apenas había gente, se dirigió a la barra y pidió un martini.

Había aprendido a establecer una rutina cuando salía. Se sentó, cruzó las piernas, mientras disfrutaba de su trago. Estudió el entorno con la destreza que otorga la experiencia y, como no encontró nada de su interés, se centró en su bebida.

Hoy quería algo especial.

Una corriente le recorrió la espalda y la obligó a girarse, extrañada. Sintió un calambre en la nuca. Su instinto femenino le advirtió que estaba siendo observada por alguien del bar, pero nadie la observaba. El escalofrío que le descendió por la columna no tenía nada de divertido. Sintió su olor, después de 13 años de su muerte, por primera vez. Apoyó las manos sobre la barra, tragó saliva. No estaba sola. Cerró sus ojos y dejó que su cuerpo sintiera, solo eso. Cada poro de su cuerpo estaba alerta. Sentía su olor cada vez más cerca, mezclándose con el suyo, sabía que era él, y aunque su cerebro le decía que no era posible, ella estaba segura, pues nadie la había hecho sentir de esa forma ni antes ni después de él.

Camisa de “Moreno”

Brigitte Vanessa Afanador Gómez

Preguntas, ¿qué puede, entonces, un cuerpo?

Cansados de mí han de estar todos, pero insisto, a lo que más sucumbe el cuerpo es ante la pasión. Te preguntarás ahora, ¿quién ejerce dicha condena? Te aclararé, pues, si crees ser tú quien tiene el control, te equivocas.

El dios Eros, de quien probablemente no sepas nada, conoce de ti hasta la más mínima debilidad, aquello por lo que eres capaz de escaparte a media noche de tu cuarto con tal de experimentar, por lo que miras a los lados antes de dar un beso y por todos aquellos movimientos ante los que tu corazón teme un día latir.

Entonces, ¿qué puede un cuerpo?

Puede envolverte con sus brazos al compás de un sentimiento al que muchos humanos huyen, puede mirarte fijamente mientras afirma la condena del alma con un “amada mía, por tus actos he de enorgullecerme de lo mucho que me amas”. Un cuerpo puede dar calor y también hacerte arder en llamas en cualquier rincón de la casa.

Hay cuerpos que se aman y otros que se extrañan. Pero hoy te hablaré de dos en particular: ese cuerpo por el que me desvelo deseando tenerlo no solo entre mis letras, sino besando mis piernas; es un cuerpo digno de la palabra ‘varón’, un cuerpo que con el paso del tiempo ha sido entintado, un cuerpo de grandes brazos y pies ligeros, un cuerpo de ojos zarcos y sonrisa larga.

Un cuerpo llamado “Santiago”, porque su creadora así lo ha deseado. Ese cuerpo trae loco cada parte del mío; mi cuerpo, que tiene una cintura que encaja con exactitud entre las manos de Santiago, también posee unas piernas que no prometen ni la mitad de longitud que las piernas de él, un cuerpo con unos ojos que expresan lo mucho que ha logrado amar y unos labios que, sin duda, a Santiago han de hacer pecar.

Entonces, ¿qué puede hacer un cuerpo?

¡Ni te imaginas lo que los nuestros hacen! Sin embargo, creo conveniente dejarlo a tu criterio, pues estoy segura que a ti también te visita Eros. ¿O acaso te incomoda mi respuesta? Sé bien que el cuerpo puede hacer infinidad de cosas, pero dime: ¿Para qué he de querer hablar de la diligencia hogareña o la digestión de mi sistema?

Sería más interesante el sumergirse en lo que Eros puede llevar a hacer los cuerpos cuando se encuentran, al frenesí con el que viven cuando, en secreto, la piel se humedece con el sudor del irremediable gusto por el contacto, y a esa magia con la que los cuerpos expresan el letargo en el que caerá la mente, si algún día alguno de los dos no está presente.

¿Percibes, ahora, lo que dos cuerpos pueden hacer?

Inocencia certificada

Sebastián Carvajal Castro

Recuerdo cuando cumplí trece años... era un niño todavía; tenía en mente como jugar, con quién hacerlo y qué cosa jugar con cada quién. No había tiempo para la perversidad, todo eran partidos de fútbol interminables, juegos de escondidas o juegos callejeros con reglas muy propias de cada cuadra. Todo sigue muy vivo en mi recuerdo y guardo cada estrategia en mi mente y en la memoria de mi cuerpo, para el día que lo vuelva a necesitar. Ese niño sigue tan vivo y ansioso por jugar que su imagen es tan latente como la de la vez que tuve sexo por primera vez; rondaba la misma edad y ya mi interés sexual despertaba sin saber qué hacer con él. Las descontroladas erecciones al despertar, en clases, al saludar a mis amigas o, incluso, a mis amigos. Todo era, de verdad, muy confuso.

Nunca pude ejercer total control sobre mis deseos, mi mirada se desviaba a las tetas o los culos de mis compañeras de clase y, arrepentido, me iba a estar en soledad para saber por qué hacía esas cosas, si de verdad me debería sentir mal o si mirar también era tan malo como tocar. Todo era demasiado confuso y procesar toda la información de esas nuevas experiencias que me aquejaban era algo muy nuevo, pues mi padre nunca se atrevió a enseñarme la más mínima cosa de lo sexual, y mi madre vivía de otras preocupaciones que iban más allá de los deseos carnales o de esos sentimentalismos que eran misteriosos para mí. Recuerdo con claridad que el único comentario al respecto, por parte de mi padre, fue algo a modo de pregunta: ¿usted sabe qué es un condón? Algo que ya conocía, pues los estudiantes de once los llevaban al colegio y de vez en vez los llenaban de agua y los tiraban a estudiantes de otros grados. Nunca entendí si la pregunta tenía otra intención o fue un fallido intento de responsabilidad paterna. En cualquier caso, ahí murió ese tema.

En los descansos del colegio Méndez, Danilo, Felipe y yo solíamos sentarnos cerca de la cancha donde también se sentaban las nenas de grados superiores, con quienes no buscábamos interactuar. Era el lugar perfecto para sentarse tranquilo y, además, estaba muy cerca a los baños y a la tienda de la institución. Un grupo de cinco chicas se sentaba al lado nuestro y compartía-

mos la misma filosofía de ese lugar, pues de vez en cuando intercambiamos palabras sin mayor profundidad; con el tiempo ambos grupos fuimos construyendo mayor confianza y hablábamos cosas que a nosotros nos pasaban en el momento. Yo siempre preferí escuchar antes que decir algo que me dejara en vergüenza y eso parecía gustarle a una de ellas, Melissa, una mujer muy corriente pero que al sonreír se llevaba todas las miradas. Después de cada comentario que se hiciera nos mirábamos ambos, ella buscando mi reacción y yo quería saber de dónde provenía ese interés.

Para finales de noviembre, el colegio celebraba las fiestas de cierre de año y los grados superiores se encargaban de muchos preparativos para decorar las instalaciones. Melissa era una de las encargadas de las pancartas y para no verse muy llena de trabajo me pidió ayuda con unos carteles sencillos, en los que debía escribir un mensaje alusivo a la celebración. Fui a su casa para entregar parte del trabajo con el que le estaba ayudando y me invitó a quedarme para conversar o hacer otra cosa...nunca he sido de entender indirectas, y la sorpresa de verla acercarse a darme un beso fue tanta que me quité inmediatamente, ella se sonrió y me preguntó si no quería hacerlo, no dije nada y cerré los ojos para besarla de nuevo. Esta vez sentía como me recorría un frío en las manos y un calor en la cabeza, no sabía si lo estaba haciendo bien, pero no hubo tiempo para corregirme, pues al momento ella me acarició la entrepierna y me tomó una mano para ponerla en sus pechos. No tenía idea de cómo reaccionar, solo pensé en dejarme llevar y hacer todo lo que ella me delegara.

Hoy no sé nada de Melissa y tampoco sigo sin entender si ese día hice algo bueno o algo malo, la única certeza que tengo es que, al pasar de los años, he entendido un poco esos miedos que habitan mi cuerpo y cómo lidiar con ellos.

Laisser voler les rêves

Erika Jaillier Castrillón

Mon corps, chaque jour meurt un peu.

Ma vie passe... Toute vie passe...

Lentement parfois, mais, pour moi, assez vite.

Les petits défauts deviennent problèmes graves: les petits grains de beauté deviennent dangereux, cancéreux; les douleurs du cœur que, avant étaient d'amour, aujourd'hui sont physiques; les anciennes fractures de la vigueur et le fracas du corps dans le sport, aujourd'hui sont une sorte de malheur dans l'hiver...

Ma vie se passe devant mes yeux et chaque petite expérience est maintenant un souvenir ou un regret...

Je ne regard pas le monde de la même manière qu'hier. Il me manque l'espoir, le bonheur de l'avenir, d'imaginer un monde meilleur.

Oui, je suis fatiguée de cette vie que m'emmène à la morte.

Voilà pourquoi je préfère dormir: me laisser enlever d'autre vie, la vie des rêves...

Mes nièces disent que je suis perdue, que j'ai perdu ma tête. Elles disent que j'ai déjà l'Alzheimer... Peut-être... Je me laisse aller, j'ai fait le choix de ne pas penser, seulement laisser voler les rêves.

Il y a cinquante ans, j'avais un rêve d'amour. Il était doux, grand, prudent, protecteur... Mais j'ai décidé de marier un autre, parce que celui était plus sure, plus sérieux, plus socialement solide... Nous avons vécu ensemble quarante ans. Ensemble, oui, mais pas en tant que couple. Nous n'étions pas un couple, c'est un arrangement pour ne pas être seuls. La société nous demandait vivre ensemble.

Mes nièces ne comprennent pas cette histoire.

Le corps oui. Il le ressent. Il commence à s'affaïsser et à faiblir. Cependant, la faiblesse me permet de dormir.

Maintenant, je peux retrouver mon première amour dans mes rêves. Il est là, il m'attend chaque nuit dans notre petit coin d'amour. Je suis libre de le voir, de l'aimer, d'être entre ses bras dans mes rêves.

Je me sens mourir peu à peu. Et peu à peu, je suis plus proche de lui...

Ma vie m'emmène à la morte, et la morte, à lui.

Je veux seulement m'endormir...

Mi cuerpo es una jaula

Valeria Torres

El cuerpo puede tan poco... Puedo sonar pesimista, y no darte una respuesta sobre todo lo que puede o no hacer el cuerpo, pero siento que el cuerpo es más bien una complicación para el ser. El yo físico es vulnerabilidad: se enferma, se rompe y se pudre. El cuerpo tangible necesita cuidados, cuando quieres, por ejemplo, escalar una montaña, hay que entrenarlo, alimentarlo y asegurarte de que, para el momento del ascenso, se encuentre en su mejor forma. Si quieres que se vea de determinada manera hay que darle ciertos alimentos y disminuir otros, hay que ejercitarlo y dejarlo descansar, no se moldea por sí solo. El cuerpo es solo debilidad y ausencia. No me malentienda, eso no lo hace menos que cualquier otra parte del ser, sin el cuerpo no hay acción, no se concreta nada; por otra parte, el querer, el imaginar y el recordar son criaderos de tristezas y venenos del alma si se quedan, únicamente, inundando el palacio de la consciencia. Hay que actuar, ya sea por propia voluntad u obligados, y es el cuerpo el que hace posible esas acciones.

También se puede asimilar el cuerpo a una cárcel, una jaula que encierra todo lo demás que uno es, todo, lo que uno cree, lo que a uno le gusta, lo que uno quiere. Es encierro en tanto, todo eso no se puede cumplir o concretar si el cuerpo no actúa para ello. Y, además, sin importar que tanto un cuerpo intente realizar, si ello está fuera de su alcance, no lo podrá hacer. De allí que, aunque sea medio para llevar a cabo es también, en ciertos casos, el propio obstáculo del alma; y en ese sentido, hay mucho que un cuerpo solo no puede hacer.

Luego está el hecho de que un cuerpo produce, se reproduce y destruye otros cuerpos. Y esa sí que es una de sus mayores magias. Sin embargo, en su debilidad, el cuerpo no puede crear en solitario, para ello necesita de otro cuerpo, requiere de un empujón extra, de una pareja o una víctima. Solo en comunión con otros cuerpos se puede realmente lograr algo, pues los cuerpos se necesitan entre sí.

Mi cuerpo es cosa,
es un pastiche de cosas,
de huellas mías y ajenas,
de necesidades,
de funciones,
de memorias.
Mi cuerpo es una jaula,
es medio y extensión del de mi madre.
Es mío y de mi familia,
de los hijos que no tengo,
de mis amantes y mis amigos,
Mi cuerpo es de la tierra,
del agua de mar y de mi ducha.
Mi cuerpo tiene poderes,
puede ser cicatrices,
espinillas,
estrías,
celulitis,
cuerito,
bulto,
picazón,
picadura,
infección,
quemadura,
pelo encarnado,
puntos negros,
resequedad,
lágrima,
sangre,
semen,
sudor,
fluido,
vello,
pus.

Volver

Danny Jean Paul Mejía Holguín

Durante mucho tiempo he tratado de consolidar en mí una manera de disfrutar la vida. Mantener, sostener, permanecer, ser. Sigo pensando que las cosas que digo a veces se me devuelven a la cara; pero no me importa, lo asumo y sigo viviendo.

Nada me importa tanto como para perder la conexión de la gente que quiero y que se van concretando en mi vida como amores. He visto como me mira la gente cuando paso, he sentido palabras que no dicen, saliva que pasa con fuerza por la garganta; sin embargo, no he escuchado a nadie decirme en la cara lo que piensa.

En muchas ocasiones la gente ha preferido hablar a mis espaldas, asegurar de manera categórica que soy una cosa o la otra. Unos me dicen egocéntrico, otros me llaman “amor”, algunos aseguran saber mis formas de amar y, sobre todo, mis juegos en el amor. Mis preguntas para aquellos que me conocen mejor que yo se limitan a unas cuantas que giran sobre lo que yo soy, ¿por qué soy tan importante para ti?, ¿qué tengo que te hace voltear hacia mí?, ¿para qué me quieres en tu vida?, ¿me invitas a un café?

Nací en el barrio Castilla, en la calle 93 con la carrera 66. Vi morir a mis amigos; perdí a mi primo, le extendí la mano a los asesinos; me encerré en los libros y extendí mis límites al universo de las historias de los hombres del norte y la poesía de las mujeres del sur; comprendí nuevas lenguas que me llevaron a nuevos cuerpos. Fui virgen y luego no, y volví a serlo. Amé por primera vez a una mujer de rizos con olor a coco y almizcle, de caderas amplias y ojos claros. Caí en el infierno de sus búsquedas y miedos. Surgí de ese mar extranjero para caer en una esquina de una tierra que me abraza y me acoge con besos de sabor a café, caricias de palmas de cera, humedades que calientan las noches frías; olores que no son coco ni vainilla.

Volví a ser otro por el estúpido propósito de satisfacer a otros. Me olvidé de mis libros, de hablar mal de los políticos corruptos y los no tanto, fui el

idiota que aplaudió sin parar a otros más idiotas que yo. Me dejé perturbar por curvas indebidas, por ojos con el color del cielo y por montes immaculados.

En italiano, *tornare*, significa volver, girar, dar vuelta. Lo he hecho. He mascullado mi vida una y otra vez; he llorado, he vuelto a llorar; he amado, he vuelto a amar; me he girado sobre asuntos que odio y me he vuelto sobre mí. He dado vueltas sobre camas infinitas, hamacas que me han hecho caer, esterillas silenciosas que me han hecho volver la mirada sobre mí; sofás que me han tallado la espalda para no regresar.

Cuando intenté volver a mí, en definitiva, la gente me miró mal, me hizo sentir que ya no era mi lugar, que ya no pertenecía y me lanzaron sus preguntas: ¿quién eres tú, para decirme esto?, ¿dónde crees que estás?, ¿cuándo te volviste dueño de mi vida?

Volví la mirada al cielo y no encontré a dios. Miré los árboles más anchos y solo temí por mi tacto. En la selva, me perdí, nadé entre peces y aguas cristalinas que me daban la sensación de tener el cielo cerca de la nariz. Me adentré en cavernas tan profundas como el infierno mismo y tampoco encontré a Lucifer. Busqué mis antepasados en altares, tablas ouijas; visité oráculos, médiums, psicólogos, psiquiatras, médicos, chamanes, lectura de manos y brujas.

El caos es lo mío, pero no aquel con el que nos excusamos con nuestras madres para no hacer orden dentro de nuestros cuartos; lo mío es ver lo que otros temen, parar donde los otros corren, morir en lo que los otros surgen. Me gusta ser amor.

No soy inalcanzable. Soy mundos, sentidos, besos, caricias, abrazos, sexo, saliva y mucha Tura Cortazariana. Vuelvo, no me da miedo, pues para volver se debe recorrer el mundo, bajar al infierno y subir al cielo, soñar con mujeres imposibles y tener las posibles. Ser tuyo y mío; volver no es dar pasos hacia atrás, volver es dar un giro completo.

Mis abrazos están aquí para ustedes, mi sensibilidad se alimenta de cada una de sus palabras, mis perspectivas paralelas siempre serán sinceras, aunque algunas veces duelan. Las clases autónomas no las quiero, es tan lindo cuando vienen a mi encuentro y veo de manera socarrona sus lecturas y acercamientos literarios. Mis chistes malos vienen cargados de amor y, aunque, a veces me pase, no lo hago por resentimientos personales, solo quiero que

vean un poco más allá. Mi tiempo es suyo y todo lo que quieran o necesiten lo haré con todo el amor y pasión que me caracterizan. Nos encontraremos siempre, aquí o allá. Yo siempre estaré.

La vida y los libros son lo mismo, nunca lo olviden. No solo doy más, lo doy todo. Como dice la canción “incluye este cerebro raro, las grietas y el lodo, el alma como está y las cosas que padece” (Petitfellas, 2018).

Sirena Encantadora

Salomé Reyes Jaimes

Para tus encantos
Regresé más puro y más fuerte,
Para tus melodías
Regresé más inocente y más curioso,
Para tus garras
Regresé más suave y escurridizo.
Juega conmigo, sirena.

¿Nuevo amor? Gritan las olas
Rompiendo contra tu espalda.
“Hechicera” susurra la espuma
Escapando de tus oídos.
¿Y esos ojos? Pregunta el alba.
Inundados de agua salada
¿El amor o la mar?

Para tu lengua
Regresé menos insípido, con más sabores,
Para tu humedad
Regresé más poroso y más sediento.
¿Para la muerte?
Para la muerte sólo regresé
Porque dormí toda una noche.

A manera de epílogo

Podría decirse que una de las claves del análisis que ofrece Han (2012), a propósito del tipo de sujeto que emerge en determinada sociedad, muy al estilo foucaultiano, es analizar, observar y cuestionar esa misma sociedad, la tardomoderna, como él la nombra y que está caracterizada por impulsar, motivar y favorecer el aprovechamiento de cada ser humano al máximo potencial. Además, si se continúa la línea del autor, el rendimiento está tan hábilmente instaurado que el sujeto no cuestiona qué hay detrás de la presión por el éxito, en tanto, asume que ser exitoso, triunfador, multitareas y rendidor es normal y propio de una persona que se proyecta y conoce su potencial. En esa medida, este sujeto se asume liberado de las ataduras e imposiciones características de otras épocas. Además, ¿qué tiene de malo ser exitoso, triunfador y dueño de su propia empresa? Poco. Por esta razón, Byung-Chul Han (2012) ubica el agotamiento como una “enfermedad psíquica o neuronal” (p. 32), en tanto, se origina y es consecuencia de las formas de pensar-se, de proyectar-se y actuar consigo mismo.

En consonancia, el fracaso por no lograr los ideales “autoimpuestos” y vistos como posibles para otros, es asumido como una incompetencia personal, como una falla individual más que como una característica propia de un sistema en el cual no todos pueden triunfar. Unos están destinados a

fallar. No obstante, lo que se vende es que todos triunfan. El sujeto quemado (*burnt*), más que fracasar en una sociedad positiva que promueve el que todo es “cuestión de voluntad y esfuerzo”, falla en la posibilidad de decir “no, no puedo más, no es posible sostener este ritmo”. Esta falencia es, irresponsablemente, sobrecargada en el sujeto. El sujeto fracasa porque no puede seguir un ritmo que lo agota hasta las últimas consecuencias.

Una sociedad que lleva a creer que todo es posible, obliga a tener que poder con todo. En esa medida, quien fracasa en una sociedad positiva y de rendimiento es aquel que no puede decir “no”, aquel en el que ya no opera la negatividad descrita por Byung-Chul Han. Quien fracasa, se culpa a sí mismo de su fracaso, se menosprecia, se violenta y se exigirá más y más en tanto asume que los demás sí pueden. La consecuencia sería rendir hasta sus últimas reservas: agotarse o, si logra hacer un alto, disminuir la velocidad y reflexionar, puede reconocerse como cansado y, con ello, detenerse.

Sea cual fuere el punto álgido en toda esta cuestión, uno de los argumentos centrales de la sociedad del rendimiento de Byung-Chul Han, es la llamada libertad paradójica y que implica, en pocas palabras, que el sujeto contemporáneo “elige autoexplotarse” (p. 32). Se trae el calificativo “álgido” porque la carga de responsabilidad recae, exclusivamente, en el sujeto. Esto puede identificarse en posturas tales como la forma de vivir la vida es una elección y, en cualquier momento, ese sujeto puede elegir otro modo; pero, ¿qué otro modo se ha mostrado como posible y válido? Así, afirmar que autoexplotarse es una decisión y con ello la existencia de la opción de renunciar, es ingenua y peligrosa. Ingenua porque parece estar sostenida en la postura cartesiana que propuso, al sujeto de la razón, como aquel que tiene como saber todo de sí y cuya verdad se ubica en actos de racionalidad, esto es, de duda. De esta manera, todo aquel que duda y hace uso de su razón llega al conocimiento de la verdad, la cual termina traduciéndose en conciencia.

Con lo dicho hasta aquí, si el sujeto que se sabe recargado, el que ha hecho conciencia de su problema, sigue trabajando y viviendo de ese modo, él y solo él es el culpable por no buscar hacer las cosas de otro modo. ¡Como si eso fuera tan sencillo! Esta sociedad contemporánea de gimnasios, edificios, servicios, metas y propósitos, constantemente bombardea con mensajes para favorecer el rendimiento, avala prácticas de autosacrificio, genera servicios y productos para que se sigan haciendo las cosas de un modo particular y no se puedan hacer de otra forma, y eso sería lo peligroso: seguir afirmando que el individuo elige sin coacción externa, que no hay determinantes por fuera de

su dominio racional. Asumir que aquello que se piensa, siente, decide y actúa es una decisión personal, libre de sesgos, termina generando problemas de enfoque filosófico, como seres que, a la manera de algunos caballos, llevan anteojeras que les imposibilitan la visibilidad lateral y solo pueden mirar hacia una sola parte, sin poder ver a su alrededor, alienados.

Bibliografía

- Auster, P. (2015). *La trilogía de Nueva York*. Zorro Rojo.
- Baudelaire, C. (2018). *Las flores del mal*. Penguin Random House.
- Bárcena, F., & Mélich, J.-C. (2000). *La educación como acontecimiento ético*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bradbury, R. (2012). *Fahrenheit 451*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Bruner, J. S. (2004) Life as narrative. *Social Research*, 71(3), pp. 691–710.
- Buhodermia. (2017). *Usuario Desconocido*. [Grabación]. Medellín: ONErpm.
- Camps, V. (2013). Breve historia de la ética. En V. Camps, *Breve historia de la ética* (p. 519). Eudaimov.
- Cioran, E. (1998). *Breviario de los vencidos*. Tusquets.

- Cohen, L., Manion, L., y Morrison, K. (2018). *Research methods in education* (8.^a ed.). Routledge.
- Connelly, Michael y Clandinin, Jean. (1995). Relatos de experiencia e investigación narrativa. En J. Larrosa y otros, *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación* (pp.11-59). Barcelona: Laertes.
- Creswell, J. W., y Creswell, J. D. (2018). *Research design: qualitative, quantitative, and mixed methods approaches* (5.^a ed.). Thousand Oaks.
- Espinosa, L., Greco, M. B., Penchanszadeh, A. P., Ruíz del Ferrier, M. C., y Sperco, S. (2018). ¿Por qué (no) leer a Byung-Chul Han? Ubu ediciones.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Fuentes, C. (1962). *Aura*. Ediciones Era.
- Gadamer, H. G. (1998). *Verdad y método II*. Ediciones Sígueme
- Gabriel, P. (2018). *My body is a cage*. [Video]. YouTube.
https://www.youtube.com/watch?v=PkNtBuwWq_o&ab_channel=PeterGabriel-Topic
- Greiff, L.D. (2005). *Poemas para sus amigos*. Universidad Externado de Colombia.
- Grondin, J. (2003). *Introducción a Gadamer*. Herder.
- Han, B. C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, B. C. (2015). *El aroma del tiempo*. Herder.
- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío*. Anagrama.
- Hamilton, E. (Ed.). (2017). The titans and the twelve great olympians. En *Mythology: Timeless tales of gods and monsters* (75 anniversary ed., p. 17). Black Dog & Leventhal Publishers.
- Jolley, K. (2017) ¿Qué significa pensar para Bart? En William, I. Skoble A. Conrad, M. *Los Simpsons y la filosofía*. Blackie Books.
- Kundera, M. (1988). *The Art of the Novel*. Harper Perennial.
- Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia I. *Revista Educación Y Pedagogía*, 18. Recuperado a partir de
<https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaeyp/article/view/19065>

- Lipovetsky, G. (2010). *La era del vacío*. Anagrama.
- Los Petitfellas. (2018). Los verbos [Grabación]. En *Formas para perderse o I.D.E.A.S.* Warner Chappell, PEDL, Warner Chappell, and 4 Music Rights Societies. YouTube. <https://youtu.be/40-LCH6Kx14>
- Majiko. (2019). *Hated by life itself*. [Grabación]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=pzjLccPoGUs>
- Marshall, C. y Rossman, G. (2016) *Designing Qualitative Research*. (6.ª ed.). SAGE, Thousand Oak
- Munro Hendry, P. (2010). Narrative as Inquiry. *The Journal of Educational Research*. 103, pp. 72-80. 1940-0675 online DOI:10.1080/00220670903323354
- Nietzsche, F. (2022). *Así habló Zaratustra*. Editorial Alejandría.
- Niche, Ls. (2019). Remitente. [Grabación]. Medellín: LucidurmFilms.
- Noiseferatu. (2020). Entropía. [Grabación]. Medellín: FunkFeratu.
- Pabón, F. (2022). El exilio del fracasado. El exilio del fracasado. [Texto inédito].
- Platón. (1973). *Diálogos*. Porrúa.
- Sábato, E. (2000). *La resistencia*. SeixBarrial.
- Sandel, M. (2020). *La tiranía del mérito: ¿qué ha sido del bien común?* Penguin Random House.
- Séneca, L. (1994). *Diálogos*. Altaya.
- Wilde, O. (2019). *El retrato de Dorian Gray*. Editorial Arte y Literatura.
- Zábaz (2018). *Cinema Introspecto* [Grabación]. FunkDealer.
- Zaid, G. (28 de febrero de 2005). *Letras Libres*. <https://letraslibres.com/revista-espana/que-hacer-con-los-mediocres/>



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**

SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos. Para darnos su opinión, escríbanos al correo electrónico: editorial@upb.edu.co
Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, correo electrónico y número telefónico.

Para Han (2012) el cansancio se puede asumir como una propuesta de sentido de la sociedad contemporánea, en la que el sujeto del rendimiento (se) produce y (se) consume en medio de la dicotomía de positividad (exceso) y negatividad (opacidad) porque-no-puede-no-poder-más. Sin embargo, para Espinosa *et al.* (2018) esta sentencia de Han termina de validar la culpa y la autoagresión como respuesta a la incapacidad de rendir en el marco de la eficiencia, lo que deja por fuera otras formas de subjetividad y la manera en que el cansancio vive en el sujeto. La investigación que dio como resultado este libro se preguntó por esas narrativas del cansancio en el sujeto postmoderno de Medellín, con el propósito de reconocer la vida de dicho sujeto en la ciudad. Para esto, se planteó una propuesta metodológica desde la fenomenología, con narrativas autobiográficas mediante las cuales los individuos construyeron relatos que les permitieron entrever las condiciones y las posibilidades que operan en los dispositivos del cansancio.